



LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA


NÚM. 63 / ENERO-MARZO, 2023 / ISSN 01855727 / \$40.00


el entusiasmo LIBROS

librería latinoamericana
caribeña
contemporánea
narrativa
ensayo
poesía
LIJ

 el.entusiasmo.libros

 el.entusiasmo

 ElEntusiasmoLibros

 <http://elentusiasmolibros.com>

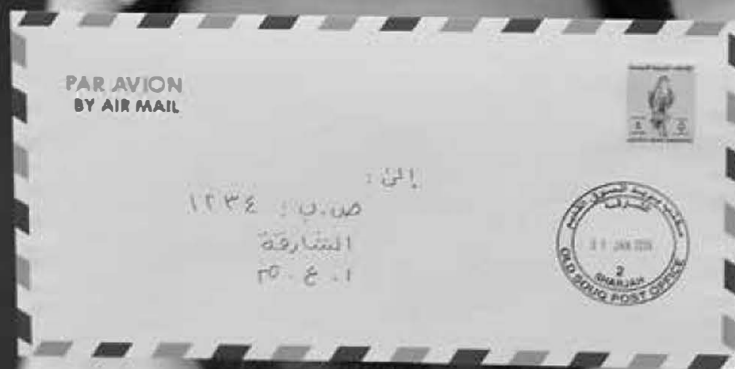
MIGUEL PALACIOS #32, ESQ. BELISARIO DOMÍNGUEZ. COL. CENTRO
XALAPA, VER. LUNES A SÁBADO DE 12:00 A 20:00 HRS.

Revista literaria / Invierno 2022

Universidad de Guadalajara

www.luvina.com.mx

Luvina 109



- Arte
Nasir Nasrallah
- Salha Obeid
- Sheikha Al Mutairi
- Ali Ahmad Alhimyari
- Talal Sálem Alsábiri
- PREMIO FIL DE LITERATURA
Mircea Cărtărescu

En su número de invierno, *Luvina* ofrece una muestra de la literatura árabe contemporánea, escrita en el país más reciente: Emiratos Árabes Unidos

ARABES

LA PALABRA Y EL HOMBRE

MOVIMIENTOS SOCIALES

En ocasiones, el lenguaje parece limitado en sus posibilidades expresivas. Vivimos momentos que desafían nuestras posibilidades de significar hechos que rebasan nuestra capacidad de asombro. En la época de la instantaneidad y la cultura visual, donde la “realidad” transita entre imágenes que alimentan la naturalización del horror y el espanto, no debemos acostumbrarnos a las rutinarias muestras icónicas de la tragedia.

Es verdad que la violencia contemporánea no tiene asideros exclusivos, ni es una condicionante geográfica que convierte al territorio y a nosotros mismos en piezas demoniacas que por placer disfrutan del dolor como ejecutantes o como espectadores.

No existe ningún condicionamiento histórico o cultural que nos haga proclives a la violencia reinante en el mundo contemporáneo; la humanidad camina por episodios de relativa tranquilidad alternados con otros que desatan una iracundia incontenible.

En esta ocasión, *La Palabra y el Hombre* ofrece a su comunidad de lectores un conjunto de ensayos y propuestas de interpretación que encaran la emergencia de una multitud que, al tiempo que se agrupa para mostrar los excesos en prácticas y costumbres heredadas, también protesta por los efectos desestructuradores de la precarización del trabajo, la infame violación a los derechos humanos más básicos y la tragedia humana que significa la desaparición de personas en muy diversos contextos sociopolíticos, con sus convocatorias a mantener en el

espacio público la vigencia de los recuerdos y la negación al olvido.

Las páginas que ahora capturan las miradas de nuestros lectores transitan en la intersección de luchas, acciones de resistencia, derechos humanos, dignidad, discriminación e inequidades de género, donde la categoría analítica de la acción colectiva como consecuencia de movimientos sociales resulta imprescindible para la descripción y la comprensión de los procesos en los que se gestan nuevas acciones antiautoritarias.

En este número se trazan distintas coordenadas sobre temas que exploran los diversos descontentos sociales y las luchas que hoy emprenden muy diversos actores. Desde el espacio local hasta el global, se revisan algunas expresiones que marcan el tono de las disputas políticas y las acciones de resistencia.

Por estas razones, *La Palabra y el Hombre* convocó a un conjunto de especialistas con el fin de contribuir a la comprensión y el entendimiento de nuestra época, caracterizada por un nuevo ciclo de protestas y reivindicaciones sociales, políticas, económicas y culturales. Por lo mismo, los ejes que atraviesan sus páginas tienen que ver con las distintas dimensiones que se materializan en movimientos sociales emergentes y la vigencia irrenunciable en la lucha por derechos en un entorno profundamente desafiante. Solo nuestros lectores podrán certificar hasta dónde hemos podido alcanzar semejantes retos interpretativos. A ellos compete la última palabra. **LPyH**

EFRAÍN QUIÑONEZ LEÓN

LA PALABRA Y EL HOMBRE
Revista de la Universidad Veracruzana

NÚMERO 63 ENERO-MARZO, 2023

ISSN 01855727

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Rector:

Martín Gerardo Aguilar Sánchez

Secretario Académico:

Juan Ortiz Escamilla

Secretaria de Administración y Finanzas:

Lizbeth Margarita Viveros Cancino

Secretaria de Desarrollo Institucional:

Jaqueline del Carmen Jongitud Zamora

Director Editorial:

Agustín del Moral Tejada

LA PALABRA Y EL HOMBRE

Fundadores:

Gonzalo Aguirre Beltrán, Fernando Salmerón,

Sergio Galindo (director)

DIRECTOR:

Mario Muñoz

Editora responsable:

Diana Luz Sánchez Flores

Consejo de redacción:

Jesús Guerrero, Mariana Hernández,

Lino Daniel, Itzel Bruno, Carlos Rojas

Comité editorial:

Remedios Álvarez, Emil Awad, René Barffusón,

Rosío Córdova, Marilú Galván, Mercedes Lozano, Efraín Quiñonez León,

Beatriz Sánchez Zurita, Irlanda Villegas, Nidia Vincent

Comité consultivo:

Félix Báez-Jorge, Francisco Beverido, Malva Flores,

Felipe Garrido, Gilberto Giménez, León Guillermo Gutiérrez,

Pepe Maya, Julio Ortega, Ricardo Pérez Montfort, Sergio Pitolt,

Julio Quesada, Rossana Reguillo, Alberto Tovalín,

Eduardo de la Vega Alfaro, Héctor Vicario

Responsables de sección:

Palabra: Mercedes Lozano

Estado y sociedad: Remedios Álvarez

Arte y Dossier: Leonardo Rodríguez

Coordinador y editor de imagen,

diseño del dossier:

Leonardo Rodríguez

Asistente de edición:

Iván Solano

Distribución, ventas y publicidad:

Ana E. Reyes

Relaciones públicas y suscripciones:

Maricruz G. Limón

Diseño editorial y composición tipográfica:

David Medina

Voluntariado:

Aramahara Cervantes, Elízaeth Santos, Selene Melchor

CORRESPONDENCIA:

Nogueira 7, col. Centro, 91000

Xalapa, Veracruz, México.

Teléfonos: 228-8181388-8185980

Correo electrónico:

lapalabayelhombre@uv.mx

Versión digital: lapalabayelhombre.uv.mx

Facebook: lapalabayelhombreoficial

Twitter: @PalabayHombre / Instagram: lapalabayelhombre /

YouTube: <http://bit.ly/YouTubeLaPalabayelHombre>

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana.

Edición trimestral. Núm. de Certificado de Reserva: 04-2007-

120412293700-102. Número de Certificado de Licitud de Título:

14245. Número de Licitud de Contenido: 11818. Impreso en

Ediciones, Tratados y Equipos, S.A. de C.V.,

Av. 20 de Noviembre 591-A, col. Badillo, 91045, Xalapa, Ver.

núm. 63

SUMARIO enero-marzo, 2023

• **Agradecemos al maestro José Marón Pérez Ochoa (licenciatura en Fotografía, uv) la coordinación de imagen de interiores.**

ESTADO Y SOCIEDAD

- 5 **Jorge Manuel Tirado Almendra:** Movimientos sociales y derechos humanos
- 10 **Paula Acuña Salazar:** La culpa no era nuestra
- 15 **Saúl Horacio Moreno Andrade:** Acción colectiva: del movimiento obrero a la precarización del trabajo
- 21 **Malik Tahar-Chaouch:** Hirak, populismo revolucionario y dignidad en Argelia
- 26 **Mónica Torio Hernández:** De los territorios de miedo a la alteridad: Bordando espacios de memoria
- 31 **Gualberto Díaz González:** Las Grandes Montañas de Veracruz y sus movimientos sociales

LA PALABRA

- 36 **Leticia Mora Perdomo:** La construcción del sujeto de derecho en una novela-testimonio de Manlio Argueta
- 44 **Yuliana Rivera:** Poemas
- 46 **Eduardo Sabugal Torres:** Los leprosos de Revueltas
- 66 **Itzel Bruno:** Cuando no se tiene nada que hacer
- 67 **Érika Selene Pérez Vázquez:** Poemas

DOSSIER

- 49 **Federico Gama:** Retratos de la tribu
- 62 **Leticia Mora Perdomo:** La chica de la falda azul. Federico Gama, trapero de subjetividades sociales

ARTE

- 69 **Graciela Kartofel:** Camino sobre la lluvia. Escultura cerámica y dibujo-pinturas
- 71 **Leonor Anaya:** Camino sobre la lluvia
- 74 **David Noria:** El Españolito de Andrés del Arenal

• **Imagen de portada y contraportada:** Federico Gama: *Sin título*, de la serie *Mazahuacholoskatopunk*

ISSN 0185-5727



63 >





Irving Isaí Martínez: *Sin título*



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

ENTRE LIBROS

- 77 **Martha Elena Munguía Zatarain:** *Murió el gatito*, de Xavier de Moulins
79 **Efrén Ortiz Domínguez:** *La pérdida de voluntad en el agua*, de Alan Valdez
80 **Alejandra Zuccolotto Rodríguez:** *Trayectoria del pensamiento feminista en América Latina*, de Julia Antivilo (coord.)
83 **Arnoldo J. Gómez García:** *Cerezas en París*, de Magali Velasco

MISCELÁNEA

- 85 **Daniela Isabel de la Fuente Esquinca:** Virginia Woolf, guía para lectoras furiosas
88 **Artistas de interiores**

- **Imágenes de interiores:** estudiantes de la licenciatura en Fotografía uv

Aylin Vega: *Sin título*





ESTADO Y SOCIEDAD

Desde la Revolución francesa (1789), y durante más de 200 años de predominio cultural y político liberal en el mundo, han aparecido cerca de cincuenta enfoques relevantes y discrepantes para estudiar los movimientos sociales en distintas dimensiones, pero aquí entendidos como fuerzas progresivas o conservadoras de cambio social. También existen decenas de incursiones para tratar lo relativo a los derechos humanos.

En México, como resultado de movimientos, rebeliones, revueltas y protestas durante el siglo XX y lo que va del XXI, han sido reconocidos los derechos a la igualdad frente a la ley, a la no discriminación, a la igualdad entre géneros, a la libertad de movimiento, de expresión, de imprenta; a la integridad y seguridad personales, al trabajo, a la libertad de oficio, de profesión, de tránsito, de residencia, de asociación, de reunión y manifestación, de culto y religión, de acceso a la justicia, de audiencia y acceso a procesos legales; a la legalidad, a la seguridad jurídica, a la inviolabilidad de domicilio; de acceso a la información, a la protección de datos personales, de petición, de ciudadanía, de máxima protección y reparación de daños; a la educación, la salud, la vivienda, la alimentación, al agua, al saneamiento, a un medio ambiente saludable, así como derechos sexuales y reproductivos. El derecho al aborto aún no ha sido despenalizado en entidades federativas como Querétaro y Guanajuato.

Los derechos humanos constituyen reivindicaciones asociadas a la calidad de las condiciones de vida de los seres vivos y no solo de los seres humanos, debido a que la vida humana depende de la de todas las especies de plantas y animales, así como de todos los minerales existentes. Pero como aspectos humanos, podemos pen-

MOVIMIENTOS sociales y derechos HUMANOS

Jorge Manuel Tirado Almendra

Los movimientos sociales vinculados a la lucha por los derechos no han estado separados de las luchas por el poder de dominación y de liberación, en una dinámica contradictoria y circular: quienes se emancipan, al lograrlo, no han dejado de crear regímenes semejantes o superiores a aquellos contra los que han luchado.

sar en el derecho a la vida, a la seguridad, a la alimentación, a la vivienda, a la educación, a la salud, al respeto, al trabajo, a la paz y a la tranquilidad, a una vida libre de violencia de cualquier índole, sin discriminaciones clasistas, racistas y sexistas, a una vida digna y a una muerte digna. Es determinante y de gran importancia la inclusión de la biodiversidad y de los minerales al acervo de derechos.

Las luchas de los movimientos por las conquistas formales y el escaso cumplimiento real de los derechos obtenidos tienen una larga historia, que puede ser clasificada por etapas, apreciada desde tiempos ancestrales. Desde luego, los movimientos sociales vinculados a la lucha por los derechos no han estado separados de las luchas por el poder de dominación y de liberación, en una dinámica contradictoria y circular: quienes se emancipan, al lograrlo, no han dejado de crear regímenes se-

mejantes o superiores a aquellos contra los que han luchado. En el presente es posible afirmar, sin excepción, que los gobiernos de los 193 países reconocidos por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) son gobiernos de derecha y ultraderecha, nacidos del triunfo de movimientos conservadores populistas, independientemente de la retórica electoral de “izquierda” o de “derecha” que enarbolan.

Si son considerados los registros históricos, es posible sostener que los movimientos sociales son antediluvianos. Con esta afirmación, se va más allá de quienes ubican el origen de los movimientos sociales a mediados del siglo XIX, omitiendo cientos de luchas de resistencia y liberación de indígenas y criollos en el mundo allende Europa, y marginando incluso las luchas de clases en la Europa medieval misma. Ciertamente, la mitad del siglo XIX es importante por las revueltas que llevaron a la burguesía

Si preguntamos por el denominador común entre los añejos movimientos sociales anteriores a la Era Cristiana y los posteriores a ella [...] encontramos un elemento política e históricamente deslumbrante, para comprender la estructura ideológica de dichos movimientos como fenómenos sociales: su perspectiva idealizada de un futuro sin contradicciones.

capitalista al poder del Estado en 1848, y posteriormente dieron lugar a organizaciones y movimientos de masas, como los sindicatos y los partidos políticos europeos con tendencias socialistas, comunistas y anarquistas. Pero los antecedentes de estos van más lejos, lo cual exige una definición histórica de los movimientos sociales que tome en cuenta la trayectoria de las revueltas en el Imperio sumerio (3 000 a. C.) hasta el presente, y exhiba la presentación de sus características y denominadores comunes en ese largo plazo.

Es así como, de manera general, definimos los movimientos sociales como fuerzas colectivas de presión capaces de generar cambios en los regímenes sociales. En nuestra perspectiva, poseen al menos las siguientes características: *a)* son constructores y destructores de gobiernos y de civilizaciones; *b)* son resultado de contradicciones estructurales (manifestadas por las desigualdades y las jerarquías de poder); *c)* se forjan al calor de la disputa por el control monopólico de los recursos (naturales, políticos, militares, económicos, culturales, religiosos, tecnológicos, territoriales, financieros, etc.); *d)* se encuentran condicionados por la coyuntura en la correlación de fuerzas y por sus recursos económicos; *e)* pueden ser definidos por

el tipo de demandas y por sus estrategias de organización y movilización; *f)* poseen campos de acción con grupos dominantes y subordinados, lo cual propicia la división interna entre dirigentes y seguidores; *g)* poseen contradicciones internas, son heterogéneos, cambiantes e imperfectos; *h)* son asimilables por sus adversarios; *i)* son finitos, con peculiaridades antes, durante y después de sus luchas; *j)* son susceptibles de influencias mesiánicas y milenaristas; *k)* experimentan tendencias autodestructivas; *l)* pueden ser progresistas, revolucionarios, pero también conservadores y reaccionarios; *m)* desaparecen como movimiento cuando se institucionalizan y se integran como estructura de los poderes estatales; *n)* en caso de ser antisistémicos, se ven ante la exigencia de superar la división histórica entre dirigentes y seguidores, mediante ejercicios de organización horizontal y movilización permanentes.

Ahora bien, históricamente, desde luego en condiciones polémicas, presentamos varios patrones de comportamiento de los movimientos. En las antiguas civilizaciones (como Sumeria, Acadia, Asiria, Babilonia, Persia, Egipto, China, India y, más adelante, en los imperios griego, romano, azteca, maya, inca, en el norte de Asia y entre los pueblos africanos), los

cambios sociales en los regímenes de poder se realizaban por conducto de movimientos o revueltas donde grupos emergentes –en alianza con sectores de poblaciones sometidas e inconformes–, desplazaban a los grupos dirigentes en decadencia. Este patrón de evolución social y circulación de élites (Michels 1973) duró al menos 7 200 años, al punto en que analistas del siglo XIX utilizaron el término “palingenesia” (Marx 1971), o resurrección, para hacer referencia metafórica a sus dinámicas seculares de cambio político, cual si se tratase de un proceso circular que nacía para retornar al mismo punto, “sin progresar”, de acuerdo con la visión orientalista o eurocéntrica de dichos analistas sobre los pueblos no europeos, o “sin historia” (Wolf 2005). Conquistado el poder del Estado, los nuevos señores que encabezaron las rebeliones y movimientos reprodujeron y afinaron las instituciones de dominación.

Durante la Baja Edad Media, del siglo XI al XVI, y antes de entrar a la modernidad capitalista (a finales del siglo XV e inicios del XVI), proliferaron movimientos sociales muy vivos y activos en contra de las estructuras dinásticas, monárquicas y eclesiales. Estos movimientos, impregnados de sentimientos y creencias procedentes de mitologías religiosas y salvacionistas, estuvieron compuestos por revolucionarios milenaristas y anarquistas místicos que alteraron por completo la institucionalidad medieval dominante, debido a su contenido herético y su ferocidad combativa. No se hablaba de derechos humanos en el sentido actual, pero sí de derecho natural y otras reivindicaciones que cuestionaban a fondo la vida de privilegios y excesos practicada por las aristocracias seculares y eclesiales en todos los rincones de Europa. A partir de las tradi-

ciones mitológicas transmitidas del judaísmo al cristianismo, y enriquecidas por este, se intentaba cambiar el mundo de injusticias mediante la Segunda venida de Cristo (o parusía) en calidad de redentor, quien sería acompañado por ángeles vengadores capaces de derrotar a las huestes del Anticristo que asolaban al mundo, y eran las responsables de la miseria implacable y los intensos sufrimientos de los pueblos campesinos oprimidos, inmolados en las guerras entre dinastías y en campañas como las Cruzadas (Cohn 2015).

La heterogeneidad en la composición de estos movimientos iba desde aristócratas y comerciantes ricos que renunciaban a sus privilegios, hasta campesinos y artesanos desesperados carentes de bienes terrenales. En la búsqueda de salvación se agrupaban, organizaban y luchaban hasta extremos materiales contra los ejércitos de las aristocracias. Estos movimientos, acentuadamente rurales, siempre fueron derrotados, pero siempre resurgieron en la lucha por un mundo mejor. Se pensaba en el Milenio realizado en una tierra prometida, como un periodo de mil años en los que Jesús gobernaría acompañado de los justos para, una vez culminado tal periodo, iniciar el Juicio Final y pasar a la vida eterna, en un mundo sin precedentes, en el que no existiría la violencia, el dolor, el sufrimiento, el hambre, las guerras, la maldad, la injusticia ni la muerte, viviendo los seleccionados en comunión con las fieras, bendecidos por la abundancia de recursos, por ríos de miel y leche, árboles plétóricos de frutos, cosechas abundantes, en perpetua felicidad, en armonía absoluta, es decir, sin contradicciones, ni conflictos.

Estos movimientos, que buscaban escapar de una existencia lacerante –para vivir con mejores derechos y condiciones de vida



Denisse Juárez: *Desnudo en blanco y negro*

material y espiritual–, fueron claves en la dinámica de erosión de las instituciones monárquicas medievales y en la descomposición del feudalismo como estrategia histórica de concentración de poder y explotación. Destacan los flagelantes revolucionarios, las huestes demoniacas, los adamitas, los cátaros, los taboritas, los utraquistas, las anabaptistas, los súper hombres amorales, los anarcocomunistas de Bohemia, y varios más (ibíd.)

Si preguntamos por el denominador común entre los añejos movimientos sociales anteriores

a la Era Cristiana y los posteriores a ella, incluidos movimientos sociales del siglo XIX y XX, como los movimientos de liberación nacional (anticolonialistas), los movimientos socialistas (antimperialistas y anticapitalistas) y algunos movimientos sociales del siglo XXI, encontramos un elemento político e históricamente deslumbrante, para comprender la estructura ideológica de dichos movimientos como fenómenos sociales: su perspectiva idealizada de un futuro sin contradicciones. De aquí la importancia política



Dafne Paola Hernández: *Sin título*

de las utopías como fantasías organizativas y movilizadoras para el cambio, en pos de un mundo mejor (Delumeau 2003).

Formulamos algunos elementos para estimular el debate: en la historia de la humanidad, la mayor parte de los movimientos sociales han sido derrotados; aquellos que han triunfado, en un principio han sido antisistémicos; una vez alcanzado el poder, se han vuelto pro-sistémicos –primero han sido revolucionarios, pero luego han devenido conservadores y hasta despóticos en su organización y en sus cuadros directivos–, dando lugar a la recreación y refinamiento de las estructuras de dominación: con mejores derechos y condiciones de vida para los vencedores, pero peores para los vencidos.

Dentro de los movimientos sociales –y otros ámbitos, como los gubernamentales y los académicos–, existe un debate político central en torno a las condiciones de la transición y la superación

del capitalismo. Se poseen imágenes de futuro que, de acuerdo con Marx, podrían evitar la conversión de las diferencias de clase, raza, sexo, edad, género y región, en desigualdades antidemocráticas, jerárquicas y opresivas. Desde un ángulo económico y tecnológico, objetiva e impersonalmente, existirían las condiciones para suprimir las desigualdades e injusticias; pero desde una perspectiva política y cultural, subjetivamente, no; el camino por recorrer aún es amplio: las magnitudes de riqueza y poder político, militar, cultural, así como sus dispositivos de ejercicio, se encuentran altamente monopolizados. Los movimientos antisistémicos que cuestionan al poder mundial capitalista están tan concentrados y centralizados, como fraccionados, divididos y hasta confrontados.

El problema para enfrentar el cambio efectivo radica en saber lo que sería dicho cambio efectivo para cada movimiento. Si fuera

posible lograr una síntesis política mundial entre movimientos anti-sistémicos que no resulte en perjuicio de alguno de ellos y bajo la fórmula de alguna “coalición arco iris”, se beneficiaría a todos. Sin detrimento de los derechos perseguidos por alguno de los movimientos integrantes, se podría dar un gran paso adelante en la evolución histórica de los movimientos de lucha.

Dada la complejidad de un fenómeno que no es posible resolver desde las reflexiones académicas y los debates políticos racionales, nos parece pertinente, por el momento, continuar el estudio y análisis detallado de lo que ha ocurrido en el campo de la lucha política práctica en los movimientos y revueltas de 1968, en los nuevos movimientos sociales feministas, ecologistas, pacifistas, indigenistas, antirracistas, analizando experiencias históricas como las altermundistas, la de los indignados, los ocupa en Wall

Street y Baltimore, contra la especulación inmobiliaria, los desalojos y la gentrificación. Sin dejar fuera la Primavera Árabe, las rebeliones estudiantiles en Chile, en Grecia, en Turquía, en México (Pleyers 2018); los movimientos sindicales como el de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación contra la corrupción del SNTE y la Reforma Educativa; las luchas indígenas autonomistas en los Altos de Chiapas; los mapuches, en Chile; los aimaras, en Bolivia; los Sin Tierra, en Brasil; la Minga, en Colombia; los Ayuntamientos Autónomos o Sistemas Normativos Indígenas, en Oaxaca; las autodefensas en Michoacán y Guerrero; el neozapatismo. Pero también lo ocurrido con las silenciadas revueltas populares en China y en la Federación rusa; lo sucedido con las resistencias sociales y las acciones colectivas en los barrios argentinos, brasileños, colombianos, peruanos, ecuatorianos y bolivianos contra gobiernos extractivistas y represores; o, a finales del siglo xx e inicios del XXI, con la evolución conservadora de movimientos de liberación nacional de tendencia socialista en El Salvador (con el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional) y en Nicaragua (con el Frente Sandinista de Liberación Nacional). Habrá que agregar a la lista las protestas y movimientos sociales en todos los países europeos integrantes de la OTAN, y en los mismos Estados Unidos, resultado del acelerado deterioro de sus condiciones de vida, catalizado por la guerra en Ucrania.

Problemas y desafíos históricos graves para los movimientos radican en evitar que sus propias organizaciones evolucionen en contra de sus objetivos de cambio; cómo superar el sectarismo, la dispersión, el fraccionamiento, el localismo, el milenarismo, el me-

Mientras exista dominación, existirán resistencias: el desarrollo de las luchas tendrá que atravesar laberintos ideológicos, organizativos y estratégicos que los movimientos han padecido para la conquista de mejores y mayores derechos, con la finalidad de que su cumplimiento sea real y extensivo para todas las categorías sociales.

sianismo (presente en el culto a la personalidad y el sometimiento a los líderes), así como el salvacionismo; cómo evitar ser asimilados por sus adversarios o neutralizados ideológica y políticamente por tendencias conservadoras, por la represión y la creciente derechización de los gobiernos que, oportunista y hábilmente, se apropian de sus reivindicaciones; cómo enfrentar con éxito el poderío de los complejos financieros, militares y mediáticos de las corporaciones nacionales y multinacionales que se han apoderado de los recursos naturales y las armas de destrucción masiva (atómicas, biológicas y químicas).

Particularmente pensamos que, mientras exista dominación, existirán resistencias: el desarrollo de las luchas tendrá que atravesar laberintos ideológicos, organizativos y estratégicos que los movimientos han padecido para la conquista de mejores y mayores derechos, con la finalidad de que su cumplimiento sea real y extensivo para todas las categorías sociales, incluido el medio ambiente en su agraviada biodiversidad. **LPyH**

REFERENCIAS

- Cohn, Norman. 2015. *En pos del milenio. Revolucionarios milenaristas y anarquistas místicos de la Edad Media*. Logroño: Pepitas de Calabaza.
- Delumeau, Jean. 2003. *Historia del Paraíso*.

so. 1. *El jardín de las delicias*. México: Taurus Minor.

- Díaz González, Gualberto. 2022. "Protestas y movimientos sociales en México en el contexto de la pandemia de la COVID-19". *Portal de Revistas. Universidad de El Salvador* 27: 120-137.
- Hobsbawm, Eric J. y Karl Marx. 1971. *Formaciones históricas precapitalistas*. México: Siglo XXI.
- Michels, Robert. 1973. *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*. Vols. 1 y 2. Tomado de la segunda edición en castellano, 1972. Buenos Aires: Amorrortu.
- Pleyers, Geoffrey. 2018. *Movimientos sociales en el siglo XXI*. Buenos Aires: CLACSO.
- Wallerstein, Immanuel. 1998. *Impensar las ciencias sociales. Límites de los paradigmas decimonónicos*. México: Siglo XXI/ UNAM / Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades.
- 2004. *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos. Un análisis de sistemas-mundo*. Madrid: Akal.
- Wolf, Eric. 2005. *Europa y la gente sin historia*. FCE: México.

Jorge Manuel Tirado Almendra es sociólogo, egresado de la UAM-Atzacapotzalco, doctor en Historia y Estudios Regionales por la UV. Autor de artículos sobre el Estado y las contradicciones del capitalismo. Maestro de Tiempo Completo en la Facultad de Sociología de la UV.

LA CULPA no era nuestra

Paula Acuña Salazar

Todas las participantes tenían un papel en sus manos con la letra de la canción, los ojos vendados con una cinta negra y algunas llevaban el pañuelo verde, símbolo del aborto libre, atado en sus muñecas. El despliegue de múltiples atuendos de fiesta fue una nota de color entre toda la oscuridad de esos días.

Es delicado referirse a la dimensión catártica o restauradora, al menos simbólicamente, que manifiestan ciertos acontecimientos artísticos, particularmente en momentos en que están abiertas, como dijera Adorno, las “heridas sociales”. En tales situaciones, las acciones poéticas parecen colaborar en la regeneración del tejido de la memoria para que las comunidades y las personas puedan aprender a convivir con el dolor.

ILEANA DIÉGUEZ, *Escenarios liminales. Teatralidades, performatividades, políticas*

y disidencias que quisieran participar en manifestaciones colectivas y colaborativas en el espacio público. Esto, en el marco del ciclo de artes escénicas *Fuego/acciones en cemento*.¹ Era un llamado a reunirse el lunes 18 y el miércoles 20 de noviembre en la Plaza Aníbal Pinto de la misma ciudad, para realizar en conjunto un extracto adaptado de la obra teatral del colectivo, que se habría estrenado el 24 de octubre, lo que no pudo ocurrir debido al mencionado estallido social en Chile.

A la primera acción asistieron una veintena de mujeres y personas disidentes y un grupo acompañó la acción grabando videos o simplemente observando.² Sonó el *kazoo*³ y comenzó la coreografía. Todas las participantes tenían un papel en sus manos con la letra de la canción, los ojos vendados con una cinta negra y algunas llevaban el pañuelo verde, símbolo del aborto libre, atado en sus muñecas. El despliegue de múltiples atuendos de fiesta fue una nota de color entre toda la oscuridad de esos días: vestían minifaldas, escotes, vestidos ajustados, plumas, lentejuelas; una de las chi-

cas tenía sobre su cuello una boa caplipso y otras usaban pelucas rubias.

El 21 de noviembre el colectivo compartió en sus redes un video con una de las paradas del día anterior, donde se veía una calle angosta frente a la Segunda Comisaría de Carabineros de Valparaíso. En el espacio que quedaba entre dos autos estacionados se observaba con claridad el mensaje que escribieron una y otra vez con tizas de colores: “UN VIOLADOR EN TU CAMINO”. El video no solo registró la acción, sino que mostró la comisaría y al grupo de efectivos policiales parados nerviosamente en la entrada del recinto. Las posturas corporales de las participantes mostraban mayor seguridad que en la primera convocatoria y muy pocas tenían que leer el papel para recordar la letra de la canción; cantaron fuerte y coordinadamente gritaron al unísono: “ES LA VIOLACIÓN”. El video terminaba ahí, pero, una vez subido a Internet, se viralizó rápidamente al ser compartido por redes sociales de medios independientes como Radio Villa Francia, Nosotras Audiovisuales y otros que cuentan con gran número de seguidoras y seguidores en la web.

El 23 de noviembre el colectivo hizo una nueva convocatoria por redes sociales. Esta vez se trataba de realizar la intervención en la ciudad de Santiago de Chile, el lunes 25 de noviembre. Era una fecha significativa, dado que había sido acordada en el primer Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe de 1981, realizado en Bogotá, como el Día Latinoamericano de la No Violencia hacia las Mujeres (García y Valdivieso 2005).

A pesar de la violencia política que se vivía, el llamado fue respondido por más de 200 mujeres y personas disidentes, quienes junto a LasTesis recorrieron diversos espacios públicos del centro de Santiago, tales como la Plaza de Armas,

Tocan a una, respondemos todas

El 13 de noviembre de 2019 –un mes después del estallido social en Chile– el colectivo LasTesis, compuesto por cuatro mujeres de la ciudad de Valparaíso, dedicadas a las artes escénicas y la historia, compartieron en sus redes sociales una invitación dirigida a otras mujeres



Aylin Vega: *Sin título*

el Ministerio de la Mujer, el Paseo Bulnes, la explanada del Museo Nacional de Bellas Artes y el frente del Palacio de La Moneda. La cita se marcó para las 13:30, en la Escuela de Teatro de la Universidad Mayor, ubicada frente a la Primera Comisaría de Carabineros en Santiago. En la convocatoria se pedía llevar una venda negra translúcida y “ropa glam, fiesta, fluor”. Les asistentes llegaron con vestidos cortos de colores, lentejuelas, *crop tops*, minifaldas, brillos y transparencias con mucha más fuerza que en las intervenciones anteriores. El pañuelo verde tomó mayor presencia en las muñecas y cuellos y, además, al centro y en la primera línea, una de las chicas portaba un pañuelo con la *Wünyelfe*⁴ del pueblo-nación mapuche. La acción fue masiva y se lanzaron fuertes gritos contra la policía y el presidente; todas juntas y con sus puños en alto, las participantes repitieron con fuerza “el Estado opresor es un macho violador”. Su potencia y fuerza fueron estremecedoras.

Nuevamente la acción circuló con rapidez por Internet y se

viralizó a tal punto que los medios de comunicación masivos se vieron obligados a cubrir el fenómeno. Algunos usuarios de redes sociales comenzaron a proponer que LasTesis habían logrado desarticular la estrategia de violencia y criminalización del gobierno, inaugurando una nueva forma de protesta que daba un giro al movimiento social. Ello, dado que el gobierno, hasta ese momento, había logrado imponer, a través de los medios de comunicación, ciertos imaginarios que vinculaban la protesta social con la delincuencia y el terrorismo, criminalizando la protesta.

El miércoles 27 de noviembre el colectivo compartió nuevamente en Internet un llamado a realizar ese día la intervención *Un violador en tu camino* en los distintos territorios: “donde sea que estén”. Desde esa convocatoria en adelante, la acción empezó a replicarse en todo Chile. Se realizó de manera multitudinaria en Arica, Antofagasta, Santiago, Valparaíso, Viña del Mar, Chillán, Talca, Concepción, Temuco, Valdivia, Puerto Montt, Puerto

Varas, Punta Arenas, Coñaripe, Pucón. También se reunieron mujeres palestinas frente a la Embajada de Israel, trabajadoras de la salud, y se hicieron acciones en diversos lugares a lo largo y ancho del territorio. Por otra parte, la intervención ya no solo se llevaba a cabo en el espacio público callejero, sino que algunos grupos comenzaron a accionar en malls, universidades, municipalidades, comisarías (particularmente en las que tenían denuncias por violaciones a los derechos humanos durante el estallido) y en edificios e instituciones públicas. Entre ellas, las convocatorias más destacadas fueron “LasTesis Senior” –que reunió a más de diez mil mujeres y disidencias frente al Estadio Nacional–,⁵ la versión que se hizo en *mapuzungún* y la que se realizó en Lengua de Señas Chilena (LSch).

Mientras se producían estos hechos en Chile, la performance también comenzaba a ser replicada por feministas de todo el mundo y en distintos idiomas. Se reunieron militantes en Argentina, Ecuador, Costa Rica, El Sal-



Edwin Castañeda: *Sin título*

vador, México, Colombia, Brasil, Uruguay, Palestina, India, Kenia, Turquía (en la vía pública de Estambul y, en el Congreso, parlamentarias de oposición), Marruecos, Portugal, Francia, Suecia, Suiza, España, Reino Unido, Estados Unidos, Grecia, entre muchos otros lugares. Internet aceleradamente se inundó de ilustraciones, memes, caricaturas, gifs, fotografías, poemas y videos alusivos a la acción en diversas lenguas y formatos. Asimismo, se recibía una gran cobertura a través de medios de comunicación nacionales e internacionales como *El Clarín* (Argentina), *Telesur*, la BBC, *The Guardian* (Inglaterra), *El País* (España), entre varios otros. Así, *Un violador en tu camino* se convertía en un entretejido mundial de mujeres y personas disidentes que desde cada territorio se unían para denunciar una violencia patriarcal resistida por siglos.

Nunca más solas

La feminista chilena Julieta Kirkwood, en su libro *Ser política en Chile* (1986), cuestiona la organización estereotipada que ha excluido a las mujeres de la vida pública, así como los mecanismos que reproducen esa alienación. Propone que la forma adecuada de hacer política desde las mujeres es introducir la vida cotidiana en el discurso público para desclasificar aquellos códigos que sostienen y reproducen su subordinación como parte de un orden jerárquico vertical, impuesto como natural dentro de los hogares y en toda la sociedad. En ese sentido, revertir la política autoritaria y patriarcal supone un cambio cultural con responsabilidad política, es decir, con la conciencia de que todo cuanto hacemos desde este paradigma tiene efectos mediatos e inmediatos en otras mujeres. En

esta dirección, el llamado de Las-Tesis logró posicionar en el centro del discurso público una política feminista que visibiliza las violencias clausuradas en el espacio de lo privado, pero que son transversales a la experiencia de las mujeres y disidencias sexuales en sociedades patriarcales como la chilena. Se trata de violencias comunes que se pueden entender, a su vez, desde lo que Rita Segato (2018, 11) ha denominado las “pedagogías de la crueldad”, que, al ser reproducidas por el Estado a través de “la repetición de la violencia, produce[n] un efecto de normalización de un paisaje de crueldad”.

Jocelyn Maldonado (2018), por su parte, define la violencia político-sexual (vps) como una estrategia que permite establecer, reproducir y restaurar el orden patriarcal frente a la desobediencia de las clases populares, desarticulando de esta forma el orden de lo

colectivo que gesta un proyecto histórico propio. Esta desarticulación se produce a través de una violencia sexual específica contra las mujeres y disidencias sexuales, posibilitando la destrucción moral de una cultura y un pueblo. En esta línea, LasTesis denuncian la violencia político-sexual que estaban perpetrando los agentes del Estado desde el estallido social chileno de octubre de 2019 en adelante. Pero, además, su intervención permite iluminar la larga historia de violencia sexual a la que hemos resistido las mujeres del Abya Yala y Wallmapu desde la ocupación europea del continente y que atraviesa opresiones interseccionales de raza, género y clase.

Como dice Ileana Diéguez (2009, 2), frente a la vps, la política feminista denuncia y visibiliza el horror con prácticas que “no son exclusivamente artísticas, pero involucran ciudadanos y creadores que utilizan dispositivos estéticos para la elaboración de nuevos discursos en la protesta pública”. De esta forma, la política feminista expuesta a través de *Un violador en tu camino* es consistente con lo que Diana Taylor (2005) llama un acto vital de transmisión de un saber social, de memoria y de un sentido de identidad que toma forma a través de la práctica de acciones reiteradas. El llamado de LasTesis a participar en las intervenciones con vestimenta fluor-glam se configura, entonces, como un gesto cargado de simbolismo político y como un acto de recuperación, pues estas son prendas que se han utilizado para sexualizar, cosificar, violentar y justificar las agresiones sexuales que los cuerpos femeninos y feminizados experimentamos históricamente. En este sentido, esa práctica supone un gesto cargado de sentido político que responde a la interpelación habitual en casos de violencia sexual: ¿cómo vestía la víctima? Del

La forma adecuada de hacer política desde las mujeres es introducir la vida cotidiana en el discurso público para desclasificar aquellos códigos que sostienen y reproducen su subordinación como parte de un orden jerárquico vertical, impuesto como natural dentro de los hogares y en toda la sociedad.

mismo modo, el uso de elementos como vendas negras en los ojos remite a la memoria de los abusos y torturas sexuales experimentadas por las presas políticas durante la dictadura cívico-militar, tal como sucedía en centros clandestinos como el llamado “Venda sexy”, de la ciudad de Santiago.⁶

Luego del estallido social de octubre de 2019, la crisis sanitaria, económica, política y de toda índole producto de la pandemia mundial por Covid-19 durante el 2020 y en el contexto de una América Latina atravesada por las dinámicas neoliberales, patriarcales y extractivistas, nuevos aires de cambio parecen encender llamas de esperanza. El reciente triunfo de la izquierda en Colombia y la llegada a la vicepresidencia por primera vez de una mujer afrodescendiente, activista y defensora de las aguas, su comunidad y territorio; la promesa de una nueva Colombia que sepa vivir sabroso bajo la guía de una mujer poderosa y resiliente como Francia Márquez; el deseo, en Chile, de una nueva constitución, escrita en paridad y ecologista; así como la derrota de Bolsonaro en Brasil, luego de años de sus políticas de precarización al poder, entre otros fenómenos emergentes, demandan la necesidad de nuevas preguntas ante la creciente complejidad de la sociedad contemporánea y muy especialmente la latinoamericana. La potencia de la marea feminista,

que fue expresada con toda fuerza en las intervenciones de *Un violador en tu camino*, podría ser un aporte para los movimientos sociales. Algunas preguntas que surgen son: ¿qué proyecciones emergen de esta forma de hacer política?, ¿es posible ampliar la masividad del movimiento feminista, unificando las demandas y necesidades del movimiento social?, ¿se puede pensar un movimiento social que no se posicione desde los feminismos? Y, asimismo, ¿cómo pensar movimientos sociales de la mano de la tecnología en la era digital?, ¿cómo construir esas estrategias en la era del big data, la telegigilancia y el reconocimiento facial?, ¿cómo construir movimientos sociales por la defensa de la vida, las aguas y los territorios en un contexto de ofensiva extractivista rapaz? Desde los feminismos del Abya Yala se levantan alternativas y quizás más temprano que tarde otros mundos sean posibles. **LPyH**

REFERENCIAS

Diéguez, Ileana. 2009. *Escenarios y teatralidades liminales. Prácticas artísticas y socioestéticas*. Archivo Virtual de Artes Escénicas, ARTEA, Universidad de Castilla-La Mancha. Recuperado de: <http://archivoarte.uclm.es/textos/escenarios-y-teatralidades-liminales-practicas-artisticas-y-socioesteticas/>.



Paulina Uranga: *Sin título*

— 2014. *Escenarios liminales. Teatralidades, performatividades, políticas*. México: Toma, Ediciones, y Producciones Escénicas y Cinematográficas.

García, Carmen Teresa y Magdalena Valdivieso. 2005. *Una aproximación al movimiento de mujeres en América Latina*, OSAL, CLACSO 6 (18), 41-56.

Kirkwood, Julieta. 1986. *Ser política en Chile. Los nudos de la sabiduría feminista*. Santiago: Cuarto Propio.

Maldonado, Jocelyn. 2018. "DEVOLVIENDO A SU SITIO": *Violencia política sexual y terrorismo de Estado en la dictadura cívico-militar chilena desde una perspectiva de género*. Tesis magíster en Estudios Latinoamericanos. Facultad

de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile. Santiago: Universidad de Chile. Recuperado de: <http://repositorio.uchile.cl/bitstream/handle/2250/171552/Devolviendo-a-su-sitio.pdf?sequence=1&isAllowed=y>.

Segato, Rita. L. 2018. *Contra-pedagogías de la crueldad*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

Taylor, Diana. 2005. *Hacia una definición de performance*. *El Picadero* (V-15 p. 3-5)

NOTAS

¹ Convocatoria realizada por la actriz Katty López para que artistas porteños/as/es realizaran

barricadas escénicas con una duración máxima de cinco minutos con la intención de cortar el tránsito en el marco del estallido social de octubre 2019. Ver <https://interferencia.cl/articulos/barricadas-escenicas-de-valparaiso-la-cuna-donde-nacio-el-performance-de-lastesis>

² La primera acción se realizó en diversos puntos de la ciudad de Valparaíso, tales como Plaza Sotomayor y frente a la Comisaría de Carabineros. Ver <https://www.youtube.com/watch?v=Sk6IEfFetWE> y <https://www.youtube.com/watch?v=rLVfwbu3gRc>.

³ Instrumento creado en Estados Unidos en 1850 y que provoca un sonido similar al de una trompeta con silenciador.

⁴ Bandera con fondo azul y la estrella de ocho puntas que usó en batalla Leftraru en el siglo XVI.

⁵ Centro de detención, tortura y exterminio entre el 12 de septiembre y el 9 de noviembre de 1973 por el que pasaron cerca de cuarenta mil personas.

⁶ "La Discotéque o Venda Sexy" fue un centro de detención, tortura y exterminio de la Dirección Nacional de Inteligencia (DINA) que funcionó entre 1974 y 1975, ubicado en la calle Irán núm. 3037, en la comuna de Ñuñoa, de la Región Metropolitana de Santiago de Chile. Su nombre se debe a la música ambiental permanente que había en el recinto donde lxs prisionerxs debían estar permanentemente con los ojos vendados. Allí se practicaban específicamente torturas de carácter sexual incluso con animales no humanos, como perros adiestrados para ese fin por Inrid Olderöck y otros/as agentes del estado. Ver <https://www.monumentos.gob.cl/monumentos/monumentos-historicos/sitio-memoria-centro-detencion-denominado-venda-sexy-discoteque>, https://www.memoriaviva.com/Centros/00Metropolitana/Recinto_DINA_venda_sexy.htm.

Paula Acuña Salazar es estudiante de magíster en Análisis Sistémico Aplicado a la Sociedad y licenciada en Antropología Social (U. de Chile). Sus líneas de investigación son interseccionalidad, interculturalidad, seguridad y soberanía alimentaria e Inter- y Transdisciplina.

Introducción

Durante décadas, la clase obrera se consideró el sujeto de la Revolución; su posición privilegiada en la estructura de la producción y el papel que le asignó la teoría marxista en la transformación de la sociedad le obligaba, teóricamente, a encabezar el cambio que llevaría a los desposeídos a la toma del poder y a la mutación de las condiciones sociales que dan lugar a la pobreza de muchos y la riqueza de pocos. Esto se llevaría a cabo a través de la implementación de un modelo de sociedad, en la cual la directiva estaría en manos de aquellos que tienen el conocimiento derivado de la práctica; es decir, la clase trabajadora, con el apoyo de un cuadro de intelectuales, la vanguardia, quienes podrían crear las directrices de un modelo humano de convivencia y producción que superaría al capitalismo conducido por la burguesía mundial. Este es el argumento que propone una acción colectiva aprendida de la práctica revolucionaria para la superación y conducción de la humanidad hacia una etapa superior de pensamiento y acción.

Aunque muchos se han empeñado en negar esa potencialidad de la teoría marxista, alegando que los tiempos han cambiado y la clase obrera organizada ya se “aburguesó” o, incluso, desapareció (tesis del fin de la Historia), en este breve escrito argumento la potencialidad transformadora del trabajo. En el contexto actual, la mayoría de los trabajadores jóvenes han sido desplazados a una condición de precarización, pero guardan el potencial transformador y organizativo. Las siguientes ideas las presenté hace pocos años como parte de un texto sobre las protestas y las movilizaciones sociales (Moreno 2020); en este escrito las sostengo a la luz de los efectos que el actual proyecto

ACCIÓN COLECTIVA: del movimiento obrero a la precarización DEL TRABAJO

Saúl Horacio Moreno Andrade

de gobierno federal tiene sobre la sociedad trabajadora que, pese a los esfuerzos reconocibles de otorgar un acceso universal a los beneficios sociales, no ha logrado mejorar sus condiciones de vida en la medida de lo deseable, sino en lo necesario.

La acción colectiva y los trabajadores

El movimiento obrero es la representación clásica de la acción colectiva, formulada con base en la lucha entre la clase trabajadora y la burguesía, por el control de la producción en el piso de fábrica. Este conflicto permanente dio forma a la figura clásica del proletariado. En el caso de nuestro país, después del movimiento revolucionario de 1910, dicha figura se encarnó, por el gobierno de la posrevolución, en un modelo de contrataciones rígidas, resultado de la estabilización económica posterior a la consolidación del Estado de la Revolución mexicana. Además, la clase obrera mexicana organizada tuvo un papel central durante el periodo en el que el pensamiento hegemónico idealizaba al trabajo como el resultado de un proceso

de construcción de legitimidades a partir del Cardenismo.

De esta manera, el modelo de relaciones laborales de la Revolución mexicana ha sido el eje de las negociaciones laborales dentro de la Ley Federal del Trabajo en México. Las características centrales de este modelo serían, de acuerdo con Enrique de la Garza (1989, 10), las siguientes:

- Intervención defensiva del sindicato en la implementación de los cambios tecnológicos o de la organización del trabajo. Esta intervención se realizaba no tanto para participar en la operación de los cambios, sino para moderar los efectos negativos de estas implementaciones.
- Protección al empleo. Implicaba fuertes restricciones legales y de negociación para desemplear y, por otra parte, estímulos para aumentar el empleo a partir de restringir la subcontratación.
- Protección limitada al desgaste de la fuerza de trabajo dentro del proceso de trabajo. Se generó una división clara del trabajo, con definición de

las tareas que corresponden a cada categoría de trabajador, implantándose a partir de una rigidez interna dentro de los contratos de cada establecimiento productivo, lo que disminuía la movilidad y la cerraba a partir de un escalafón ciego (que daba un peso considerable a la promoción por antigüedad).

- Protección al salario. Esto fue fundamental en la descripción del modelo y en sus principales intereses y procedimientos, como es el caso de la negociación de salarios y prestaciones.
- Respecto a ello, el propio autor señala que "...el modelo contractual de la Revolución mexicana es de tipo, principalmente, circulatorio y protector (del salario y el empleo fundamentalmente), sin olvidar las prestaciones mínimas referidas al desgaste de la fuerza de trabajo (monovalencia y no movilidad interna)" (De la Garza 1989, 10).

La característica fundamental de este modelo fue que, aunque los sindicatos trataron con sus contrapartes patronales aspectos sobre la cantidad y tiempo de trabajo, no han estado tan interesados en los aspectos relativos a las decisiones sobre productividad e intensidad del trabajo, cediendo estos espacios de decisión a las directivas o gerencias. En este sentido han sido, con excepciones como el Sindicato de Telefonistas de la República Mexicana (STRM), reivindicaciones atrasadas y restringidas en sus alcances, en comparación con las luchas de sindicatos en otras latitudes. Asimismo, las formas de organización sindical estuvieron permeadas por un corporativismo más centrado en las necesidades inmediatas de los trabajadores y menos en la

producción, condición que sería necesaria para participar en las decisiones centrales ante los procesos globales, como la reestructuración productiva de los años setenta y ochenta, que ajustaba al país para su ingreso a la globalización, especialmente en el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, a finales de los años noventa. Esta particularidad de las organizaciones laborales mexicanas, como "sindicalismo de la circulación", las excluyó, marginó y debilitó durante la implementación del modelo neoliberal de relaciones sociedad-Estado que venía instaurándose desde principios de los años ochenta. Es así que el modelo de relaciones sindicales y contractuales implicó una mayor subordinación sindical al proyecto del Estado mexicano, pues quedaban fuera del núcleo de las decisiones productivas, al flexibilizarse los aspectos de movilidad, funcionalidad y salarios por producción.

Una matriz de relaciones sociopolíticas conformadas por el presidencialismo y las relaciones corporativistas entre Estado y sindicatos, manifestadas en la entrega de los derechos civiles y políticos al Estado por intermediación del partido de Estado, implicó una serie de estabilidades y seguridades dentro del modelo de relaciones sociopolíticas posrevolucionarias, las cuales tendrían sus matices por regiones y entidades de la República Mexicana. Estas estabilidades y seguridades, que se denominaron "ganancias revolucionarias de la clase obrera", terminarían con el cambio de modelo rígido de relaciones laborales por el modelo de relaciones flexibles, convirtiéndose en la lápida que hundiría a la organización obrera ante la implementación del programa neoliberal, sin olvidar que el nuevo modelo neoliberal disminuyó el papel de los sindicatos como proveedores de votos; estos

cuestionarían su función dentro del esquema de relaciones políticas -Estado/sindicato-, que había resultado de la formación del Estado de la Revolución.

La organización sindical que apoyó al proyecto de Lázaro Cárdenas pasó, rápidamente, de un modelo de relaciones contractuales que beneficiaba a los trabajadores, reconociendo su experiencia laboral y su capacidad de aprendizaje e innovación, a otro de subordinación y control altamente autoritario, con los líderes sindicales funcionando como intermediarios entre el Estado y los mismos trabajadores. La organización sindical se convirtió, derivado de la corrupción de muchos de sus dirigentes, en un segundo opresor de sus integrantes, incluso más eficaz que las directivas y gerencias. Ello, a través de una política sindical de afiliación forzosa en la llamada "cláusula de exclusión" y, en algunos sindicatos -principalmente afiliados a la Confederación de Trabajadores Mexicanos (CTM)-, por medio de la obligatoriedad de pertenecer, por estatutos, al Partido Revolucionario Institucional (PRI). Esta cláusula de exclusión fue declarada anticonstitucional por la Suprema Corte de Justicia en 2001, después de un intenso debate académico y jurídico con fuertes impactos políticos, por ser violatoria del derecho de libre asociación y sindicalización de los trabajadores mexicanos.

Trabajo y materialismo histórico

Teóricamente, la movilización de los trabajadores se da dentro de una relación clásica entre capital y trabajo, tomando como argumento central la teoría marxista del conflicto y su concepción revolucionaria de la historia. La fuerza de trabajo ocupa el papel-eje de la no-

ción de sujeto de la revolución y de las posibilidades de transformación social a partir del cambio en las condiciones estructurales. Estas determinantes estructurales son económicas y suponen que la posición de cada actor en el entramado determina su manera de ser y pensar; por lo tanto, también, su mundo, el tiempo y espacio donde se realiza la acción colectiva, más allá de la subjetividad, por la praxis. Esta capacidad de movilización ocurre porque:

En la producción social de su existencia, los hombres establecen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a un determinado estadio evolutivo de sus fuerzas productivas materiales. La totalidad de esas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se alza un edificio [*überbau*] jurídico y político, y a la cual corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material determina [*bedingen*] el proceso social, político e intelectual de la vida en general. No es la conciencia de los hombres lo que determina su ser, sino, por el contrario, es su existencia social lo que determina su conciencia (Marx 2008, 66-67).

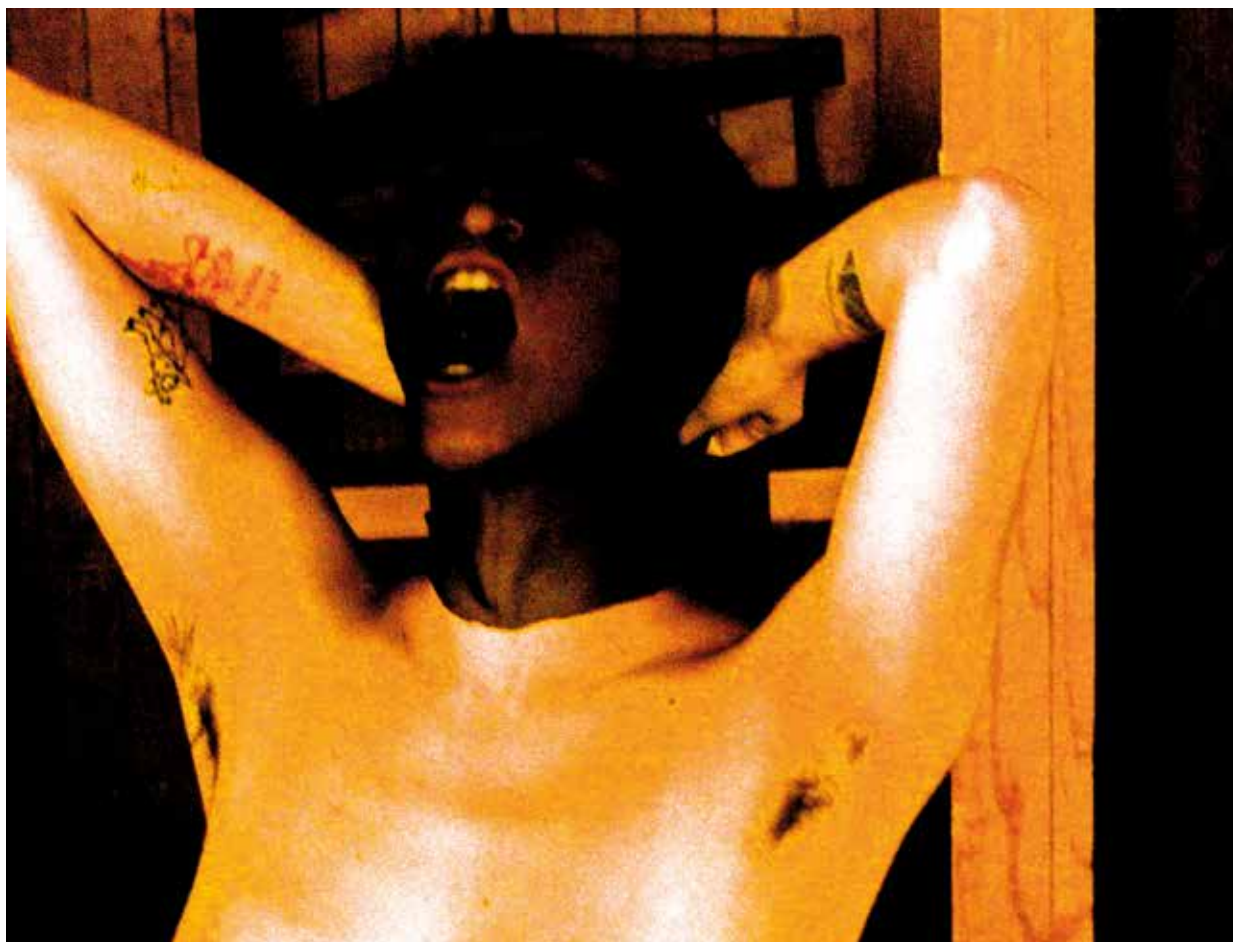
La propuesta de Marx genera un sesgo que permite pensar las relaciones sociales como relaciones laborales en conflicto; esto asienta, ideológica y políticamente, los fundamentos para la movilización de los trabajadores, quienes se proponen organizarse para invertir los términos de su posición en la estructura de relaciones.



Keith Olivares: *La Casa Rosa*

Durante la creación del materialismo histórico por sus fundadores (Marx y, por supuesto, Engels), la acción colectiva siempre estuvo asociada con la praxis; es decir, con la transformación del mundo más allá de comprenderlo. Así, también en sus inmediatos seguidores, Lenin, Trotsky y otros. En sus posteriores etapas, el materialismo histórico comenzaría a disociar la teoría y la práctica de la revolución, para convertirse en un método de investigación histórico-social que, poco a poco, se recluía a las aulas. Este paso gradual no sería inmediato, pero llevaría a una desvinculación entre teoría del cambio social, clase

y movimiento obrero, generando posiciones como la de Habermas, que desvincula la transformación del trabajo como agente de la modernización y pone, en su lugar, a la ciencia (Habermas 2009). Mucho antes que el pensamiento de Habermas se volviera un hito en la segunda mitad del siglo xx, el proceso de decantación pasó por Lukács, Korsch, Gramsci, Benjamin, Horkheimer, Della Volpe, Marcuse, Lefebvre, Adorno, Sartre, Goldmann, Althusser y Colletti. Se crea así una perspectiva neomarxista que retoma partes de otras tradiciones, como las funcionalistas (Talcott Parsons), o de sociologías comprensivas (como las



Usmar Romero: *Sin título*

de Weber y Shütz), pero que sigue pensando en las posibilidades de transformación de lo social, aunque más allá de la organización y la acción de los partidos comunistas o de los sindicatos obreros.

Esta división del trabajo revolucionario entre intelectuales universitarios y activistas es una brecha que no ha sido zanjada. Perry Anderson hace una pregunta que es importante, no solamente para España sino para México: “¿Por qué España nunca dio un Labriola o un Gramsci, pese a la extraordinaria combatividad de su proletariado y su campesinado, aun mayor que la de Italia, y a una herencia cultural del siglo XIX que, si bien ciertamente es menor que la de Italia, estaba lejos de ser despreciable?” (Anderson 2005, 40). Para

el caso de México, el título del libro de José Revueltas lo dice todo: *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*. En el prólogo de su cuarta reimpresión (1987) se señala:

De lo precedente, Revueltas llega a la afirmación de la falta de independencia de la clase obrera en México, problema esencial para él, leitmotiv de su obra política y que no ha perdido en absoluto actualidad. ¿Cómo ha logrado la burguesía en el poder mediatizar a tal grado a la clase obrera? Si la burguesía siente que el campesinado es su base “natural”, advierte que los obreros constituyen otra clase, pero les hace creer que no representan una clase anta-

gónica, sino que forman parte del proceso de la revolución democrático-burguesa. El escaso peso específico de la clase obrera a principios del siglo y las condiciones extremas de explotación que padecía, hicieron que buscara la protección del Estado en contra del patrón y sus reivindicaciones fueran sobre todo de carácter económico. Dentro de esta situación, si se toma en cuenta lo dicho más arriba, le fue relativamente fácil al gobierno manipular a la clase obrera —sin olvidar que encontró resistencia y que no se debe perder de vista la complejidad del fenómeno, con avances y retrocesos permanentes—, para lo cual no escatimó el empleo

de un lenguaje “revolucionario”, “obrerista”, instituyó una política proteccionista y paternalista capaz de otorgar algunas ventajas a los trabajadores... (Revueltas, Martínez y Cheron 1987, 14).

La sumisión que resultó de la concesión de los derechos políticos de la clase obrera al Estado mexicano, a cambio del establecimiento de un modelo contractual de la Revolución mexicana, alcanzó sus límites y agotamiento a finales de los años setenta y se aclaró como una crisis con el arranque de una, para entonces, nueva forma de relación entre Estado y sindicatos a partir de 1982, y el ascenso de gobiernos con una filosofía, paradójicamente, liberal/conservadora. Liberal en lo económico y conservadora en lo político.

Sumisión, abandono del Estado, liberación

El proletariado de nuestro país no solo quedó descabezado, sino abandonado por su antiguo protector estatal, siendo sustituido en la delineación de las grandes políticas por el sector empresarial que, desde finales de los años setenta, exigía –a gritos– la implementación de un nuevo modelo contractual flexible.

En cuanto a los contratos colectivos, la flexibilización tendría que entenderse en relación al libre uso por las empresas respecto al proceso de trabajo, al empleo y al salario (en ese orden). En cuanto al proceso de trabajo, compactación de tabuladores, movilidad interna y elasticidad de la jornada de trabajo principalmente. Aquí también había que considerar la no injerencia de los sindicatos en las decisiones e imple-

mentaciones de los cambios tecnológicos y de organización del trabajo; así como en la definición de métodos y normas de productividad y calidad (De la Garza 1989, 12).

Quedó claro, así, el cambio radical de rumbo de las relaciones obrero-patronales. El propio concepto de trabajador quedó en cuestionamiento ante la propuesta de una nueva cultura laboral basada en la competencia, la productividad y la calidad. Eran los años noventa y las nuevas tecnologías habían invadido el espacio del trabajo y de la cotidianidad, extendiendo las jornadas laborales por encima de las leyes o acuerdos.

Junto con ello, el mundo sindical y sus luchas, concentradas en las reivindicaciones salariales y de prestaciones, quedó desubicado ante el viraje que entró con todas sus fuerzas desde los años ochenta. Se intentó, fallidamente, decretar el “Fin del Trabajo” (Rifkin 1996), pero la realidad mostraría que esto no era así, sino que, más bien, aparecieron un “Sinfin de Trabajos” (De la Garza 1999). Lo que sí ocurrió fue la transmutación de las relaciones laborales y el atraso en nuestro país, carente de una ley laboral que se ajustara a estos perturbadores movimientos y la revelación, como trabajos, de actividades que no eran consideradas como tales, además del reforzamiento del autoritarismo sindical, apoyado en un Estado neoliberal y anti-proteccionista de la fuerza de trabajo. Por otro lado, el no-trabajo se rebelaba y emergía, invadiendo plazas y calles en las figuras de los “cuenta propia” y la informalidad laboral.

En otro lugar señalé que: “pareciera que el proletariado ‘sin cabeza’ se quedaría, además, paradójicamente, sin proletariado, dando lugar al precariado tipo Guy Standing...” (Moreno 2020,

123). Esta afirmación se apoya en que más del 50% de la población que trabaja lo hace en condiciones de informalidad y carente de un ingreso mínimo asegurado, de prestaciones sociales, de posibilidades de jubilación y de acceso a los servicios básicos de salud, vivienda e, incluso, educación. El acceso exclusivo de los trabajadores afiliados a las instituciones de seguridad social del Estado (Instituto Mexicano del Seguro Social, Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado y los servicios exclusivos para militares y profesores universitarios, entre otros trabajadores) benefició a muchos, pero generó un esquema de desigualdad entre los trabajadores afiliados al sistema de servicios sociales (incluidos) y aquellos que no tienen acceso (excluidos), porque su medio de subsistencia podría, en un extremo, considerarse como no-trabajo. Pero lo importante es que se han generado formas de asociación y subsistencia paralelas, capaces de rebasar la condición precaria y el abandono estatal, que se limita a hacerse de la vista gorda ante la imposibilidad de contener la emergencia de los nuevos trabajadores que luchan por espacios para su reproducción.

Conclusiones

Los esfuerzos teóricos por un “concepto ampliado de trabajo” o la noción del “trabajo no-clásico” han tenido efectos positivos a nivel del debate académico, pero no han llegado a permear las políticas públicas. Los sindicatos, a pesar de estar menguados, siguen siendo los principales interlocutores de los trabajadores con el Estado. El punto es que los afiliados a las organizaciones sindicales son una minoría ante una mayoría de trabajadores no-afiliados o coordinados por asociaciones civiles no sindicales.



Jeremy Mora: 2P

Los trabajadores que realizan sus actividades por cuenta propia, o informalmente, representan un poder disgregado con capacidad de convertirse en una clase social para sí; es decir, estamos ante un reto importante en el orden de lo laboral que, quizás, modifique las fuerzas políticas en el futuro. La pregunta es: ¿Cómo una potencia dispersa puede concentrarse en luchar por las reivindicaciones más elementales, como la salud o un funeral decoroso al término de la vida, y volverse una fuerza unitaria frente al Estado? Desde una perspectiva liberal se diría que compitan y paguen impuestos, fórmula que no ha funcionado hasta la actualidad, cada día son más las personas en las calles vendiendo algo para mantener su subsistencia.

La respuesta tendría que venir de una renovación del concepto de acción colectiva, como acción y dirección de los trabajadores en condición de informalidad labo-

ral. Los informales y los que trabajan por cuenta propia no están en la posición de sumisión de los afiliados temerosos de perder lo poco ganado y salir de la circularidad del salario y las prestaciones. La necesidad de una teorización concreta es necesaria en la investigación sobre la liberación no-neoliberal de los excluidos. **LPyH**

REFERENCIAS

- Anderson, Perry. 2005. *Consideraciones sobre el materialismo histórico occidental*. México: Siglo XXI.
- De la Garza, Enrique. 1989. "Transformaciones del modelo contractual en México". *Revista Trabajo* 1: 7-15. México: UAM-FAT.
- 1999. "¿Fin del trabajo o trabajo sin fin?" En Castillo, Juan José (coord.), *El trabajo del futuro*. Madrid: Universidad Complutense.
- Habermas, Jürgen. 2009. *Ciencia y tecnología como "ideología"*. México: Tecnos.
- Marx, Carlos. 1989. *Introducción a la crítica de la economía política/1857*. México: Siglo XXI (21ª edición).
- Moreno, Saúl. 2020. "La desmovilización aparente de los trabajadores en Veracruz: 2016-2018". En *Protestas y movilización en el Golfo de México*, coordinado por Martín Aguilar, Saúl Moreno y Yolanda González. Xalapa: UV.
- Revueltas, Andrea, Rodrigo Martínez y Philippe Cheron. 1987. "Prólogo". En *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza* (4ª reimpresión), de José Revueltas. México: Era.
- Rifkin, Jeremy. 1996. *El fin del trabajo. Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo*. México: Paidós.
- Standing, Guy. 2001. *Precariado. Una nueva clase social*. Barcelona: Pasado y Presente.

Saúl Horacio Moreno Andrade es doctor en Ciencias Antropológicas y en Sociología del Trabajo por la UAM-Iztapalapa. Ha laborado en instituciones como la UAA y la UV. Actualmente, trabaja en el CIESAS-Golfo.

El 22 de febrero de 2019, inmensas manifestaciones invadieron las calles de las principales urbes argelinas para protestar en contra de la candidatura de Bouteflika a la elección presidencial, quien buscaba reelegirse por quinta vez. El *Hirak* (“movimiento” en árabe) mantuvo su carácter masivo durante meses, incluso tras el retiro de la candidatura del presidente y el aplazamiento de las elecciones, realizadas finalmente en diciembre de 2019 con una abstención récord. A la fecha, el movimiento sigue vigente, si bien fue decayendo; además tuvo que suspenderse durante la pandemia de Covid-19. En este artículo, después de una breve introducción sobre el contexto argelino y algunos rasgos del movimiento, desarrollaremos la hipótesis de la continuidad del populismo revolucionario –definido por el historiador Mohammed Harbi– desde la génesis del Frente de Liberación Nacional (FLN) que encabezó la independencia del país y sigue en el poder, hasta el *Hirak* (Harbi 1975 y 2021a). Se abrirá entonces una reflexión sobre la relación entre el movimiento y los derechos humanos en torno a la categoría de “dignidad” entendida como un *ethos* colectivo que desplaza la perspectiva.

Argelia

Argelia es una nación joven que surgió de la guerra de liberación nacional contra Francia (1954-1962), después de 132 años de colonización. En la independencia, se impuso un régimen de partido único bajo la tutela del ejército, que se definió como socialista pero se asemejaba más a un régimen nacional-popular con tintes socialistas. Después del fallecimiento del presidente Boumédiène, que gobernó el país con mano de hierro entre 1965 y 1978, Argelia tomó el camino de la libera-

HIRAK, populismo revolucionario y dignidad en Argelia

Malik Tahar-Chaouch

Desarrollaremos la hipótesis de la continuidad del populismo revolucionario –definido por el historiador Mohammed Harbi– desde la génesis del Frente de Liberación Nacional (FLN) que encabezó la independencia del país y sigue en el poder, hasta el *Hirak* (Harbi 1975 y 2021a). Se abrirá entonces una reflexión sobre la relación entre el movimiento y los derechos humanos en torno a la categoría de “dignidad”.

lización económica, seguida de una liberalización política y de la instauración del multipartidismo ya bajo la presión de la calle con los motines de octubre de 1988. Los resultados de la primera vuelta de las elecciones legislativas favorables al Frente Islámico de Salvación (FIS) motivaron la interrupción del proceso electoral por el ejército con el apoyo de varios partidos políticos en enero de 1992, iniciando un periodo de guerra civil llamado “década negra”, que terminó precisamente con la obra de “pacificación” lanzada por el presidente Bouteflika, llegado al poder en 1999. Después de una “primavera democrática”, de una guerra y de la restauración de la paz civil, y a

pesar del multipartidismo y de unas elecciones que produjeron desconfianza, el régimen siguió casi intacto. No obstante, Argelia se mantuvo al margen de la “primavera árabe” a inicios de la década pasada por el trauma de la guerra civil, la buena salud económica del régimen en ese momento y las reformas políticas cosméticas entonces emprendidas (Zoubir y Aghrout 2015). Cuando ya había pasado la ola de las “revoluciones árabes” y de sus desventuras, la candidatura de Bouteflika en un estado de senilidad avanzada, símbolo de la putrefacción del régimen, provocó la indignación popular, generando manifestaciones espectaculares a lo largo de todo el país.

El Hirak

El Hirak inició como un movimiento de protesta en contra de la reelección del presidente Bouteflika, pero rápidamente sus consignas rebasaron el tema de la reelección para enfilarse en contra del “poder mafioso y asesino” al grito de “fuera el sistema”. Equiparado con un despertar ciudadano, dominado por el vocablo del pueblo y caracterizado por su dimensión insurreccional, el movimiento reivindicó su carácter pacífico, cívico y festivo. Se celebraba su creatividad, madurez y alegría. La “revolución de la sonrisa”, como se le llamó (Slimani 2019), buscaba escapar al círculo vicioso de la represión, la violencia y las injerencias extranjeras, exorcizando los fantasmas del pasado e intentando escapar al destino de la “primavera árabe” que desembocó en escenarios de regresión autoritaria y guerra civil.

Se hizo mucho hincapié en la movilización de la juventud, cuya relegación nutre las migraciones hacia los países europeos. Las manifestaciones fueron invadidas por los cantos de los estadios de fútbol, que se habían convertido en un lugar privilegiado y politizado de expresión de la juventud en un contexto de restricción de los espacios públicos. Así, uno de los himnos del Hirak que denunciaba la política de Bouteflika y expresaba el malestar de una generación, *La casa del Mouradia*, había sido escrito por un grupo de aficionados del equipo USM Alger (Union Sportive de la Medina d’Alger). Sin embargo, el movimiento era transgeneracional y transclasista, e integraba sensibilidades sociopolíticas heterogéneas que iban desde posiciones liberales hasta aspiraciones a un cambio político y social radical, pasando por la perspectiva socialdemócrata. Del movimiento emergió la propuesta de organización de una

asamblea constituyente, descartada por el poder. Algo significativo fue que atrás quedó la polarización entre laicos e islamistas que había prevalecido en los años 1990. El nacionalismo era transversal a las distintas posiciones y constitutivo de la identidad del movimiento que ostentaba los símbolos nacionales y se ponía bajo la protección de los héroes de la guerra de liberación nacional. Su herencia se asumía en contra de la confiscación del régimen y de las tentaciones revisionistas. En última instancia, lo que se exigía era el cumplimiento de las promesas de la independencia.

Respecto a la “primavera árabe” y a sus efímeras y reducidas manifestaciones en Argelia, Hassan Remaoun evocaba la triada “ciudadanía-justicia social-identidad”, constitutiva de todos los movimientos sociopolíticos relevantes del mundo árabe después del choque colonial y la descolonización: la ciudadanía, vinculada con el impacto de las revoluciones burguesas; la justicia social, con la revolución bolchevique, y la identidad, con la tradición y el Islam en contacto con el mundo moderno (Remaoun 2015, 137-138). Las experiencias nacional-populares que buscaban realizar la síntesis entre esas tendencias, así como las vías liberal y socialista en las condiciones periféricas o las corrientes islamistas parecen haber llevado hacia callejones sin salida. El Hirak resulta entonces ser el terreno de experimentación de nuevas posibilidades vinculadas con las potencialidades radicales de la lucha anticolonialista. Aunque se inserte en un contexto global de insurrecciones populares, se debe considerar su singularidad, así como el hecho de que, en una suerte de inversión de la historia, el ciclo actual de protestas se extendió desde los países del Sur hasta el Norte, construyendo puentes entre los retos del presen-

te y el pasado que quiebran las narrativas históricas lineales.

El populismo revolucionario

En sus memorias videograbadas, Mohammed Harbi señala las continuidades de lo que conceptualizó bajo el término de “populismo revolucionario” desde la génesis de la gesta independentista hasta el Hirak (Harbi 2021a). De antemano, es imposible no reparar en el nexo entre el Hirak y las manifestaciones de diciembre de 1960, cuya irrupción selló la independencia nacional, obligando entonces al gobierno francés a negociar con el FLN. Harbi ubica los orígenes del populismo revolucionario en la Estrella Norteafricana (1928), el Partido del Pueblo Argelino (PPA) y el Movimiento por el Triunfo de las Libertades Democráticas (MLTD), fundados uno tras otro por Messali Hadj, usualmente reverenciado como el “padre” del nacionalismo argelino, pero después desplazado por el FLN que emergió de la escisión del MLTD, lo cual provocó la guerra fratricida entre el FLN y el Movimiento Nacional Argelino (MNA) fiel a Messali, especialmente en la metrópoli. Si bien la Estrella Norteafricana se fundó en Francia en el contexto de la emigración argelina obrera, desprendiéndose del partido comunista, el historiador argelino resalta su carácter plebeyo, transclasista y subalterno que se desmarcaba de las ideas comunistas para impulsar la consigna de la independencia nacional (Harbi 1975).

La tensión entre la unificación del movimiento nacional y los anhelos de las masas desheredadas es constitutiva del principal debate historiográfico respecto a la guerra de liberación nacional, dado que en Argelia el discurso oficial habla de “revolución argelina”. En su declara-



Sara Faya: *Dualidad*

ción del primero de noviembre de 1954, cuando inició la lucha armada, el FLN prometió justicia, democracia e igualdad, puntualizando que bajo el régimen colonial solo eran engaños; pero el objetivo de la liberación nacional se realizó en detrimento de dichas promesas, por lo que se suele cuestionar la pertinencia del término “revolución”. Sin embargo, el aspecto revolucionario del proceso es innegable. En primer lugar, como lo recuerda Malika Rahal en su libro sobre el año 1962, cuando el país accedió a la independencia, Argelia es el único caso conocido de una colonización de poblamiento enteramente revertida, lo cual solo fue posible con la movilización de las masas y partió el tiempo entre un antes y un después, siendo eso por sí mismo revolucionario (Rahal 2022). Por otro lado, hay que prevenir todo reduccionismo, ya que el proyecto revolucionario rebasaba tanto la concepción burguesa del Estado-nación como la visión marxista de la lucha de clases, dando lugar a los “condenados de la tierra” como lo puntualizaba el último libro de Fa-

non (1963). Estaba la perspectiva de la “socialización de la riqueza”, es decir, de compartir dicha riqueza pero en otras condiciones. Después de la independencia, hubo un esbozo de socialismo autogestivo. Sin embargo, Harbi, que fue asesor del presidente Ben Bella antes del golpe de Estado de Boumédiène en 1965, señala que fue un programa mal visto, marginal y rápidamente desvirtuado (Harbi 2021b). Desde la toma del poder por el ejército de las fronteras, en 1962, e incluso dentro de la misma guerra de liberación nacional marcada por las pugnas facciosas entre los dirigentes del FLN, la revolución había sido neutralizada e incluso traicionada.

A casi sesenta años de la independencia nacional, el Hirak surgió hasta cierto punto como un movimiento de actualización de la herencia revolucionaria del anticolonialismo en un contexto poscolonial, si bien no estrictamente neocolonial. Desde luego se reclama una democracia efectiva, pero la demanda difícilmente puede quedarse en los límites de una transición liberal que fa-

voreció el statu quo e innumerables infortunios. Ciertamente el ideal socialista no se reduce a los regímenes burocráticos, pero tampoco se puede evitar sacar las consecuencias de la incipiente experiencia argelina del socialismo, aunque se prefiera hablar de “capitalismo de Estado” y, en el caso argelino, siguiendo a Harbi, de un “estatismo” calcado sobre el aparato burocrático colonial que, más que un Estado, conformó un “poder” (Harbi 2021c); y la expresión “poder argelino” para referirse al régimen fue interiorizada por el lenguaje común. Ambas doctrinas y sus aplicaciones en países no-europeos antes equiparados al “tercer mundo” han mostrado sus límites. Finalmente, la indefinición populista que conlleva una relación ambivalente con la mundialización neoliberal y el pasado nacional-popular propicia la parálisis del movimiento.

En definitiva, el problema se plantea en términos de continuidad colonial o profundización de la descolonización que, al mismo tiempo que integra los elementos

de la democracia, el cambio social y la identidad, es indisoluble en la modernización liberal, el eurocentrismo socialista y la concertación nacional-popular. Harbi resaltaba el carácter autoritario del populismo revolucionario y, retomando el concepto gramsciano de revolución pasiva, concluyó que la revolución argelina había sido conducida bajo “modalidades que impiden el desarrollo de una conciencia popular, nacional, extensa y operativa”, donde “las élites se apoyan en la intervención popular, sin que esta pese en los objetivos del movimiento” (Harbi 2019). El Hirk, entendido como un movimiento “venido de abajo contra la desposesión y la opresión” (ibíd.), desvela las potencialidades democráticas y la propia potencia social del populismo revolucionario, donde la “plebe” irreductible a visiones preconcebidas tampoco está condenada a vagar en la indeterminación populista.

La dignidad

En el discurso de los manifestantes, una palabra aparece recurrentemente: “dignidad”. El término puede parecer vago y blando. El filósofo Norman Ajari revela, al contrario, que está cargada de materialidad y radicalidad cuando emerge de una historia de deshumanización (Ajari 2019). Desde luego, se trata de algo distinto a la dignidad de la persona humana tal como la concibe el pensamiento europeo y, por ende, la declaración universal de los derechos humanos.

En Argelia, intelectuales, activistas y organizaciones militan por los derechos humanos, tanto dentro del país como desde afuera, dado que son un blanco privilegiado de la violencia política. Durante la “década negra”, caracterizada por la violencia del Estado y de los grupos islamistas armados, hubo un auge del tema de los derechos humanos, siendo sus violaciones

sistemáticas y especialmente insostenibles. Muchos militantes de los derechos humanos estuvieron involucrados en el Hirk o se solidarizaron con él. Dentro del mismo movimiento, se apeló a los derechos humanos cuando inició la ola de arrestos arbitrarios. Los derechos humanos definen un campo de luchas y constituyen un espacio de repliegue para militantes que encuentran un respaldo internacional y herramientas jurídicas para denunciar la violencia de Estado.

No obstante, son un arma de doble filo. En primer lugar, no pueden sustituirse a la perspectiva de un cambio sociopolítico como condición de la consolidación de los derechos de la mayoría. Asimismo, las circunstancias que dieron origen a su definición y su misma concepción son problemáticas. En Argelia, resulta difícil disociarlos del pasado colonial, donde el pensamiento europeo que los promulgaba estuvo involucrado en la deshumanización de la población entonces reducida a un estatus inferior de “indígenas”. Por otro lado, son un instrumento del imperialismo occidental y un componente del nuevo orden mundial conformado bajo su hegemonía, donde el concepto de “guerra justa” legitima intervenciones militares y cuyos aparatos legales están subordinados a las relaciones de fuerza internacionales. Finalmente, mientras se observa una expansión planetaria de las instituciones que supervisan la aplicación de los derechos humanos, al mismo tiempo que esos derechos pretenden ser cada vez más extensivos e incluyentes, las violaciones, restricciones y discriminaciones están más que nunca a la orden del día. Los mismos regímenes represivos firman acuerdos internacionales en materia de derechos humanos, violándolos enseguida con el beneplácito frecuente de sus aliados occidenta-

les. El orden moral de los derechos humanos respaldado por instancias internacionales, gobiernos y organizaciones no gubernamentales tiende más a acompañar que a revertir la violencia sistémica. Dichos derechos concebidos como una positividad abstracta en las condiciones de esa violencia contienen su propia negación y, por tanto, conforman una ideología.

En vísperas de la independencia argelina, en lo que puede considerarse como su testimonio, Frantz Fanon invitaba a no perder “el tiempo en estériles letanías o en mimetismos nauseabundos” y a dejar “a esa Europa que no deja de hablar del hombre al mismo tiempo que lo asesina dondequiera que lo encuentra, en todas las esquinas de sus propias calles, en todos los rincones del mundo”, para concluir que “el hombre europeo” había fracasado en llevar “el problema del hombre a un nivel incomparablemente superior” (Fanon 1963, 158-160). Se trataba indudablemente de una crítica a la ideología de los derechos humanos, a sus pretensiones universalistas y a sus promesas de humanización vinculadas con el provincialismo occidental que participaban de la deshumanización generalizada, especialmente en territorios colonizados donde se negaba el derecho de otros a tener derechos, como se suele decir ahora.

En fin, esas ideas son bien conocidas, aunque a menudo se pasan por alto. La categoría de dignidad como algo irreductible, ya central en el pensamiento de Fanon y la lucha anticolonialista, remite a un *ethos* colectivo totalmente distinto, es decir, ubicado y concreto que puntualiza el vacío de derechos. El Hirk se levantó ante la *hogra*, término proveniente del árabe dialectal que connota el abuso de poder, el desprecio, la opresión y la injusticia. La inminencia de la reelección de Bouteflika pactada por los clanes del

poder era ya demasiado pisoteo, humillación, *hogra*. Así, la afirmación de la dignidad emerge como negación de la opresión y desposesión vivida y corporeizada en una larga historia de violencia y deshumanización donde el hombre y sus derechos no son postulados y enseguida negados, sino exigidos, siendo inseparables de un cambio sociopolítico mayor sin el cual los derechos son letra muerta.

Conclusión

Por lo pronto, el Hirak se encuentra en un estado de estancamiento. Así como ocurrió con la “primavera árabe”, nada es como antes, pero todo sigue igual. Las alternativas emergen de la acción colectiva, pero indudablemente hace falta una visión, un proyecto y una estrategia común. Aquí se esbozó el indicio de las potencialidades decoloniales del populismo revolucionario para romper el círculo vicioso del autoritarismo y de la mundialización neoliberal más allá de los límites del capitalismo y de la modernidad occidental. Desde esta óptica, resaltamos la categoría de dignidad como contrapunto a la ideología de los derechos humanos. Para muchas mentes contemporáneas, un mundo sin derechos humanos sería la barbarie. Ya es la barbarie, y la dignidad reclama lo que se le debe. **LPyH**

REFERENCIAS

- Ajari, Norman. 2019. *La dignité ou la mort. Éthique et Politique de la race*. París: La Découverte.
- Fanon, Frantz. 1963. *Los condenados de la tierra*. México: FCE.
- Harbi, Mohammed. 1975. *Aux origines du F.L.N. : le Populisme révolutionnaire en Algérie*. París: Christian Bourgeois.



Fernando Velarde Cruz: *Luz sobre cuerpo*

- 2019. <https://blogs.mediapart.fr/robi-morder/blog/311019/1er-novembre-1954-une-declaration-de-mohammed-harbi>.
- 2021a. Memorias, entrevista 23. <https://www.youtube.com/watch?v=mGVGOolTkII&t=4s>.
- 2021b. Memorias, entrevista 14. <https://www.youtube.com/watch?v=30LfSuLxUQ0>.
- 2021c. Memorias, entrevista 16. <https://www.youtube.com/watch?v=SSdHYnI5mAA>.
- Rahal, Malika. 2022. *Algérie 1962 : une histoire populaire*. París: La Découverte.
- Remaoun, Hassan. 2015. “Identidades colectivas y problemas de ciudadanía en el mundo árabe contemporáneo: sobre la primavera árabe”. En *Protestas, conflictos y cambio político en el mundo árabe y América Latina*, 129-141. Xalapa: uv.
- Slimani, Sarah ed. 2019. *La révolution du sourire*. Argel: Ed. Frantz Fanon.
- Zoubir, Yahia y Ahmed Aghrout. 2015. “Reforma política a la argelina: eludir la primavera árabe”. En *Protestas, conflictos y cambio político en el mundo árabe y América Latina*, 143-167. Xalapa: uv.
- Malik Tahar-Chaouch** es doctor en Estudios de las Sociedades Latinoamericanas del Institut des Hautes Études de l’Amérique Latine-Paris III. Investigador del IHS (UV). Miembro del SNI, nivel III. Líneas de investigación: religión y política, y élites y cambio político, vinculados con la acción colectiva.

De los territorios de **MIEDO** a la alteridad: Bordando espacios de memoria

Mónica Torio Hernández

México atraviesa una crisis de derechos humanos sin precedente. La espiral de violencia se extiende por todo el territorio nacional, pero se presenta de manera más grave en algunos estados, generando una crisis de seguridad que desde hace más de una década produjo el asesinato de un sinnúmero de activistas y periodistas, así como de miles de desaparecidos. En consecuencia, para noviembre de 2022 había un registro de 107 mil 201 personas desaparecidas y no localizadas; 16 mil 903 desaparecidos en la administración de Felipe Calderón; 35 mil 61 desapariciones en el sexenio de Enrique Peña Nieto y 31 mil 725 personas en el gobierno de Andrés Manuel López Obrador.

En Latinoamérica, las crisis de autoridad y de legitimidad estatales han ido agravándose periódicamente hasta causar una verdadera disolución del Estado (Waldman 1997, 37). México ha sido utilizado como corredor de drogas; las disputas por el control de las rutas y el dominio territorial que se han generado dieron paso a los llamados territorios de miedo, a través de

micro-poderes necesarios para los distintos actores

del conflicto en función de consolidar sus operaciones ilegales, aumentar el poder económico y coaccionar la voluntad política de las comunidades; consolidando así una estrategia de territorialidad que incluye el ejercicio de la violencia para mantener esta hegemonía (Salas 2016, 12).

Consecuentemente, el Estado se encuentra sobrepasado en el tema de las desapariciones, las cuales deberían implicar un esfuerzo internacional, por medio de la solidaridad entre las personas y las organizaciones. En contradicción, las desapariciones están rodeadas de silencio y miedo, en una sociedad dominada por la violencia organizada donde se suscita una grave desconfianza entre las personas. Los procesos de violencia no son nuevos en el país, pero han cambiado su tipificación a lo largo del tiempo. En estas circunstancias,

los territorios silenciados por las múltiples violencias que aquejan al país son incontables, especialmente en cuestión de las desapariciones de personas. A pesar de ello, ha sido a través de las manifesta-

ciones colectivas que las comunidades se han mantenido de pie y a la espera de que regresen sus familiares desaparecidos.¹

De tal forma, en respuesta a las dinámicas en los territorios de miedo surgen los colectivos de búsqueda:

...emergen de un proceso histórico y sistemático que fue permeando en siglo el xx a lo largo de toda América Latina como respuesta a las desapariciones forzadas principalmente incitadas por sus ejércitos, como parte de una estrategia global en contra de los movimientos sociales en América Latina, derivado de un clima político represivo y ‘anticomunista’ que se extiende por todo el cono sur, principalmente en medio de dictaduras militares (Díaz 2015, 90).

Además, se crearon espacios de memoria que han hecho visibles, a nivel internacional, las consecuencias de la represión y el fenómeno de la desaparición en el país, así como los logros políticos de los colectivos de familiares, los cuales han impulsado de manera importante las reformas legales y procesales de atención al fenómeno de desaparición.

La creación de espacios a partir de los movimientos sociales en México

Un movimiento social no puede surgir bajo condiciones sociales armónicas, porque en sí mismo es una lucha; es decir, “el movimiento social es la conducta colectiva organizada de un actor luchando contra su adversario por la direc-



Emmanuel Flores Ramírez: *Artificialis reconnection*

ción social de la historicidad en una colectividad concreta”, según Touraine (2006, 255). Si bien las víctimas no eligen ser víctimas, sí deciden convertirse en activistas a partir de su dolor.

El Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad visibilizó el problema de la desaparición en el contexto nacional e internacional. Dicha alianza fue impulsada por el poeta Javier Sicilia, ya que su hijo fue asesinado en el periodo denominado “guerra contra las drogas”, en el gobierno de Felipe Calderón, entre 2006 y 2012. En respuesta, el 6 de abril de 2011 se realizó una manifestación en la ciudad de Cuernavaca, donde Sicilia anunció que se realizaría un plantón en el zócalo de la localidad hasta el 13 de abril, por la falta de avances en la investigación de su hijo y seis personas más en la entidad. En dicha manifestación, los más de 8 000 asistentes gritaron

“¡Estamos hasta la madre!”; ningún funcionario salió de las instalaciones a recibir al contingente.

Posteriormente, se unieron al contingente ciudadanos de al menos 15 estados, como Nuevo León, Veracruz, Jalisco y Querétaro, entre otros, por lo que, el 5 de mayo, partió de Cuernavaca hacia la Ciudad de México la llamada Marcha Nacional por la Paz con Justicia y Dignidad, donde participaron cientos de familiares de víctimas, activistas, representantes de pueblos indígenas y organizaciones sociales, encabezados por Javier. La caminata llegó a la Ciudad de México el 8 de mayo de ese mismo año, exponiendo la criminalización de las víctimas como estrategia de gobierno. A partir de entonces comenzaron a hacerse visibles los colectivos de búsqueda en cada estado, los cuales enunciaban el tema central de su agenda —la búsqueda de desapa-

recidos—, y planteaban sus demandas de forma pública.

Asimismo, los colectivos de búsqueda se aislaron del control político mediante una serie de mecanismos y estrategias para trabajar de forma autónoma y posteriormente poder establecer una relación de iguales, generando redes de confianza, las cuales, de acuerdo con Tilly (2010), son conexiones para mantener el compromiso expresadas en lenguajes comunes, conocimientos secretos, líneas de comunicación distintivas que involucran relaciones de múltiples hilos entre individuos y grupos. La visibilización de este fenómeno posicionó el tema en la agenda gubernamental, permitiendo otro tipo de diálogo entre los colectivos y las autoridades nacionales, pero sobre todo estatales.

En un año, el Movimiento logró establecer los “Diálogos de

Paz” con el gobierno federal. En el Castillo de Chapultepec, Javier Sicilia se reunió con el entonces presidente de México, Felipe Calderón Hinojosa, así como con los cuatro candidatos presidenciales. El objetivo era formar acuerdos para transformar la política de guerra en una política de seguridad humana. En otras palabras, salvar y proteger vidas en lugar de arrebatarlas y detener la absurda guerra contra el crimen organizado que vulnera a los ciudadanos sin resolver las verdaderas causas de la delincuencia y el narcotráfico.

Sicilia y Enrique Peña Nieto, quien inició su presidencia el 1 de diciembre de 2012, dialogaron sobre los efectos de esta política de guerra. Al final del encuentro, luego de que Sicilia besara a Peña en la mejilla, el poeta le dijo públicamente:

No escucho tu corazón; no lo oigo temblar con el dolor de las víctimas. Escucho un discurso frío que aterra, que nos aterra a todos. No escucho de ti una palabra de misericordia, de compasión ante tanto dolor.

Los simpatizantes del Movimiento que estaban cerca cuentan que, al final, Peña volvió a Sicilia y dijo en voz baja: “Pero sí tengo corazón”, a lo que el poeta respondió: “Pues úsalo”.²

El Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad marcó el precedente en materia de búsqueda de desaparecidos y fue a partir de entonces que se inició una serie de mecanismos de interlocución con organismos gubernamentales, como los diálogos por la paz con presidentes y candidatos presidenciales y ruedas de prensa, entre otros. Empero, de acuerdo con Martín Aguilar (2016, 133), la falta de información que prevalece en algunos sectores de la so-

ciudad ha provocado rechazo ante los movimientos e indiferencia ante la respuesta del Estado que, como se ha demostrado, ha sido la de silenciar y castigar a quienes se organizan.

La relación entre los colectivos y el gobierno ha ido evolucionando conforme se ha avanzado en materia de búsqueda. Los hechos han exigido nuevas formas de afrontar el seguimiento de los desaparecidos. De este modo, las actividades de visualización de los colectivos han generado redes con organismos públicos, privados y miembros de la sociedad civil, a través de diferentes mecanismos de movilización y organización, como es la Brigada Nacional de Personas Desaparecidas, la cual ha permitido ampliar el repertorio de acción de los colectivos y ha significado avances técnicos en materia de búsqueda. Así, el aumento en la capacidad de incidencia gubernamental de los colectivos ha permitido que “muchas personas encuentren en el Colectivo un espacio con el que pueden agilizar los procesos judiciales y tener mayor inclusión en mecanismos legales de protección tales como las comisiones de víctimas y el sistema de justicia penal” (Soto 2018, 256).

De la resiliencia a los proyectos de memoria-lización: Bordando por la Paz y la Memoria, y Hue-llas de la Memoria

Los actos de memoria crean sentimientos de empatía y colaboración en la comunidad; las acciones que inciden en la visibilización y memoria colectiva de los familiares también influyen sobre los procesos de resiliencia, como

fue el caso de los 43 normalistas desaparecidos ocurrido dos años después de la conformación del Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad, los cuales visibilizaron internacionalmente el tema de la desaparición: “hay culturas en que la resiliencia no es concebible porque la organización social no la hace posible” (Cyrulnik 2001, 235); de ahí la importancia de desmitificar que las personas que han sido violentadas en México, específicamente durante el periodo denominado “guerra contra las drogas”, tenían algún tipo de vínculo criminal.

Las madres han creado redes de apoyo al interior y al exterior de los colectivos, formando un proceso resiliente. De acuerdo con Emily Werner, la resiliencia es un proceso dinámico que permite el equilibrio de factores personales, familiares y sociales que admite responder a contextos de adversidad. El término proviene de la ciencia física y hace alusión a la elasticidad de un cuerpo, a su capacidad para resistir un choque y volver a su estado inicial. En la dimensión de la conciencia humana, un elemento clave de la resiliencia es dar sentido a una experiencia negativa a través de la comprensión del suceso y de integrarlo a la propia vida, que en este caso es la lucha, la búsqueda.

Desde un punto de vista psicológico, se explica que existen tres cualidades fundamentales en la resiliencia: comprensión y aceptación de la realidad; creencia en que la vida tiene un significado; y habilidad para generar estrategias o alternativas de solución. Después de vivir un evento traumático las personas deben entender su nueva situación, para crear nuevas identidades. El papel de la sociedad es un factor importante para que se den procesos resilientes: las formas en que se visualiza y trata a quienes han sido víctimas de la



John Lee Swain Valdés: *Sin título*

desgracia inciden sobre la reconstrucción de su nueva identidad, siendo precisamente esas nuevas identidades las que generan espacios de memoria en los sitios y ubicaciones de la ausencia y los articulan políticamente. Buscar a los desaparecidos es, en esencia, una lucha contra el olvido de los que están siendo borrados.

La investigación de las desapariciones contemporáneas en México está enmarcada y moldeada por la incertidumbre. El miedo se ha vuelto parte de la vida cotidiana de los ciudadanos, mas no de las madres de los desaparecidos. Entonces, son los colectivos de búsqueda de desaparecidos los adecuados para plantear a las instituciones de justicia nacionales, estatales e internacionales mecanismos eficientes en la materia, ya que han desarrollado diversas técnicas de búsqueda, identificando fosas antes que el mismo gobierno, recaudando fondos, movilizándolo a la sociedad desde distintas trincheras y en diferentes niveles.

La memoria social y la memorialización, debido a la naturaleza

ambigua de la desaparición, no se pueden entender a través de concepciones lineales del tiempo o con la idea predominante de que la memorialización puede lidiar con pasados en disputa (Bevernage 2008). Movimientos como Bordando por la Paz y la Memoria –un proyecto de bordado que nombra en pañuelos a las víctimas de la guerra contra las drogas– y Huellas de la Memoria –que graba e imprime las suelas de los zapatos de personas que buscan a familiares desaparecidos– crean espacios de memoria que buscan sensibilizar a la ciudadanía y visibilizar el problema de la desaparición.

Bordando por la Paz y la Memoria comenzó en la Ciudad de México en 2011, con un grupo que se reúne semanalmente para bordar en público. El proyecto también se ha extendido a otras ciudades del país e internacionalmente. Es un esfuerzo por rehumanizar, nombrar y dar identidad a los muertos y desaparecidos. Los devuelve al espacio público y, al hacerlo, corta el tejido social. Uno de sus objetivos es bordar un

pañuelo por cada persona muerta en la guerra contra las drogas, ya sea policía o soldado, miembro del cártel o transeúnte.

El valor de este movimiento no está en lograr un objetivo final, sino en la participación ciudadana y la declaración pública de que las pérdidas de estas vidas son lamentables. En estos proyectos se

mostraron redes de solidaridad y experiencia compartida entre quienes viven esta crisis en América Latina. Y los zapatos, los objetos que se mueven, que caminan, que marchan, nos permitieron seguir y ver las huellas colectivas que mapean espacios de desaparición en México (House 2020).

Dichos movimientos recrean el recuerdo de la violencia en México desde la década de los sesenta. Poco se ha avanzado en la visualización de estos proyectos de forma internacional, por lo que en mayo de 2017 surge *Stitched Voices* en Irlanda, una exhibición de

Cabe destacar que las acciones de los colectivos han generado procesos de alteridad, reconociendo a la víctima más allá de un número, dándole nombre, rostro e identidad, en toda la extensión de la dignidad humana.

textiles conflictivos en la galería principal del Aberystwyth Arts Center, en colaboración con el Departamento de Política Internacional. De manera similar, en la Universidad de Aberystwyth se montó una exposición dedicada a las narrativas textiles de las luchas contra la violencia, la injusticia, la opresión y el olvido. Asimismo, en países como Gales, Chile, México, Irlanda del Norte, Sudáfrica, España, Colombia y Alemania, gracias a la intervención de la doctorante Danielle House, se expusieron pañuelos bordados, que han sido creados por Bordando por la Paz y la Memoria, expresando así la resistencia local contra la actual violencia e impunidad en México y la solidaridad de las personas de todo el mundo con las víctimas y los afligidos por esta violencia.

El centro de investigación Performance and Politics International, a consecuencia del evento *Stitched Voices*, se interesó y apoyó financieramente a Huellas de la Memoria, pagando el transporte de los zapatos, la instalación y el viaje a Reino Unido del artista (Edkins 2019, 124). Exhibiéndose en Londres y Aberystwyth, el Colectivo Huellas de la Memoria recaudó fondos para permitir que la madre de uno de los estudiantes desaparecidos de Ayotzina-pa participara en la exposición y con su presencia legitimara el movimiento. Huellas de la Memoria utilizó sus redes en toda Europa

para buscar personas que organizaran una exhibición itinerante de los zapatos y estampados en sus ciudades, lo que permitió realizar una gira por Francia, Alemania, Italia, los Países Bajos, Bélgica y otras locaciones durante varios meses, creando espacios de conciencia, de memoria, visibilizando la desaparición en México a nivel internacional, presentando la magnitud de dicho fenómeno.

Cabe destacar que las acciones de los colectivos han generado procesos de alteridad, reconociendo a la víctima más allá de un número, dándole nombre, rostro e identidad, en toda la extensión de la dignidad humana. Finalmente, los espacios de memoria que han generado las familias de los desaparecidos como reacción, respuesta y contrarrespuesta a la violencia de la que son víctimas, mediante proyectos como son Bordando por la Paz y Huellas de la Memoria, reflejan la realidad nacional, pero, al final, son principalmente actos de protesta pacíficos que sensibilizan a la comunidad internacional sobre un tema que merece mayor atención y nuevos escenarios de reproducción. **LPyH**

REFERENCIAS

Aguilar, Martín. 2020. *Resistencia y protesta social en el sureste de México*. México: UAM-Azcapotzalco/RED Mexicana de los Estudios de los Movimientos Sociales/Colofón/Conacyt.

- Bevernage, Berber. 2008. 'Time, Presence, and historical injustice'. *History and Theory* 47 (2): 149-167.
- Cyrułnik, Boris. 2001. *Resilience: How Your Inner Strength Can Set You Free from the Past*. Barcelona: Gedisa.
- Díaz Tovar, Alfonso. 2015. "Prácticas de conmemoración de la Guerra Sucia en México". *Athenea Digital* 15 (4).
- House, Danielle. 2020. Tesis: *Researching the Uncertain: Memory and Disappearance in Mexico*. Londres: Aberystwyth University.
- Salas, Luis. 2016. "Conflicto armado y configuración territorial: elementos para la consolidación de la paz en Colombia". *Revista Bitácora Urbano Territorial* 26 (2): 45-57.
- Soto Espinosa, José Luis. 2018. *Colectivo Familias de Desaparecidos Orizaba-Córdoba: acción colectiva, identidad y comunidades de duelo*. México: Instituto Mora.
- Tilly, Charles. 2011. *Confianza y gobierno*. Madrid: Amorrortu.
- Touraine, Alain. 2006. "Los movimientos sociales". *Revista Colombiana de Sociología* 27: 255-278
- Waldmann, Peter. 1997. "Cotidianización de la violencia: el ejemplo de Colombia". *Análisis Político* 32.
- Werner, Emily. 1982. *Vulnerable but Invincible. A Longitudinal Study of Resilient Children and Youth*. Nueva York: McGrawHill.

NOTAS

¹ Recuperado el 8 de noviembre de 2021. Disponible en: <https://adondevanlosdesaparecidos.org/2019/09/19/las-desapariciones-en-totolapan-territorio-silenciado-por-las-violencias>.

² Recuperado el 20 de mayo de 2022. Disponible en: <https://mpjd.mx/10-de-10>.

Mónica Torio Hernández es licenciada en Gestión y Dirección de Negocios por la UV, licenciada en Ciencias Políticas y Administración Pública por la ELCPAPO, maestra en Estudios Internacionales por el Colver, especialista en Estudios de Opinión.

La historia de las Grandes Montañas de Veracruz se remonta al valle de Ahuilizapan, donde se asentaron los nahuas que venían de Tenejapan, Aculzingo, Izhuatlancillo y Texmalaca. Con la conquista española, fue renombrado como San Miguel Ahuilizapan; era el pueblo más importante de la región por su conexión con los valles de Orizaba y de Maltrata para ascender a México. La región de las Grandes Montañas se ubica en la parte central del estado, algunas de sus zonas son de difícil acceso, caminos montañosos y en mal estado. La cuenca del río Blanco nace en las faldas del Pico de Orizaba para atravesar las montañas y favorecer las actividades agrícolas, comerciales e industriales de la región, que abarca 57 municipios en zonas cálidas, templadas y frías.

En tiempos de la Colonia española, la región fue el centro más importante de producción de tabaco y en el siglo XIX el café es el principal cultivo. Con la llegada de los barcelonnettes –familias industriales de Francia– se produce el auge de la industria de textil en Nogales, Ciudad Mendoza y Río Blanco. Por las condiciones de explotación que prevalecían en las fábricas de textiles, un sector de la clase obrera se vincula al movimiento magonista y declara la huelga el 5 de enero de 1905. La respuesta fue la matanza de Río Blanco, el asesinato de cientos de obreros textiles a manos de militares, por órdenes del presidente Porfirio Díaz. Aquella lucha obrera es precursora de la Revolución mexicana y marcó a las Grandes Montañas como escenario de luchas y cuna de movimientos sociales.

La industria textil decayó en los años sesenta del siglo XX. Muchos de sus habitantes han migrado. El pueblo de Río Blanco se convirtió en paso de migrantes y

Las Grandes Montañas de VERACRUZ y sus MOVIMIENTOS SOCIALES

Gualberto Díaz González

Por las condiciones de explotación que prevalecían en las fábricas de textiles, un sector de la clase obrera se vincula al movimiento magonista y declara la huelga el 5 de enero de 1905. La respuesta fue la matanza de Río Blanco [...] Aquella lucha obrera es precursora de la Revolución mexicana.

corredor de trabajos informales. Por esos años, la teología de la liberación llegó al valle de Orizaba, a través del padre Ricardo Zapata Jiménez, quien fundó en Río Blanco las Comunidades Eclesiales de Base (CEB). El padre Zapata se vinculó con las luchas y movimientos de la época. En las CEB participaban curas de Loma Grande, Aculzingo, Ciudad Mendoza, Nogales, Río Blanco, Tlilapan, La Perla, Santana, Ixtaczoquitlán, articulados con organizaciones sindicales, campesinas y de la sociedad civil. Las CEB apoyaron a los obreros en huelga de la fábrica de San Lorenzo, al campamento Tierra y Libertad, y acompañaron la lucha del pueblo de Tehuipango a raíz de la matanza de campesinos en mayo de 1980.

Aquellos eran tiempos de eferescencia social contra los regímenes autoritarios en América Latina. El triunfo de la Revolución cubana marcó a toda una generación. Los movimientos juveniles en México adquieren protagonismo con el referente histórico del 68 global, cuando miles de estudiantes toman las calles para demandar libertad, derechos, amor y paz; muchos fueron reprimidos, encarcelados, asesinados o desaparecidos. Con la matanza del 2 de octubre en Tlatelolco y el “halconazo” en 1971, viene el desencanto y prolifera la guerrilla urbana y rural en varios estados del país. La respuesta fue “la guerra sucia”, el combate oscuro, permanente y sistemático del Estado mexicano para capturar, reprimir y eliminar disidentes.

El normalismo rural ha sido importante en los distintos procesos de emancipación que se han dado en el campo mexicano. Sus orígenes provienen de la revolución, pero es en el cardenismo cuando adquieren relevancia las normales rurales en regiones como Guerrero, Oaxaca, Michoacán y Veracruz, con un normalismo militante vinculado a movimientos sociales y guerrilleros.

En los setenta, en la sierra de Zongolica se desarrolla un tipo de normalismo rural con la Escuela de Iniciación Pedagógica en el municipio de Los Reyes, y que influyó en la formación, desarrollo y acompañamiento de varios movimientos sociales: 1976 en Tehuipango; 1982 con la Unión de Todos los Pueblos Pobres (Timocpanotoke Noche Altepeme Macchualme, TINAM), en el municipio de Tequila; en 1984 surge la Organización Campesina e Indígena de la Sierra de Zongolica (OCISZ), para gestionar recursos, incentivar el comercio del café y los aserraderos; en 1986 se crea la Coordinadora Regional de Organizaciones Indígenas de la Sierra de Zongolica (CROISZ), en Soledad Atzompa, para impulsar el desarrollo autogestivo y defender los derechos de los pueblos originarios.

Fue histórico el paso por la región de la Marcha del color de la tierra, del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), en marzo de 2001; miles de personas abarrotaron el centro de Orizaba para saludar a los zapatistas en su viaje a la Ciudad de México, donde exigirían al poder legislativo el reconocimiento de los derechos de los pueblos indios y el fin de la guerra de exterminio. En aquel mitin, muchos jóvenes y no tan jóvenes, escucharon el mensaje zapatista en voz del entonces Subcomandante Insurgente Marcos: “Nosotros no venimos a pedirles que se unan al EZLN, sino a que se

organicen y luchen aquí, en su tierra”. El paso de los zapatistas por el valle de Ahuilizapan estuvo a cargo de colectivos feministas de Cihuetlatolli A. C., por estudiantes y también por viejas luchas campesinas y eclesiales de la región.

El 25 de febrero de 2007 aparece sin vida la anciana indígena Ernestina Ascencio Rosario, en un paraje del municipio de Soledad Atzompa. Por esos años, Atzompa representaba el nivel más alto de organización comunitaria de toda la sierra de Zongolica y la CROISZ tenía presencia en muchas comunidades del municipio. Se dijo que Ernestina Ascencio pertenecía a la CROISZ y familiares y compañeros señalaron a los militares por su asesinato: “Agredir a Ernestina es agredir la organización del pueblo”. El gobierno federal negó el crimen y sostuvo la versión del fallecimiento de la anciana por una gastritis aguda mal atendida. Desde el inicio, el caso fue denunciado por organizaciones sociales y actualmente se encuentra en la Comisión Interamericana de Derechos Humanos. Presionado por la opinión pública, el gobierno de la Cuarta Transformación (4T) reabrió la carpeta de investigación con el compromiso de hacer justicia.

Ese mismo año, en 2007, se funda el centro Kalli Luz Marina A. C. en el municipio de Rafael Delgado, puerta de entrada a la sierra de Zongolica. El Kalli, como se le conoce al centro, está encabezado por religiosas progresistas que tienen como propósito empoderar a las mujeres nahuas de la región que, en su gran mayoría, son excluidas de los espacios políticos, sociales y culturales. Exclusión que refuerza el patriarcado construido y legitimado históricamente por los hombres. La influencia del Kalli es un referente importante de las luchas de las mujeres en las Grandes Montañas,

que en los últimos años han tomado fuerza con los movimientos feministas a nivel mundial.

A fines de la primera década del siglo XXI, llega a Veracruz una oleada de proyectos hidroeléctricos impulsados por las políticas neoliberales de privatización y desregulación. Las cuencas del estado se vieron impactadas por el negocio de la energía hidráulica con los procesos de acumulación por despojo. Una de las primeras hidroeléctricas fue construida en la sierra de Zongolica a partir de la apropiación del río para la generación de energía privada. El proyecto hidroeléctrico en Zongolica se valió de la desinformación. No hubo consulta a las comunidades nahuas y se presionó a campesinos para que vendieran o prestaran sus tierras. Grupos de pobladores y de derechos humanos iniciaron una lucha para defender el territorio. Realizaron asambleas informativas y consultas, pero con presiones y amenazas, las redes caciquiles de la sierra contuvieron la protesta. La hidroeléctrica se construyó.

Otras experiencias en defensa de las cuencas y los ríos en la región y en Veracruz han tenido logros muy importantes a partir de la organización para la defensa de la vida y el medio ambiente. En Amatlán de los Reyes, las comunidades detuvieron la construcción de la megapresa El Naranjal. En la zona de Jalcomulco, los pueblos se organizaron, tejieron redes con colectivos y luchas regionales e internacionales, y lograron frenar a la poderosa transnacional Odebrecht, que pretendía construir también una megapresa en el río Los Pescados. Y pobladores y comunidades de la sierra de Tlapacoyan han detenido varios proyectos hidroeléctricos en el río Bobos.

Durante las campañas presidenciales de 2010, surge el movi-



Salma Ríos Cabeza de Vaca: *Sin título*

miento de jóvenes YoSoy132 para cuestionar al candidato del PRI, Enrique Peña Nieto, y a los poderes fácticos de las televisoras que lo impulsaban. El movimiento cimbró al sistema político con marchas masivas, plantones, invasión de las redes sociales, y articulado en una asamblea nacional, conformada en la Ciudad Universitaria de la UNAM. Muchos jóvenes del interior del país se conectaron al YoSoy132. En Veracruz, los jóvenes se organizaron en la ciudad de Xalapa y en la región de las Grandes Montañas, principalmente. En Orizaba, estudiantes de la UV y del Tecnológico de Orizaba se movilizaron en marchas, asambleas, ocupas, toma de casetas, exigencia de disminución del costo del transporte público y no a la represión. Muchos de los jóvenes activistas estaban vinculados a otras luchas y movimientos de la sierra y del valle de Orizaba; para otros, el activismo era nuevo, así como la rebeldía y el sentido de organizarse.

La lucha magisterial en la región también ha sido importante. Su logro más reciente fueron las movilizaciones en contra de la reforma educativa de Enrique Peña Nieto. Miles de maestros a nivel nacional, organizados en la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación, rechazaron la reforma y exigieron su derogación. Veracruz fue crucial en aquella lucha; en Xalapa y en Orizaba la lucha magisterial impactó, organizada y valiente; pero fueron brutalmente reprimidos en el plantón que mantenían en la Plaza Lerdo. Aquellas movilizaciones lograron detener la implementación de la reforma, que posteriormente fue derogada por el gobierno de la 4T.

Un elemento importante para comprender las luchas y las protestas sociales en la región son los llamados márgenes estatales, espacios que operan dentro y fuera del marco legal y que ponen en cuestión la gobernabilidad del Es-

tado sobre el territorio. El Estado es racionalidad administrativa y control social, pero cuando surgen situaciones de violencia, de excepción, y se vuelve difuso el límite entre lo legal y lo ilegal, la función de orden se pierde y se habla del problema de los márgenes del Estado o del Estado paralelo.

Desde hace años, en el estado de Veracruz operan cárteles que se disputan el territorio. A raíz de la llamada “guerra contra el narco”, iniciada en 2006, las organizaciones criminales diversificaron sus fuentes de ingreso a través de la trata de personas, el tráfico de órganos, el robo de gasolina o huachicol, el secuestro, la desaparición de jóvenes para la explotación laboral y la prostitución. Miles de desaparecidos, vidas rotas, fosas clandestinas, demasiada impunidad.

En 2013, se funda el colectivo Familias de Desaparecidos Orizaba-Córdoba, integrado a la red de



Diana Laura Reyes: Conectar con las raíces

enlaces nacionales, al Movimiento por Nuestros Desaparecidos, a las brigadas de búsquedas de fosas clandestinas en el país, impulsor de la Ley General en Materia de Desaparición Forzada de Personas, Desaparición Cometida por Particulares y del Sistema Nacional de Búsqueda de Personas. El colectivo realiza sus búsquedas en Ciudad Mendoza, Río Blanco, Nogales, Orizaba, Mariano Escobedo, Amatlán de los Reyes, Córdoba, Fortín de las Flores, Paso del Macho, Potrero Nuevo, Tierra Blanca y Playa Vicente. Dice Aracely Salcedo: “Buscamos la no repetición en el estado y en el país. Porque la lucha por un hijo no termina y una madre nunca olvida, aquí estoy yo y todas mis compañeras de los demás colectivos, buscándolos”. **LPyH**

REFERENCIAS

- Aguilar Sánchez, Martín. 2012. *La difícil construcción democrática en Veracruz. Acceso a la justicia y actores sociales*. Xalapa: UV.
- Aguirre Beltrán, Gonzalo. 1987. “Zongolica: las marquesas de Sierra Nevada y las luchas agrarias durante la Colonia”, *La Palabra y el Hombre* 64: 5-30.
- Harvey, David. 2004. “El ‘nuevo’ imperialismo. Acumulación por desposesión”, En *El nuevo desafío imperial*, editado por Leo Panitch y Colin Leys. Buenos Aires: CLACSO.
- Maldonado, Salvador. 2010. *Los márgenes del Estado mexicano. Territorios ilegales, desarrollo y violencia en Michoacán*. México: Colmich.
- Melucci, Alberto. 1999. “Teoría de la acción colectiva”. En *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*, 25-54. México: El Colegio de México.
- Raby, David L. 1968. “Los maestros rurales y los conflictos sociales en México (1931- 1940)”. *Revista Historia Mexicana* 18 (2): 190-226.
- Tarrow, Sidney. 2012. *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza.
- Tilly, Charles. 2010. *Los movimientos sociales, 1768-2008*. Barcelona: Crítica.
- Touraine, Alain. 2003. *¿Podremos vivir juntos?* México: FCE.

Gualberto Díaz González es sociólogo, historiador y documentalista, docente de la Facultad de Sociología de la UV. Miembro de la Red Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales A. C. Pertenece al SNI.



LA PALABRA

La construcción del sujeto de derecho en una novela-testimonio de MANLIO ARGUETA

Leticia Mora Perdomo

La capacidad de la literatura para proponer modelos posibles de comunidad que resignifican la dignidad de los sujetos marginados cuando se relata el abuso al que están expuestos, ha abierto la puerta para imaginar alternativas de convivencia social más justas.

Escribir hoy. “¿Qué significa –se pregunta la escritora mexicana Cristina Rivera Garza– escribir hoy? [...] ¿Qué tipo de retos enfrenta el ejercicio de la escritura en un medio donde la precariedad del trabajo y la muerte horripalante constituyen la materia de todos los días?” (2013, 19). Escritores de diversas épocas han propiciado diálogos con su realidad, estéticos y éticos, cuando han invocado la injusticia y el horror en sus narraciones. Si bien tal vez no hay peor momento que el que uno vive, pues los años matizan el pasado, no deja de ser cierto que muchas narraciones contemporáneas invocan ese atroz tiempo pretérito –por ejemplo el de la violencia de la

conquista o de la Colonia– para hablar, desde nuestra actualidad, de la persistencia de situaciones de abuso y sevicia que nos permiten vislumbrar vestigios latentes de esa crueldad ancestral que, a la luz de hoy, adquieren un significado inusitado. Así, en las décadas que van de los sesenta a los ochenta, la novedad de un género –en su momento, el testimonio– articuló la representación de las luchas sociales, y el alcance de esta forma de escritura es perceptible en nuestro presente a través de un marco de recuperación de memoria que es propiciado por los derechos humanos.

Leer hoy. En los contextos de precariedad que vive el país, ante la falta de un Estado de derecho que garantice la preservación de

la integridad humana y la procuración de justicia, se invoca constantemente el lenguaje moral de los derechos humanos, ya que en nuestras condiciones actuales de intemperie, estos, según Michael Ignatieff, son la formación discursiva que posibilita visibilizar desde la cultura las condiciones de violencia, exclusión, discriminación, desigualdad (Ignatieff 2002, A29). Asimismo, son el marco moral desde el cual se propone, a través de la sensibilización y la toma de conciencia, la realización de la promesa de justicia, de igualdad, de libertad y de reivindicación social que ellos abarcan; en fin, el bienestar social e individual que pavimenta el camino hacia la plena ciudadanía y la necesaria paz.

La literatura y los derechos humanos. Uno de los primeros textos de nuestra tradición literaria hispanoamericana, la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1552), publicada y distribuida en Europa por el taller del protestante Theodor de Bry como uno de los primeros libros de denuncia contra la destrucción –genocidio, diríamos hoy–, de los indios, y las atrocidades cometidas en su contra, se ha retomado a través de la figura de su autor, fray Bartolomé de las Casas, como testimonio y argumentación –dentro de las leyes y retórica de su tiempo– de una temprana conciencia moral contra la crueldad y la privación de libertad hacia otro grupo humano. Así, no sorprende que su autor sea considerado el precursor de los derechos humanos y del derecho internacional. Pero su caso no es único, y menos aún en nuestra actualidad: la novela colombiana del siglo XXI¹ retoma con fuerza la apuesta por la defensa de los derechos de las víctimas y la pregunta de Cristina Rivera Garza por el significado de la escritura, cuya narrativa en



Irving Isai Martínez: *Sin título*

México también es ejemplo para dar voz a las víctimas de innumerables abusos y procurar romper el cerco de silencio que las rodea, ya que, como Giorgio Agamben afirma, no se le puede otorgar a la indelicibilidad del horror el prestigio de la mística. Si leemos los textos literarios con esta conciencia moral, encontraremos que entre las páginas de muchos otros autores se ha reconocido y representado al indígena, al negro, al homosexual, al transexual, a la lesbiana, al subalterno, al migrante o al extranjero, como sujeto digno y con el derecho a una vida plena. Esta denuncia moral, trazable en un corpus no pequeño de la literatura continental, ha tenido como fundamento una idea del diferente como semejante, y ha buscado denunciar las injusticias amparándose en una comunidad humana imaginada como más justa donde cualquier individuo es sujeto del derecho a ejercer su humanidad en una vida plena.

En su brillante estudio sobre el nacimiento de los derechos humanos a finales del siglo XVIII,

Lynn Hunt describe el papel de la literatura en la construcción de la conciencia en los sujetos modernos, lectores de novelas, cuya sensibilidad descansaba en la promesa de humanidad (dignidad, igualdad y buen trato) y semejanza entre sí, que los Derechos del Hombre y del Ciudadano (1786) encerraban. Así entonces, tenían como una aspiración posible de realizarse lo que llamaríamos hoy, según la teoría de la recepción, un horizonte de expectativas, donde una comunidad igualitaria y más justa era deseable y posible. Estos idearios, formados en las narrativas literarias de ese entonces, particularmente en la lectura de la novela sentimental y el artículo de costumbres, modelaron la subjetividad de los hombres civilizados, cuyas ideas en el transcurso del siglo XIX fueron un sustrato ideológico a las luchas de emancipación nacional (Hunt 2010, *passim*), a la construcción de comunidades imaginadas –como más justas– en la literatura de esos años, tanto como en la redac-

ción de constituciones a lo largo y ancho de América Latina. Lynn Hunt precisamente traza cómo estas demandas morales fueron ineludibles para la construcción del sujeto moderno, definido por su individualidad y humanidad en su dimensión natural y luego política, como ciudadano, concepción que llegó a ser el modo de sociabilidad dominante.

La capacidad de la literatura para proponer modelos posibles de comunidad que resignifican la dignidad de los sujetos marginados cuando se relata el abuso al que están expuestos, ha abierto la puerta para imaginar alternativas de convivencia social más justas. En esa promesa imaginativa que la literatura echa a andar reside su potencial libertario, pues antepone realidades alternas a las de un presente degradado, sin justicia ni futuro. Particularmente, desde la década de los años sesenta y setenta, en la literatura se han reconocido nuevos géneros como el testimonio, para dar cabida a las voces subalternas y visibilizar pro-

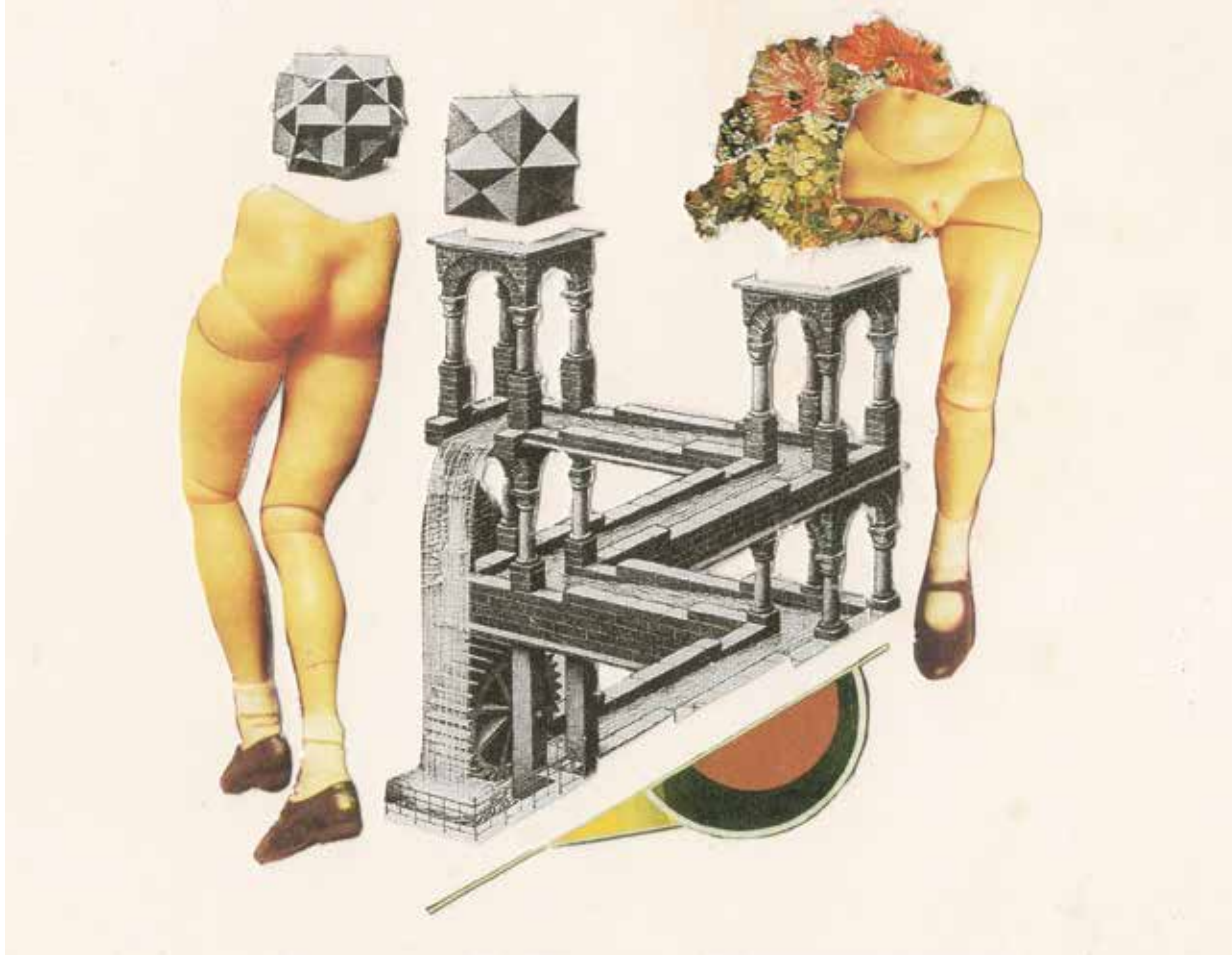
blemáticas diversas de explotación social. Por ejemplo, en Centroamérica, el testimonio fue el género más socorrido para poner en el debate público condiciones de injusticia, maltrato y exclusión de grandes sectores de la población. Si bien su estatuto literario ha sido cuestionado, la fuerza documental de la denuncia reside no solo en dar a conocer situaciones socialmente conflictivas, sino en la mayor o menor capacidad del escritor para poner en circulación recursos literarios que conduelan al lector a reconocer matanzas, agravios y situaciones francamente intolerables que un personaje o una comunidad, a pesar de su inalterable alteridad con el lector, no debe soportar. Es en estos años, entonces, cuando la literatura y los movimientos sociales comienzan a tener una confluencia inusitada, pues los movimientos sociales se distancian de las tradicionales luchas de obreros contra el Estado para desplazarse a problemáticas que, si bien ancladas en problemas históricos de propiedad y tenencia de la tierra, o el cambio de la explotación agrícola a la industrial, incorporan otros asuntos como la democratización de la sociedad, la irrupción de los jóvenes y las mujeres como actores sociales. Esto da paso a dinámicas sociales con componentes de mayor subjetividad que la literatura reescribe, ya sea como demandas de justicia por madres de víctimas de genocidio o desapariciones forzadas, ya sea por la exposición de problemas identitarios donde la conciencia de pertenencia a un grupo o a una clase les permite articular movilizaciones alrededor de intereses comunes que interpelan directamente los derechos humanos, ya sea porque nuestra noción misma de humanidad se ve amenazada.

Un día en la vida. Un grupo importante de escritores se dieron a la tarea, en los años setenta

y ochenta del siglo pasado,² de representar estas dinámicas sociales como consecuencia del modelo de desarrollo capitalista y construyeron sus historias tratando de enfatizar las razones del descontento social tanto como las motivaciones personales de sus personajes para participar en organizaciones orientadas al cambio social. Es el caso de *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*, que inicia una discusión internacional por los derechos de los indígenas mayas y la explotación y el genocidio del que venían siendo objeto. Muchos de esos testimonios se reconocen con premios especiales como el Nobel de la Paz, en el caso de Menchú, o el que crea Casa de las Américas en Cuba, o el Premio de Bellas Artes Carlos Montemayor. El que me ocupa en estas páginas, *Un día en la vida* (1980), del escritor salvadoreño Manlio Argueta, fue escrito en el exilio y estructurado como la crónica de un día en la vida de una campesina salvadoreña: Lupe. El autor ha manifestado que la realidad de su personaje descansa en una serie de entrevistas que mantuvo con una campesina de su país. Así, su factualidad es parte del acto enunciativo. Tal vez sea esta inmediatez de la experiencia de Lupe con la del escritor lo que el lector inmediatamente percibe como parte también de su realidad circundante, operación literaria que vela el artificio en que el testimonio descansa, su retoricidad literaria que añade drama e intensidad a los hechos comunes y propicia una lectura casi transparente, ya no entre el texto y la realidad a la que alude, sino entre la del informante y el autor que escribe. El testimonio es ejemplo de la importancia que el énfasis en lo real comenzó a tener en la literatura en esos años y el giro subjetivo que adoptó. Lupe narra su historia como testigo implícito en lo narrado; los otros

personajes femeninos, Ellos, los propietarios, y la Autoridad, narran los sucesos desde su punto de vista; el autor que hizo la entrevista parece haber desaparecido. Así, el tapete de voces produce como efecto de lectura la no fácil distinción entre realidad y ficción, pues “ese día” de la vida de Lupe puede ser cualquier día de “la vida” de una familia campesina que Lupe relata. La apuesta del testimonio reside en esta voz del testigo, en su experiencia y la aparente transparencia entre lo narrado y la realidad, pues esa es su posibilidad de identificación inmediata, ya sea de aceptación o de rechazo.

Empero, el carácter ficcional del relato se revela por la acción de unir diversas temporalidades y homologar experiencias de vida, del pasado y del presente, lo que otorga cierta ejemplaridad a lo narrado. Más allá de la poeticidad que acompaña al relato durante las diferentes horas del día, marcadas por el canto de diferentes pájaros, es la subjetivación de esa realidad el punto nodal que permite observar la conciencia que empieza a nacer ante el *continuum* de violencia, maltrato y explotación que perciben los personajes como parte de su vida. En efecto, entre esas grietas de dolor y el despertar a una realidad, fracturada ya, que no tiene por qué ser así, empieza a asomar la oculta intencionalidad política del testimonio que busca explicar a través de la historia de varias generaciones las relaciones de abuso que propician la rebelión. La subjetividad del relato de Lupe, personaje principal, taimiza la de las otras mujeres, pero rebasa su espacio cotidiano e individual cuando la acción política de la nieta, en su rebeldía a seguir aceptando lo que el patrón dice, acelera la toma de conciencia de Lupe, quien se percató de que lo que pasa en su vida personal desde que era una niña es una histo-



Karen Rodríguez: *Autorretrato III*

ria colectiva de abusos en “la vida” salvadoreña.

El relato de Guadalupe Fuentes de Guardado. Este relato es producto de una serie de acontecimientos políticos relevantes en la historia de El Salvador. *Un día en la vida* retoma el proceso de politización y toma de conciencia del campesinado salvadoreño en los años setenta, que coincide, en el relato y en la historia de Centroamérica, con el despertar de la conciencia del pueblo campesino a través de su contacto con los padres de la Teología de la Liberación y con la instauración de distintas formas de organización colectiva. Entonces, el cambio de orientación de la Iglesia católica, la formación de cooperativas de obreros y estudiantes, la creación de las federaciones campesinas, son acciones que se traducen en una efervescencia de manifestaciones políticas que no tuvo an-

tecedentes y que culminó en la guerra de guerrillas, el surgimiento de grupos paramilitares y la declaración de la guerra civil. Esta cruenta guerra civil opondrá a la oligarquía y a las fuerzas armadas contra la guerrilla revolucionaria, donde muchos estudiantes participaban, como la nieta de Lupe y su hijo. En medio de este conflicto bélico quedará el campesinado. Este es el telón de fondo del día de Lupe, que comienza a las 5 de la mañana y termina a las 5 de la tarde.

Contexto histórico. La inestabilidad política que ha azotado a El Salvador es de viejo cuño en América Latina, pues deriva de las luchas de construcción nacional entre liberales y conservadores, propiciada por la defensa de los grandes latifundios cafetaleros pertenecientes al 10% de la población y a la abolición de la propiedad comunal. Este problema se exacer-

ba en el siglo xx con los gobiernos militares y la represión ejercida por ellos. En 1932, el general Maximiliano Hernández Martínez derroca al gobierno civil y reprime brutalmente la rebelión campesina. Esta masacre de campesinos se halla presente en el relato por medio de las frecuentes analepsis de los personajes, cuyos textos se distinguen tipográficamente por aparecer en tipos cursivos, y por sus reflejos, miedos, temores y ansiedades en su vida afectiva o psíquica. Pero el lector no llega a conocer las causas de los sucesos del 32. Esta laguna en el texto es parecida a un trauma que obliga a indagar su historia escamoteada en la página. El lector descubre que la violencia sistémica –en términos de Slavoj Žižek (2008)– que ha motivado el levantamiento campesino es el sistema de explotación de propiedad alrededor del monocultivo del café, cuyo precio, al fluctuar en forma



Paulina Uranga: Sin título

constante, afectaba drásticamente a la economía campesina y provocaba la expansión de una economía agrícola de exportación que exigía la constante migración de campesinos de su lugar de origen y trabajo. La movilidad campesina propiciaba, asimismo, desarraigo e inestabilidad. En la novela se menciona en forma iterativa el hambre y penuria que los campesinos padecen y los desplazamientos de sus lugares de origen que se ven obligados a hacer, construyendo un camino de pérdidas afectivas.

Cuatro décadas más tarde, con la toma de conciencia por parte de la comunidad, esta masacre se revela como una cicatriz abierta en cada uno de los personajes que llora un muerto. Este incidente hace evidente a los lectores ese *continuum* de violencia como una condena que no cesa de repetirse. Se aprecia entonces el eslabón de memoria genética que enlaza ambos acontecimientos históricos, la masacre de 1932 y la precariedad e inestabilidad que viven Lupe y demás voces narradoras femeninas a finales de los años setenta,

pues los hechos de abuso, indefensión y muerte parecen ser los mismos que sufrió como niña Lupe, ya que tuvo que desplazarse con su familia, confrontar la ruptura de los lazos afectivos con familiares y comunidad, además de soportar la muerte temprana de sus padres. En ese día que narra, su soledad es evidente, como lo es tener que negar conocer a su marido brutalmente golpeado, que le presenta la autoridad. Negar, en efecto, el amor a su hijo muerto por no tener dinero para comprar su medicina. Negar saber algo de los asesinatos y desapariciones de los hombres de su familia: Chepe, su marido; Justino, su hijo; Helio Hernández, su yerno y el padre de Adolfiná, su nieta. De esta manera, la violencia y la muerte envuelven a cuatro generaciones de la familia de Lupe.

Este marco histórico corresponde a la puesta en escena de un entramado ideológico que justifica el levantamiento campesino del presente, la razón de ser de la subversión. A raíz de los sucesos del presente, es inevitable no recordar, y recordar toma el lugar de pensar

los sucesos históricos bajo la óptica de quien recuerda motivada por estos sucesos cercanos en el presente. Así, la infructuosa revuelta campesina de 1932 –en la que se sacrificaron más de treinta mil vidas– y con la cual se intentó alcanzar democracia y justicia social, no solo es indeleble de la memoria por su salvajismo, por el abuso contra una población indefensa, sino como una marca en la conciencia que debe conservarse ya que puede repetirse en el presente, sobre todo porque los hombres ya se han organizado en cooperativas de campesinos, lo que agrava la situación, pues ya no se puede “regresar a la ignorancia”. Adolfiná, la nieta, cuyo padre está desaparecido, entra en contacto con estudiantes y marcha hacia la Catedral; Lupe ya no tiene miedo ni agacha la cabeza aun si sus hombres andan perseguidos y tienen que huir al monte y abandonar sus hogares. Curiosamente, se relatan varios actos de extrema violencia de la autoridad pero no se relata ningún acto violento cometido por los campesinos, pues son representados solo

como víctimas. Al autor le interesa mostrar el impacto del modo de organización económica en sus vidas y el cambio en su toma de posición, que tiene como adversarios a Ellos, los propietarios y La autoridad. Este modo de organizar el relato es una clara limitación del testimonio.

El sujeto de derecho. Siendo los campesinos un grupo social profundamente católico, la novela ficcionaliza de manera eficiente, me parece, el encuentro con los padres de la Teología de la Liberación, que comenzó por enseñarles que la felicidad no se encontraba después de la muerte, en la vida eterna, sino en este mundo, pues si bien de los pobres sería el reino de los cielos, el cielo estaba en esta tierra. Este cambio de paradigma que tiene en el sacerdote al agente del cambio produce la otra violencia de que habla Žižek: la violencia del sistema de creencias que el lenguaje transmite, la “violencia simbólica”. Los campesinos cuestionan el estado de cosas, abandonan la resignación y la culpa para pensar en lo desgraciado de su situación pese a una vida de trabajo, lo que poco a poco crea en ellos una conciencia de la explotación:

Estos nuevos curas amigos, aunque también llegaban en yip, sí se metían por el desvío y nos visitaban, que cómo vivís, que cuántos hijos tenés, que cuánto ganás y si queríamos mejorar nuestras condiciones de vida. Y nosotros no entendíamos las maneras de hablar, las palabras que usaban. Hasta que formaron las primeras cooperativas y pudimos tener una ganancita demás (*sic*) (22-23).

Es una violencia simbólica pues cuestiona la manera tradicional de ver el mundo campesino, incluso su misma fe. Este desplazamiento

ideológico les permite identificar como injusto lo que antes parecía natural. Como ya he dicho, a lo largo de la novela se narra el despertar de Lupe como el relato de cómo le nació la conciencia. “... nosotros también comenzamos a cambiar. Era más bonito así. Saber que existe algo llamado derecho. Derecho a medicinas, a comida, a escuela para los hijos [...] aprendimos a mirar por nosotros mismos” (27). No solo se trata de una conciencia de ser sujeto de derecho, sino también de los procesos de significación de su humanidad, en el caso de Lupe, de su ser como mujer, de su religión y del lenguaje que tanto la distingue de los otros, como la excluye; marginación que el autor simboliza en el desconocimiento “gramatical”, como se ejemplifica en la cita arriba señalada. Empero: “Una vez que supimos la existencia de eso llamado derecho aprendimos también a no bajar la cabeza cuando el patrono nos regaña. Aprendimos a mirarlos a la cara. Ganamos unos centímetros de estatura” (27-28). O en otro ejemplo, dice Lupe: “Así es nuestra vida y no conocemos otra. Por eso dicen que somos felices. Yo no sé. En todo caso esa palabra de “feliz” no me cuadra nada. Ni siquiera sé lo que significa verdaderamente” (10).

¿Qué significa tener derechos? ¿Y ser feliz? Para el letrado que proyecta sobre el campesino una vida bucólica y sin presiones, Lupe debe ser feliz, pues vivir en el campo no conlleva las presiones de la ciudad; pero para el campesino que sufre y padece el abuso, el hambre, la inseguridad de sus cosechas por el clima o por el precio, esa palabra carece de significado. El derecho y la recuperación de la dignidad otorgan al campesino la conciencia de su diferencia y semejanza con el patrono y ese desplazamiento simbólico culmina en un cuestionamiento radical del es-

tado de cosas a través del lenguaje. El proceso autorreflexivo queda enmarcado en el uso de este:

Un día le iba a tirar una piedra a un sapo. Entonces conocí la voz de la conciencia [...] una voz que me dijo no le tirés la piedra al sapo, ¿qué te está haciendo el pobre? Yo me quedé como paralizada. Así me di cuenta de esa voz que viene de adentro. Por eso digo, la voz de la conciencia es de uno y no es de uno. Viene a saber de dónde (14-15).

El acto reflexivo actúa como una voz *en off* que censura y frena los impulsos o la libertad, pero también otorga dignidad y un sentido de comunidad, lo “que puede alumbrar el camino” en tiempos difíciles, como cuando se ven obligados a negar a sus familiares para sobrevivir y escapar a esa misma suerte. El camino es uno de sufrimiento, sí, pero ahora se vive como necesario y producto de un constante proceso de reflexión sobre los actos y las palabras. Su humanidad y dignidad han sido restituidas por la conciencia moral de semejanza y reconocimiento a una vida plena.

Colofón. Debido a la pobreza de la región, la emigración ha sido un fenómeno constante; si sumamos a la pobreza y al constante desplazamiento y emigración de su población civil la total falta de libertad y la tensión por la influencia comunista en la región en esos años, podremos imaginar el hervidero social que dio paso a la creación del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, el Ejército Revolucionario del Pueblo y otros grupos armados de izquierda que engrosaban sus filas por el creciente descontento social mientras el ejército reprimía y propiciaba la creación de grupos paramilitares. Asesinatos de líderes campesinos, estudiantiles y obre-

Paola Ceballos: *Sin título*

ros, secuestros y desapariciones estaban a la orden del día. La matanza de las gradas de Catedral el 8 de mayo de 1979, que se menciona en la novela, es el parteaguas para el inicio de la guerra civil.

De esta toma de conciencia de ser sujeto de derecho en la década de los ochenta, que relata la novela-testimonio de Argueta, en un contexto de reformas neoliberales agresivas y un cambio radical en la organización económica y social, los derechos humanos fueron el horizonte moral que la representación de conflictos sociales en la literatura tomó. Argueta transforma

así el relato reiterado de maltratos e injusticias hacia el campesinado en un testimonio colectivo de urgente denuncia política. Intencionalidad que se multiplica cuando, como texto publicado, interviene en ese presente que narra, potenciado por las lecturas que de él se hacen en un público, sobre todo universitario y progresista, como un relato no literario sino de denuncia social. Como lectora no puedo sino recordar las visitas del Frente Farabundo Martí a los grupos de izquierda y a las universidades mexicanas en busca de apoyo, donde la poética de la solidaridad que el testimonio echaba

a andar era crucial. Tampoco puedo negar el horizonte desde el cual escribo en el siglo XXI, donde debo contender con el fracaso del discurso de las izquierdas –como se entendió en esos años después de la Revolución cubana– en su promesa de transformación social. Asimismo, el género testimonial ha evolucionado, incorporando en sus páginas un proceso de autorreflexión sobre los procesos de construcción de memoria que decanta su apelación de verdad. Las problemáticas de grupos unidos por agravios específicos y no necesariamente de clase o de directa confrontación con el Estado, sino de índole identitaria (de género, ambientalistas, ecologistas o feministas) orientadas a la transformación del espacio público con demandas específicas de reivindicación social, la aparición de testimonios de paramilitares, terroristas y militares, ciertamente conflictúa las construcciones de la verdad histórica. La realidad parece rebasarnos en su complejidad, ya sea, como escribí en otro momento:⁸

por la ceguera de la razón o por nuestra incapacidad de hacer inteligibles procesos de difícil comprensión. Meses después de la publicación de *Un día en la vida*, monseñor Arnulfo Romero sería asesinado en el momento de consagración de la misa, el 30 de marzo de 1980. Meses más tarde, entre el 10, 11 y 12 de diciembre, ocurriría el más grande etnocidio del que se tenga noticia en América Latina, perpetrado a manos del batallón Atlácatl de la Fuerza Armada del Salvador, en el norte del país, etnocidio conocido como la Masacre de El Mozote (Mora Perdomo 222).

A la realidad, dice Borges, le gustan las simetrías y los leves anacronismos, y la masacre de El Mozote repercute en mi lectura de ayer y hoy

pues mantiene mi estupefacción ante los desafíos que el testimonio de Argueta debía vencer, ante lo que parecía presentir y que salvadas todas las distancias sigo defendiendo: el poder de la literatura para accionar la empatía y la solidaridad ante lo que no tiene nombre, tanto como el marco moral de los derechos humanos como promesa de ese bien común al que me niego a renunciar.

En el contexto de precariedad que viven el estado y el país, el lenguaje moral de los derechos humanos es el discurso más importante para garantizar nuestra erosionada humanidad. Reconocer el sufrimiento ajeno y la situación de desventaja que miles de personas en el mundo viven es una tarea urgente tanto en los procesos de conflicto como en los de postconflicto social (Goldberg 2012). “Los derechos humanos –dice Hunt– descansan sobre una determinada disposición hacia los demás, sobre un conjunto de convicciones acerca de cómo son las personas y cómo distinguen el bien del mal en el mundo secular” (Hunt 2010, 26). No debemos negarnos a pensar que otro mundo es posible, si algo, la literatura, nos da esa esperanza. **LPyH**



Gerardo Vallejo: *Sin título*

REFERENCIAS

- Argueta, Manlio. 1980. *Un día en la vida*. San Salvador: UCA.
- Goldberg, Elizabeth y Alexandra S. Moore (eds.). 2012. *Theoretical Perspectives on Human Rights and Literature*, New York: Routledge.
- Hunt, Lynn. 2010. *La invención de los derechos humanos*. Buenos Aires: Tusquets.
- Ignatieff, Michael. 2002. “Is the Human Rights Era Ending?” *New York Times*, 5 de febrero.
- Mora Perdomo, Leticia. 2020. “Derechos humanos, violencia y lucha social en *Un día en la vida*”. En *Vio-*

- lencia. Representaciones estéticas*. Xalapa: UV/El Colegio de San Luis.
- Rivera Garza, Cristina. 2013. *Los muertos indóciles. Narcoescrituras y desappropriación*. México: Tusquets.
- Žižek, Slavoj. 2008. *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Traducido por Antonio José Antón Fernández. Barcelona: Paidós.

NOTAS

- ¹ *Tríptico de la infamia* (2014) de Pablo Montoya; *La ceiba de la memoria* (2007) de Roberto Burgos Cantor a *El olvido que seremos* (2006) de Héctor Abad Faciolince, ganado

del Premio Internacional de Derechos Humanos WOLA, de la Duke University en 2014, son ejemplos.

² Una revisión de los premiados en la categoría de *Testimonio* que se abrió en Casa de las Américas en Cuba, permite ver la necesidad de una nueva categoría para abarcar esa explosión narrativa sin nombre y su evolución como género literario.

Leticia Mora Perdomo es investigadora del Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias y profesora de la Facultad de Letras Españolas de la UV.

POEMAS

Yuliana Rivera

REVISAR LA JUGADA

En defensa, como el jugador que ignora
la amonestación, invado la zona
para anotar un gol de campo.
Donde el lenguaje fue expulsado
irrumpes ofensivamente un
“Hasta pronto”
que asumimos como *falta*.
Contra reloj
despejamos el campo
y, con la certeza más viva,
revisamos la jugada;
convencidos de que las palabras
–como el amor–
(para avanzar) necesitan un rival.

PAISAJE DE HOPPER

escucha en la radio la final del clásico de otoño. mal pronóstico. juguetea con
las torrecillas vencidas, pero no consumadas, y orienta la mirada al ventanal.
la euforia desfila silenciosa, ella la sigue atenta desde su posición y espera un
hit para incendiar de nuevo a Troya. obstinada. cruza las piernas como señal
de estoicismo y clava la vista en el té, porque sabe que cada final de tempora-
da es solo una figuración de desenlace.

COLIBRÍ

Yo también escribo sobre el colibrí
que arde ligero
y radiante mortifica la presencia
de otras aves.

El colibrí canta
en la respiración de sus alas
y su talento nubla al Mirlo
territorial y gris.

Yo también escribo sobre el colibrí
frágil
precisa
y por su lengua larga esta pluma.

Escribo
temiendo a su destino conquistador,
aunque pocas veces de pie como él
y sin embargo,
poder ir en todas direcciones
como ninguna otra ave.

Yo también escribo sobre el colibrí
porque la belleza incomoda.

OTRA VERSIÓN DEL INFIERNO

Alguien vaga en el jardín de su infancia:
ese que por instantes
roza en la textura del páramo
en el resplandor del desierto
pero es claro como el llano.

Allí recoge la rama que ha nacido
para decorar su sepulcro,
profanamente,
con ella dibuja alguna puerta
algún camino de regreso a casa.

Los leprosos de REVUELTAS

Eduardo Sabugal Torres

Y ese *a priori* tiene que ver con la forma como Revueltas entiende la clausura, el encierro del leprosario. Es como si su recurrente obsesión carcelaria apareciera en la forma en que él se representa a los hombres y mujeres internados ahí.

En el tomo siete de la obra reunida de José Revueltas, titulada *Las evocaciones requeridas*, se hallan varias cartas enviadas por el escritor duranguense a diferentes personas. Resulta de especial interés una carta dirigida a su segunda esposa, María Teresa Retes, escrita en junio de 1955 en Guadalajara, Jalisco. En dicha carta, Revueltas narra una visita a un leprosario, describiendo lo que observó, pensó y sintió al entrar en ese espacio y conocer a los enfermos. Al margen del interés literario que puedan generar las páginas que escribió Revueltas o de la relevancia biográfica del escritor (se trata de la penúltima carta enviada a María Teresa, cuya relación estaba en crisis y a punto de romperse), la aproximación que aquí interesa es la reflexión en torno al concepto de corporeidad que hay en el texto

de Revueltas y a la idea misma de materialización del cuerpo, con las aristas filosóficas que la tarea de pensar los cuerpos va delineando. Desde el comienzo, Revueltas aclara su intención al aceptar la invitación que el doctor Briseño le hizo para asistir a la fiesta del día de San Juan, santo del padre Bernal, encargado del leprosario: “El tema me parecía extraordinario como una alusión al hitlerismo” (Revueltas 2014, 301). Desde el comienzo aparece, pues, una intención *a priori*, un horizonte desde el cual el visitante intentará reconstruir lo que observe. Y ese *a priori* tiene que ver con la forma como Revueltas entiende la clausura, el encierro del leprosario. Es como si su recurrente obsesión carcelaria apareciera en la forma en que él se representa a los hombres y mujeres internados ahí. Recuerda la microfísica

del poder en Foucault, donde el poder opera para explorar, desarticular y recomponer los cuerpos. Es decir, el cuerpo como objeto y blanco de poder, porque el hospital en Michel Foucault es uno de los tres grandes esquemas del aparato carcelario, bajo “el modelo técnico-médico de la curación y de la normalización” (Foucault 1976, 286). Revueltas se imagina cuerpos de judíos agonizantes, deformados por la enfermedad, hacinados en la desesperanza. Es una maquinaria imaginativa de guerra, apandada. Comienza ya a materializar esos cuerpos aun antes de verlos y hablar con ellos. Parece saber que el hospital, no muy distinto de una cárcel, es un espacio arquetípico de las sociedades disciplinarias en donde “el cuerpo queda atrapado en el interior de poderes muy ceñidos que le imponen coacciones, interdicciones u obligaciones” (159), pero una vez que entra al leprosario se activan otros procesos, otros devenires.

Mirada que configura al leproso

El tema de la mirada no es menor, el propio Revueltas confiesa: “Lo primero que vemos al entrar es un enfermo” (Revueltas 2014, 302). La pregunta surge de inmediato: ¿qué es un enfermo?, ¿quiénes son los que integran ese plural del “vemos”? La relación de la mirada del afuera –la normalidad– que entra para ver –lo anormal– queda planteada como una dicotomía moderna, casi cartesiana, entre lo sano y lo enfermo. El enfermo es visible pero no la enfermedad; el leproso, pero no la lepra. Escribe: “Trato de descubrir qué encuentro de extraño en este leproso, es decir, dónde está la lepra, no la veo. Sin embargo es un ser extraño” (302). Es decir, hay un proceso de subjetivación en marcha, se materializa



Miguel Vázquez: *Desnudo*

za el cuerpo del leproso, a través de la mirada, del ojo del cura, del ojo del médico, del ojo del filósofo, “se instaura poco a poco la soberanía de la mirada. Ojo que sabe y que decide, ojo que rige” (Foucault 2003, 130).

En el leproso, se erige una estructura común en la cual la mirada de Revueltas y los cuerpos de los leprosos, frente a frente, encuentran lugar. Solo que aquí la fantasía panóptica queda abolida, esa mirada que examina es también susceptible de ser mirada a su vez por los otros. El leproso no es un hombre como los demás, piensa Revueltas “¿Pero en dónde está eso que lo hace distinto? De pronto me doy cuenta. Son los ojos. Absolutamente los ojos. Nunca he visto ojos iguales, te lo juro. Ojos muy grandes, muy abiertos, como puestos ahí en el rostro de un modo artificial, ajenos, ojos de vidrio” (Revueltas 2014, 302). Y

más adelante: “Los ojos de este leproso parecen no tener párpados, están al descubierto de una manera extraña e inmóvil, sin inteligencia, imbéciles y blandos” (303). El escritor ya ha sentido una suerte de venganza óptica, que desbarata el dispositivo óptico de coerción; de inmediato se destruye la asimetría de la mirada, de la vigilancia jerárquica. Esos cuerpos se tornan complejos súbitamente, “los síntomas dejan *transparentar* la figura invariable, un poco en retirada, visible e invisible, de la enfermedad” (Foucault 2003, 131). Con ayuda de Judith Butler, Elsa Muñoz explica este proceso en donde las prácticas corporales, los discursos y las representaciones participan de la performatividad y la materialización de esos *cuerpos leproso*. El leproso ha dejado de ser un objeto observable, explicable y de estudio, independiente de la mirada intrusa, como lo pretendía el escritor, y

se ha “descolocado” la dicotomía cuerpo-mente; ya no están ahí en su pura carnalidad, inmóviles.

En la narración comienzan a hacerse patentes procesos de construcción y deconstrucción de subjetividades e identidades de los hombres y mujeres, que ya no son solo *leproso*. Todo se desestabiliza, “una especie de ciego pasea en el patio. No es precisamente un ciego. Se cubre con unas gafas negras y tantea el piso con un palo de escoba, con pequeños golpecitos telegráficos. Están ahí sus pies, vendados con hilachos. Sus pies a la mitad, tan solo talón y un pedazo de empeine. ¿Habla? No; masculla entre dientes. Tal vez rece o maldiga” (Revueltas 2014, 303). Cuerpos que cojean, rezan, maldicen, hechos de extremidades y palabras truncas, mutiladas. El escritor parece descubrir el engaño, él no ha visto subjetividades sino cosas parecidas a máscaras:

¿Por qué el escritor quería, necesitaba, sus leprosos? Para que esos cuerpos enfermos le devolvieran una imagen a él, quizá la necesidad de espejarse en ellos de una determinada forma. Los cuerpos que mira, que interpela, que piensa y escribe, pasan por la representación.

No quiero sacar conclusiones apresuradas: miro todos los rostros, busco cuál es el rasgo esencial –no estrictamente fisonómico–, sino el rasgo que me haga posible encontrar una síntesis de cómo son esos rasgos. ¿Será cierto lo que pienso? Creo que son rostros que han perdido la facultad de expresar, son máscaras, no dicen nada. A través de ellos no se podrían descubrir los sentimientos que en el común de los hombres son más o menos fáciles establecer (ibíd.).

El pensamiento engaña, porque afuera del leproso y de la lepra tampoco hay ninguna facilidad para establecer algo. La deshumanización y el espejeo, como dos movimientos del pensamiento casi involuntarios.

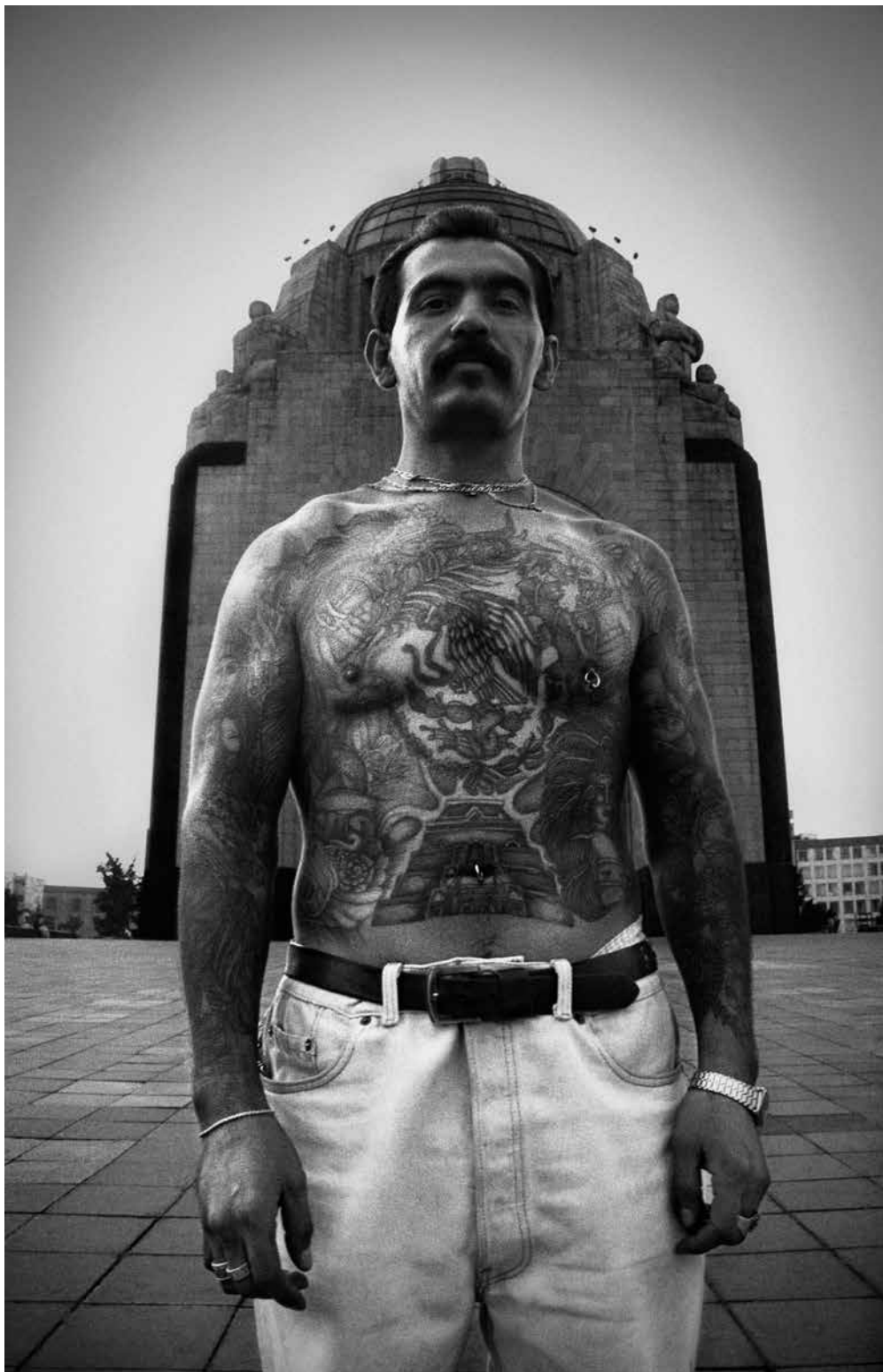
Deshumanización y espejeo. El leproso soy yo

No son leprosos sino cuerpos materializados como leprosos. ¿Por qué el escritor quería, necesitaba, sus leprosos? Para que esos cuerpos enfermos le devolvieran una imagen a él, quizá la necesidad de espejarse en ellos de una determinada forma. Los cuerpos que mira, que interpela, que piensa y escribe, pasan por la representación, le recuerdan a las figuras de Goya en los *Desastres de la guerra*, a Brueghel y a la Coatlicue;

en un continuo biológico-cultural. Y como en un juego telescópico de miradas, lo que sucede en ese lazareto recuerda dos escenas de leprosos, literarias si se quiere, para no explicar lo mítico-religioso ni lo histórico-ideológico, que resuenan en ambas. Dos escenas que anticipan la performatividad de la de Revueltas. La primera es la de Jesucristo, que según el relato bíblico (Lucas 17:11-19) limpia a diez leprosos, nueve ingratos y uno agradecido quien al final, justo por su gratitud, es el único en salvarse. El milagro de la salvación, que opera mediante la obediencia, la gratitud y la fe, no podría ocurrir sin la performatividad de la sanación, el cuerpo que sana y que previamente enfermó, el devenir milagroso mediante la materialización de los cuerpos. La segunda es la del Che Guevara que, en abril del 52, entra en contacto con enfermos de lepra en Perú. Como lo cuenta Paco Ignacio Taibo II, el Che y su amigo “llegan a Huambo y descienden a los infiernos. Con un solo médico que va cada dos meses y un grupo de personas que se desviven para mantener las precarias instalaciones, Huambo es más un campo de reclusión que un hospital” (Taibo II 2017, 54). Incluso Guevara, con ayuda de Hugo Pesce, un investigador marxista de las enfermedades de los pobres (malaria y lepra) en Lima, consigue alojamiento en un leproso atendido por monjas salesianas.

Esa experiencia lo convierte en el Che. La lepra de los otros se inscribe en él. El guerrillero que quiere transformar América Latina y hacer uno, dos o muchos Vietnam, nace con esa experiencia, que es también la de su asma. La experiencia en Revueltas debió ser similar; habla de los leprosos y los construye, pero en ese mirar y discurrir también él deviene otra cosa, se niega a deshumanizarlos pero contradictoriamente los describe como si no fueran ya humanos: tienen “algo de la epidermis de un muerto que no está muerto, un muerto de varios días, que ya no tiene sangre” (Revueltas 2014, 303). A otro lo ve “como títere roto, el rostro con una sonrisa descompuesta, absurda”, y más adelante “se trata de los pedazos de un hombre, a lo sumo” (305). Ve en ellos “una comicidad de locos o de criminales” (308). El enfermo, el loco, el criminal. Las figuras visibles reduccionistas que intentan negar lo complejo e inestable de los cuerpos. Pero Revueltas descubre la trampa: “...me doy cuenta en qué consiste el horror que hay en ellos, el horror que inspiran. Simplemente en que se trata de un horror diferido, un horror a punto de ser. Aquí puedo ver, de un modo progresivo, el proceso de la distorsión de las caras, desde el principio, al comienzo de la monstruosidad, hasta la monstruosidad perfecta” (305). Los cuerpos no son sino que devienen, y ese devenir está articulado de miradas y discursos, series de enunciados y visibles, prácticas corporales, materialización, teatralización y gesticulación; una especie de teatro oculto que el narrador descubre en su epístola, y por eso escribe de uno que: “un demonio se ha ido apoderando de él, hasta quitarle el rostro y poner su propio rostro ahí encima de aquel otro que fue antes de la

Continúa en la página 65 >

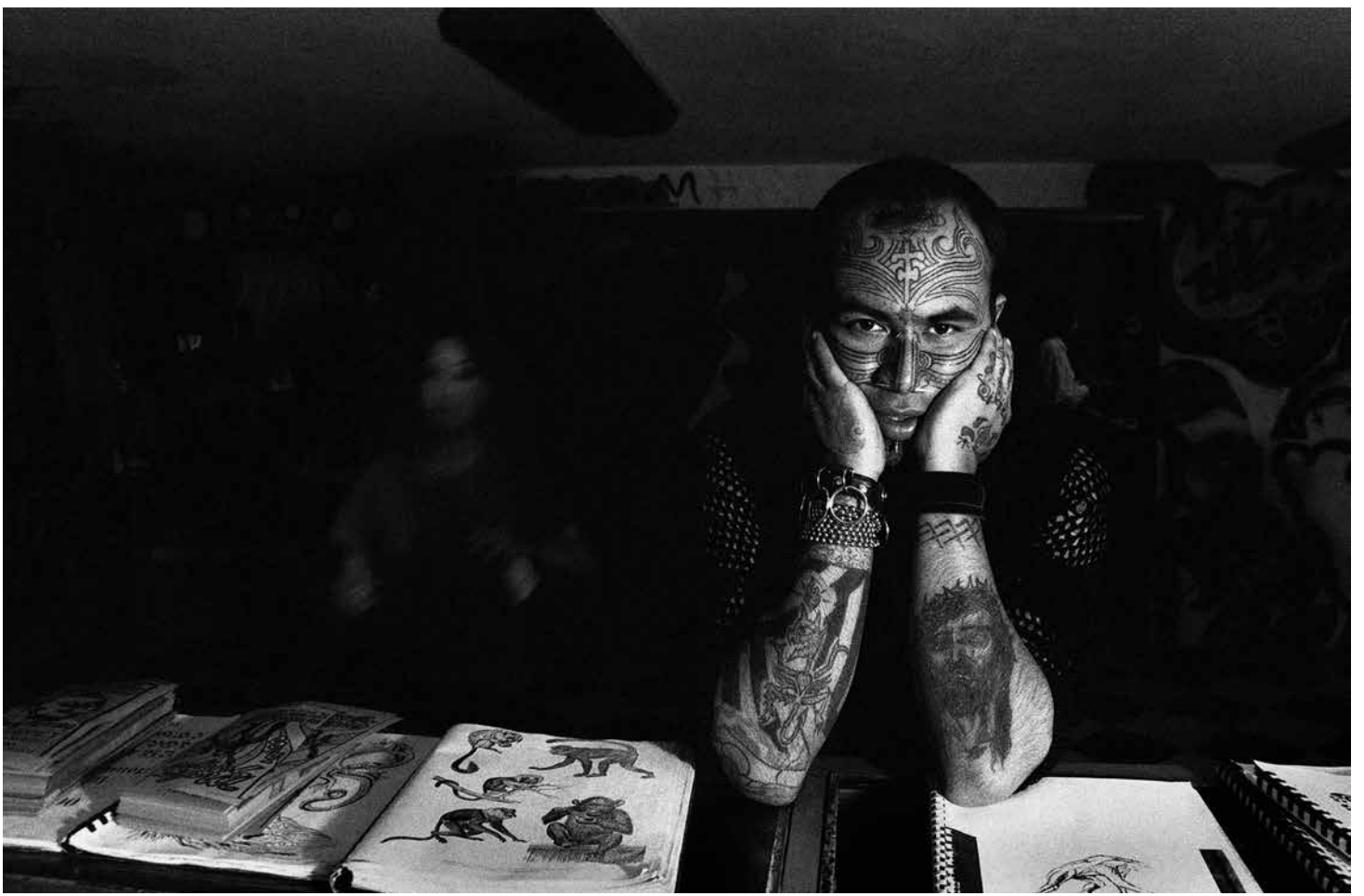


De la serie *Historias en la piel*

RETRATOS DE LA TRIBU

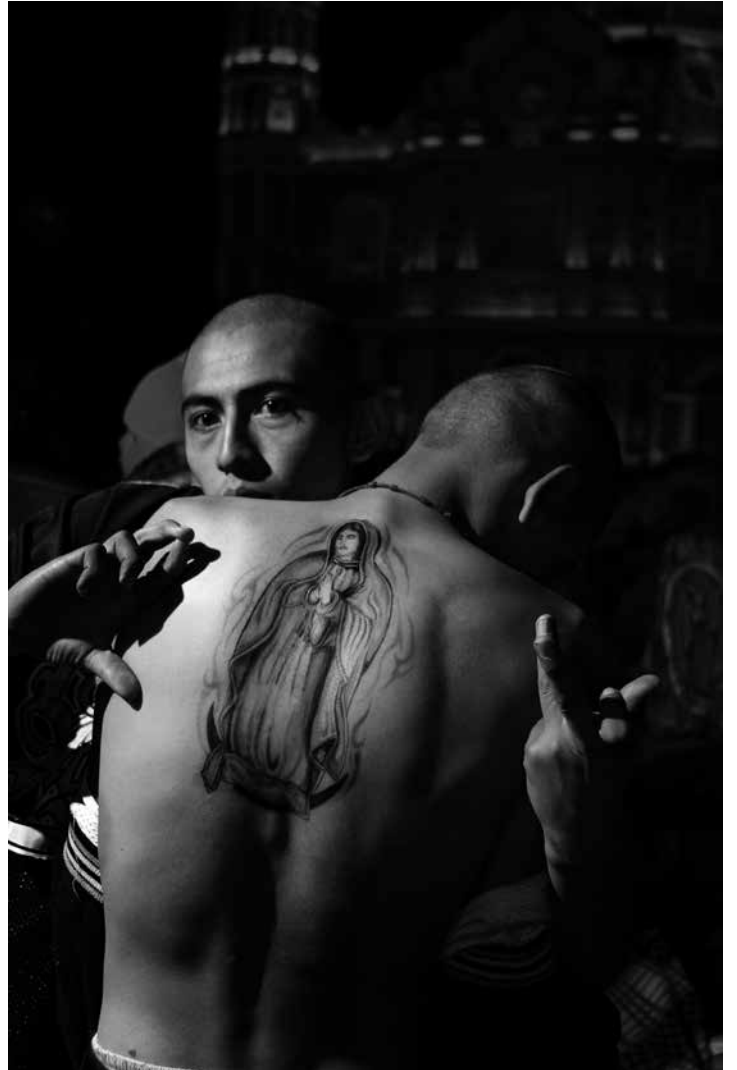
Federico Gama

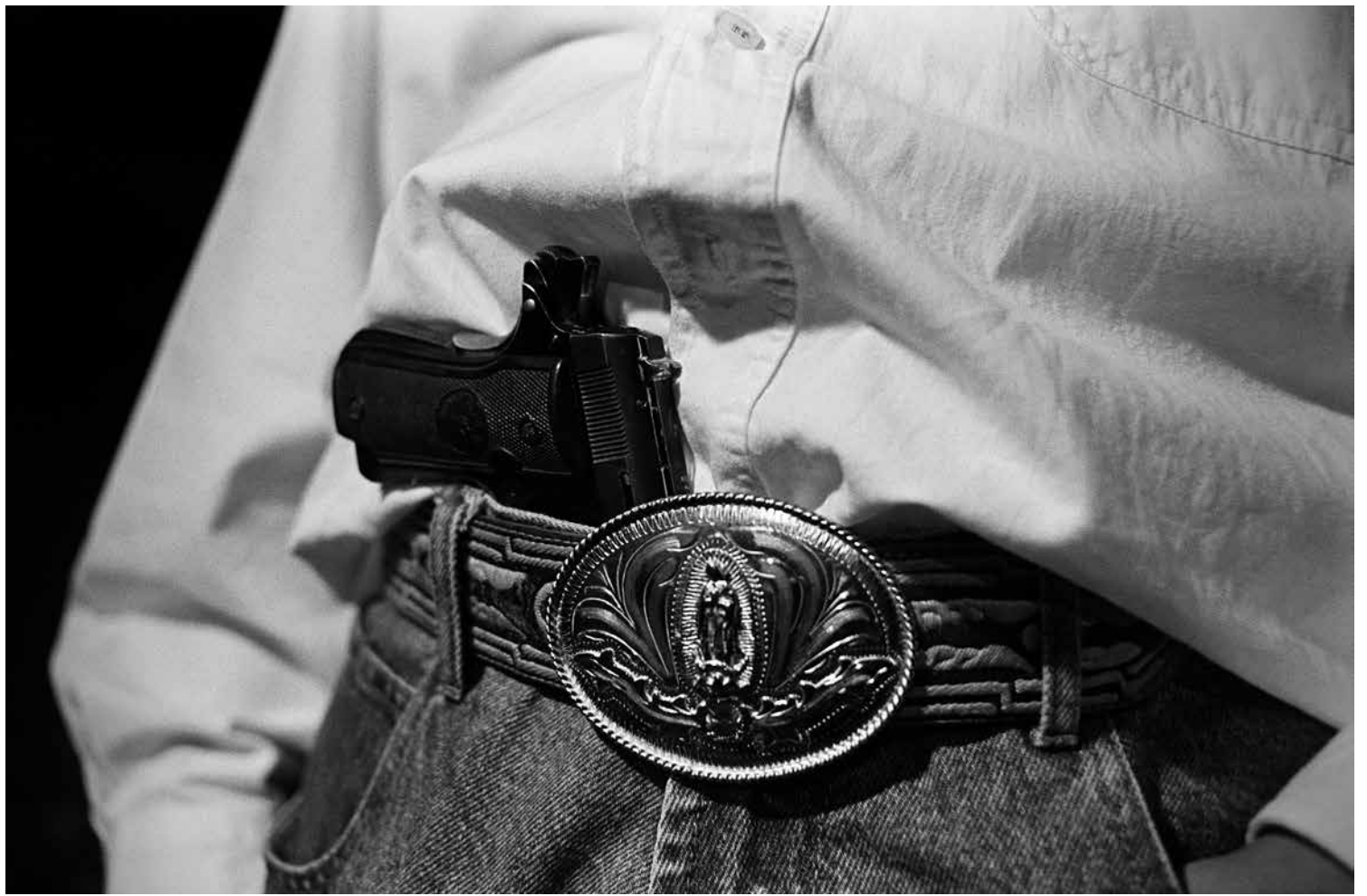




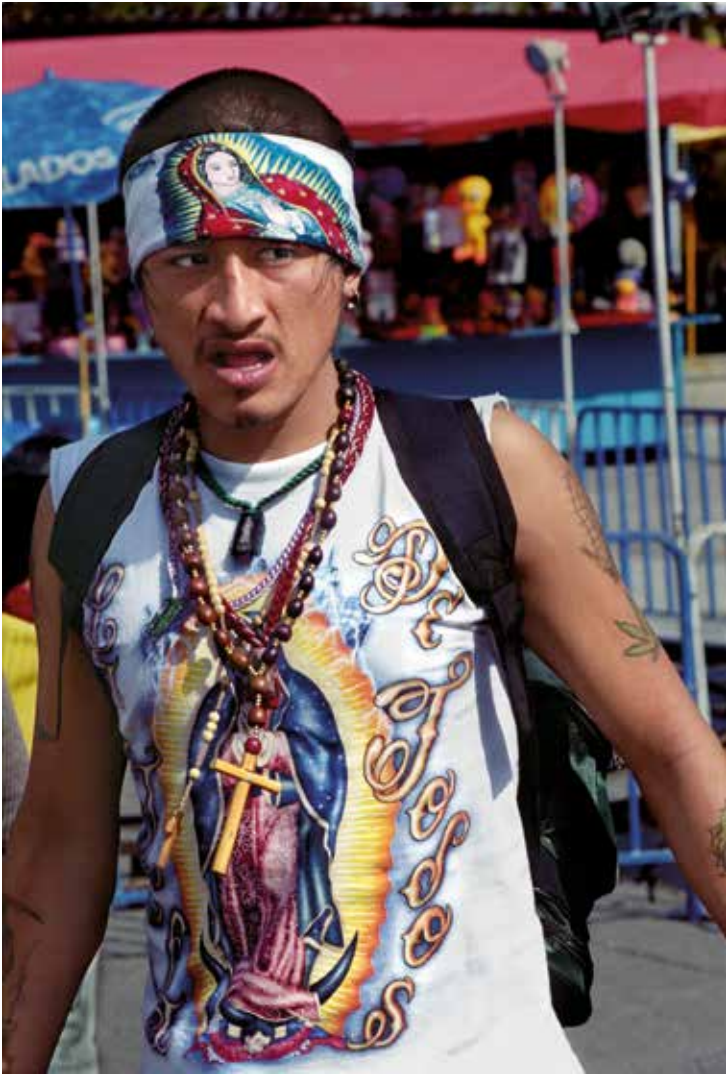


Esta y la siguiente página: de la serie *12-D*
< Dos páginas anteriores: de la serie *Historias en la piel*









Esta y la siguiente página: de la serie *Mazahuacholoskatopunk*
< Dos páginas anteriores: de la serie *Los cholos de Neza York*







Esta página y la anterior: de la serie *Super G*



Esta y la siguiente página: de la serie *Los iluminados*



LA CHICA DE LA FALDA AZUL

FEDERICO GAMA,
trapero de subjetividades sociales

Leticia Mora Perdomo

Walter Benjamin, quien ha reflexionado sobre las marcas de la modernidad y de la historia, se refiere al proceso poético de Baudelaire como similar al del trapero, *Lumpensammeler oder Poet*, pues Baudelaire capta el ritmo de la historia en sus más insignificantes apariencias, en sus restos o desechos, en lo contingente que al hacer presencia redefine lo trascendente. Si en el pasado la moda y las ideas volaban en diligencia, como decía Larra –otro recolector de lo usado– destruyendo, a su paso, cualquier rescoldo de la tradición en nombre del progreso, hoy los nuevos signos de la historia viajan en imágenes –*live streaming*–, una tras otra. Empero, en la ubicuidad de estas, ¿sigue siendo lo marginal un marcador de lo nuevo? Y, de serlo, ¿qué nos dicen esos signos?

Federico Gama (1963), muchos años después de Baudelaire y frente a una implosión de los nuevos signos de nuestro tiempo –parecida a un pelotón de fusilamiento de las identidades congeladas en la tradición–, sabe leer esos signos, reflexiona sobre ellos y los captura en una idea, una carpeta, como puede apreciarse en las imágenes que conforman este *dossier* que *La Palabra y el Hombre* dedica a su obra fotográfica. Son cuatro, principalmente, las carpetas de las que proceden las imágenes incluidas en estas páginas: 1) *Los cholos*



Federico Gama

de Nezayork o la influencia chicana en México (1997-2003); 2) *Mazahuacholoskatopunk* (2005 -2013); 3) *Los iluminados* (2007-presente) y 4) *Super G* (2008 - presente). Por razones de espacio, me detengo más ampliamente en la segunda serie.

Las fotos de Gama nos muestran un enorme mural social y subjetivo de individualidades y colectivos que no responden a clasificaciones rígidas; como la moda en su afirmación de lo fugaz, estas identidades sociales responden a

una demanda justa de afirmación identitaria y de un consumo cultural fuera de los confines tradicionales: los peinados mohicanos, los cuerpos tatuados, pinchados, estereotipados, son cubiertos de indumentarias recicladas de muchos estilos ya sea con estoperoles, los signos patrios y muchos otros de diversa procedencia étnica y popular que informan de los deseos de ser otro, de proyectarse más allá de lo que los discursos disciplinantes de la nación, la etnia o el género dictan que sean.

Así, en todas ellas, uno de los hilos conductores es la atención reflexiva del fotógrafo a la expresión de subjetividades emergentes o renovadas o reinventadas o recicladas que, a no dudarlo, cambian los congelados estancos y tipologías del cuerpo imaginario y deformante de la nación, de lo indígena o de la heteronormatividad. Los nuevos sujetos sociales que Gama, moderno trapero y etnógrafo visual de la megalópolis, recolecta, confisca, desplaza y re-presenta nos hablan de ese flujo de los tiempos presentes que mina lo sólidamente construido por más de 200 años de una homogenización cultural que suprime y reprime lo diferente. En efecto, si bien en ellas perviven señas de identidad del joven campesino, del indígena que ha llegado a la Ciudad de México, este se esconde para protegerse, busca camuflarse debajo de una apariencia ruda: la del barrio lumpen y bronco de los punks, de los cholos, de los skatos. Esa indumentaria con que se presentan es testigo de un ritual frente al espejo y muchas migraciones, como la del campesino que llega a los márgenes de la gran ciudad, la del cholo que vive en los confines del gabacho (Perucho 2003, *passim*), la del rebelde que expresa su amor a la patria, como el chicano su origen mexicano, por medio de los símbolos de un nacionalismo trasnochado, entre los que se cuentan Quetzalcóatl y la Virgen de Guadalupe, en convivencia pacífica y hasta sublime, con el mundo del rock y la música alternativa; o la del gay que conflictivamente abraza lo macho del vaquero a lo *Secreto en la montaña*. Expresión, en fin, de la polisemia identitaria de un México complejo, que en su diversidad nos invita a revalorarlo.



La vista se detiene en la indumentaria de una mujer indígena en al-

gún paraje de la serranía o en la periferia de la ciudad. Al fondo, el cielo abigarrado se enciende en destellos azulados por la luz crepuscular que ilumina lo gris del entorno. Resalta, más que el paisaje o el caserío, la combinación del azul rey de una falda al aire, y el rosa mexicano de la blusa que la indígena lleva puesta; capturada esta imagen por la lente de Federico Gama en el momento en que los movimientos de la joven dejan ver su seguridad y su deseo de mostrarse. La mirada de esta espectadora recorre deslumbrada esos atisbos de seguridad: sus botitas negras refulgentes, sus ta-

La imagen que vengo reseñando pertenece a uno de los portafolios más conocidos de Gama: *Mazahuacholoskatopunk*. Observar a esta joven en sus rasgos físicos, tal vez la única mujer en esta selección, tanto como en las reminiscencias de la ropa indígena que lleva puesta, es querer ubicarla por su etnicidad en un entorno rural con el que parece desentonar. En efecto, contrasta esta imagen con la estereotipada que podemos llevar en nuestros imaginarios; Gama crea un espacio figurativo nuevo, de tránsito, de desplazamiento y transformación de esa identidad original que asociamos con los in-

Transfronteriza y de doble flujo, esta migración ocasionaba un constante tráfico de bienes simbólicos, suntuarios y humanos que se aclimataban en los campos oaxaqueños, inundados por antenas parabólicas y construcciones de casas de madera al estilo gringo; Oaxacalifornia, le llamaban.

cones en un suelo pedregoso y difícil en el que más se destaca la incongruencia de su atuendo, pues no es para el trabajo para lo que está vestida, sino para que la vean. Lleva el pelo recogido en la nuca, y los volantes de su blusa se revelan, al ritmo de sus collares y el movimiento de sus brazos y de sus piernas. Todo en ella denota confianza. Lejos, muy lejos, de las imágenes de los indígenas a que las fotografías documentales nos han ido acostumbrando; lejos también de una escena etnográfica pues parece que presenciamos una pasarela, al estilo de los desfiles de moda, donde el lugar agrega al exotismo de la modelo y al no sé qué de folclórico en las colecciones del año.

dígenas o los campesinos, impoluta en el tiempo pues tal vez nunca existió.

Las identidades de los mazahuacholoskatopunks que vemos en estas páginas son expresiones variadas e inventivas que, al asimilarse en la cultura de las tribus urbanas, negocia un espacio donde su procedencia rural no sería objeto de desprecio y discriminación en la gran ciudad. Una identidad así es sin duda fluida, y afirmativa al mismo tiempo, de umbrales entre lo subjetivo y lo colectivo, lo rural y lo urbano, lo mexicano, lo indígena y lo global, pues como señala Immanuel Wallerstein en *Geopolitics and Geoculture*, estas nuevas identidades son resultado de producciones interculturales

yuxtapuestas, es decir, “enfrascadas en transacciones y reciprocidades que transforman a todas las partes” (1991, 27).

Al respecto, el fotógrafo afirma:

Los seres humanos, desde que la cultura existe, no solo nos vestimos por necesidad: la indumentaria nos define, nos identifica, nos evidencia, nos integra, nos margina, nos distingue, nos expone, nos encubre, nos ubica. Es decir, está cargada de señales, significados y símbolos, es un medio de expresión, al mismo tiempo, personal y de grupo, consciente o inconsciente (Gama).



Cuando en 2012 analicé algunas de las imágenes de la carpeta de *Mazahuacholoskatopunk*, las ubiqué en un contexto de migraciones masivas de la población mundial. En México podíamos observar, por ejemplo, una fuerte migración desde el estado de Oaxaca –mazahuas, mazatecos y mixtecos– a ciudades de Veracruz, Puebla, Baja California y a las colonias más marginales y de la periferia de Ciudad de México; así como una de las emigraciones más fuertes a California en los Estados Unidos. Transfronteriza y de doble flujo, esta migración ocasionaba un constante tráfico de bienes simbólicos, suntuarios y humanos que se aclimataban en los campos oaxaqueños, inundados por antenas parabólicas y construcciones de casas de madera al estilo gringo;

Oaxacalifornia, le llamaban. Estos desplazamientos operando en las comunidades más marginales las convertían en zonas de contacto interculturales, sobre todo para los jóvenes, los que se iban, los que se quedaban y los que regresaban, pues la música, la vestimenta y las actitudes que adoptaban, eran formas de expresión individual y colectiva que cuestionaban la tradición nacional y étnica. Gama precisa que los mazahuacholoskatopunks, nombre que él les atribuye, han adoptado como propio el atuendo de los cholos, los skatos, los punks o la mezcla de todo eso; aunque no son necesariamente mazahuas, sino migrantes provenientes de diversos estados que vienen a trabajar a la Ciudad de México en empleos como la construcción, en el caso de los hombres, y las labores domésticas, en el de las mujeres. “Se congregan los domingos para socializar en espacios determinados: la Alameda Central, la feria de Tacubaya y los alrededores del metro Tacuba o Pino Suárez. Se buscan para encontrarse con sus familiares y amigos, divertirse, platicar, bailar, comer, tomar cerveza y buscar pareja” (Gama).



La mirada del fotógrafo, al ubicarse en su peregrinaje callejero de traperero en un espacio fluido de transacciones y apropiaciones, invita a leer su trabajo como un teatro de la identidad donde se juegan, tatuadas en la piel, en la elección de los accesorios o en la indumentaria, la manifestación del

deseo, las complicidades, y las creencias comunes que permiten crear comunidad. Por ejemplo, en *Los iluminados*, las transacciones y expresiones subjetivas son de otra índole de las que hemos venido hablando, pues allí encontramos un fervor atávico por la Virgen de Guadalupe, en diálogo con la cultura popular y el consumo de bienes importados como el mundo de Disney y los héroes populares. En otra carpeta, *Super G*, no deja de sorprender ese resabio del machismo apropiado para el desfile gay, una apuesta por integrar otra manera de ser y estar en el mundo y que satisface la necesidad de autoafirmación de los grupos fotografiados. En fin, “un amasijo de contradicciones” que, como dijera Silvio Rodríguez, conviven y luchan transformadas en estas poderosas imágenes, cuya estridencia resuena hasta nosotros en su búsqueda de un justo reconocimiento y apreciación. **LPyH**

REFERENCIAS

- Gama, Federico. 2017. “Mazahuacholoskatopunks”. En *Desinformémonos* (<https://desinformemonos.org/mazahuacholoskatopunk/>, 6 de febrero. Consultado el 17 de enero de 2023).
- Perucho, Javier. 2003. *Estéticas de los confines*. México: Verdehalago.
- Wallerstein, Immanuel. 1991. *Geopolitics and Geoculture; Essays on the Changing World-System*. Cambridge: Cambridge University Press.

Leticia Mora Perdomo es investigadora del IIL-L y profesora de la Facultad de Letras Españolas de la UV.



Victor Jarvio: Paisaje desnudo

enfermedad”, y más adelante contempla a una leprosa con “unas lágrimas ajenas, que alguien soltó desde atrás de los ojos –no la mujer actual, enferma, sino esa otra mujer que tuvo alguna vez un rostro, una cara y que podía manifestar algo” (307).

Esa mirada intrusa poco a poco se metamorfosea, también se materializa, por eso la escritura cambia. La narración de un narrador homodiegético cede la palabra, ellos hablan. Mejor dicho, uno de ellos habla: “Nosotros, los discriminados –dice– los discriminados hasta después de muertos..., los seres a quienes nadie puede ver...” (ibíd.). Y Revueltas quiere verlos, quiere que sean algo; todo menos leproso, todo menos discriminados; quiere volver a humanizarlos. Por eso se meten en sus palabras en esa carta de despedida que debió, quizá, ser de amor. El leproso es entonces en su texto como un espejo negro, un negativo que nos contiene quizá mejor

que la idea de nosotros mismos. El leproso es la alteridad radical, pero inventada, producida a partir de nuestra no-mirada, como un Golem de nuestra vista miope; es el otro radical que dice lo que hay de humanidad en aquel escritor todavía, y en el lector que lee esa carta ajena. Al final, ir a los cuerpos para regresar al cuerpo, un viajar, una catábasis; ir al infierno de un leproso como a una fiesta, ir donde hay pedazos de hombre para celebrar la pedacería que uno mismo es, escritura de locos, escritura para desestabilizar.

Y por otro lado, cuerpos como lugares de inscripción y de desafío, y que aparecen en la escritura como representación y práctica, o la práctica de una representación, y que están a salvo en su propio devenir mientras escapan a la mirada del afuera, y al lenguaje literario, porque están ahí, deviniendo en algo que siempre se escapa, “sin adquirir todavía la conciencia que son leproso” (303). **LPyH**

REFERENCIAS

- Foucault, Michel. 1976. *Vigilar y castigar*. México: Siglo XXI.
- 2003. *El nacimiento de la clínica*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Muñiz, Elsa. 2010. “Las prácticas corporales. De la instrumentalidad a la complejidad”. En *Disciplinas y prácticas corporales. Una mirada a las sociedades contemporáneas*, de Elsa Muñiz García et al, 17-50. México: Anthropos/UAM.
- Revueltas, José. 2014. *Las evocaciones requeridas. Obra reunida. Tomo 7*. México: Era/Conaculta.
- Taibo II, Paco Ignacio. 2017. *Ernesto Guevara también conocido como el Che*. México: Planeta.

Eduardo Sabugal Torres es doctor en Lengua y Literatura Hispanoamericana por la BUAP. Catedrático universitario y escritor de cuento, guion de cine y novela. Ha publicado *Involuciones* (2010) y *Liquidaciones* (2012).

Cuando no se tiene NADA QUE HACER

Itzel Bruno

Si uno es fumador no tarda en prender un cigarro, pero luego habrá que encender otro porque las vaguedades no se acaban, como que, faltando a la fe, suponemos que existió una razón de más peso que la mera filantropía para que Jesús muriera.

Cuando no se tiene nada que hacer, pensar resulta altamente peligroso, pues no encontrarse en situaciones comunes (muy comunes) como ver la televisión, estar en el trabajo a las acostumbradas horas, incluso no poder resistir la tentación de salir huyendo a la calle, a encontrar a los amigos, de sugerirles una cerveza, puede introducirnos en un lapso de embelamiento que resulta dañino, que nos sienta en un sillón por horas, ideando planes –desde los muy simples hasta los muy complejos, desde los muy inocentes hasta los más siniestros– para tener dinero de sobra y pagar el cable, para llevar a los niños a la comida rápida el fin de semana, para ya no postergar más esa salida al café que ha quedado pendiente desde hace un mes con una amiga.

Nos detiene el ocio, decía yo, en un mar de pensamientos, dentro de los que cuestionamos las vaguedades de la vida, las que no se saben nunca pero, vaya, que una persona llega, nos enseña y dice “es esencial para vivir”, como las matemáticas; uno piensa, entonces, en la cifra que le sigue al 16 en Pi, que vaya usted a saber cuál es, cuando ya está apaleado y arrellanado, con la mano sobre el mentón alzado. Si uno es fumador no tarda en prender un cigarro, pero luego habrá que encender otro porque las vaguedades no se acaban, como que, faltando a la fe, suponemos que existió una razón de más peso que la mera filantropía para que Jesús muriera, que mi poema de concurso en cuarto grado era mejor que el que ganó, que sin duda debe haber un descuento en el coche de segun-

da que quiero si la abolladura no cede, o quizá lo más banal, que nunca pudo encontrar uno más valentía o más descaro en persona alguna como lo hacemos con los denominados artistas contemporáneos.

Puede ocurrir también, yo creo, una elección contraria y es que no se piense nada: que la desgana sea mucha y el ocio tanto que solo podamos cruzarnos de piernas en el sofá, mirar a todos lados y no encontrar salida, de manera que no haya más que alzar otra vez el mentón y ver lo primero que se encuentre: el reloj de pared, lo suficientemente grande como para saber la hora desde allí, y mirar (porque hay que decirlo: el tiempo así sí puede verse) los segundos, los minutos transcurridos desde las seis en punto, hora en que ya se ha terminado de levantar la mesa y se han lavado los trastes. Las seis, decía, y uno, dos, tres, cuatro, cinco... El segundo a compás, con ritmo como una marcha: uno, dos, uno, ajustando imaginariamente esa marcha al tiempo de la manecilla con cualquier pieza de un compositor deseado. Podemos seguir así hasta que dan las nueve de la noche y se da uno cuenta de que no ve nada. La esposa llega a casa, le tocó el turno de la tarde, y saluda.

Acto peligroso el de pensar, valeroso, pues los riesgos van desde dejar encendido el coche, hasta no apagar la lumbre o, no menos importante, quedar pasmado, tornar la mirada expectante a la mujer, para después enarcar las cejas y llevarse las manos a la cara cuando ella pregunta si uno recogió a los niños. **LPyH**

Itzel Bruno es egresada de la Facultad de Letras Españolas (UV). Se dedica a la corrección de estilo, la literatura y las artes escénicas.

POEMAS

Érika Selene Pérez Vázquez

TAMPOCO LO ES

No lo es el ombligo
tampoco el cordón del teléfono
ni la punta del pensamiento que se asoma
siquiera lo es el camino y el retorno.

No es el centro del todo
ni la nube que se concentra
o la pimienta y el eneldo
tampoco lo es la metáfora que no se construye
eso no es.

Menos aún la voz que cuenta
ni lo que averigua la desnudez
ni el foco que alumbra la habitación
eso tampoco es.

OBSERVADOR DE PÁJAROS

A pesar de todo, es un desorden
intenté desde el raigón ordenarlo.
Es el agua de azahar, me dijo,
la presencia que nunca vuelve.

Un encuentro más o menos así:
debajo de las pieles
dentro de las raíces
fuera del nido.

Érika Selene Pérez Vázquez (Ciudad de México) es profesora de filosofía en la Academia de Arte y Patrimonio Cultural de la UACM. Tiene publicaciones sobre poesía y filosofía.



ARTE

Cuando un crítico hace una reseña crítica de una exposición debe pensar en quienes la han visto y en aquellos que no llegaron a verla. A los primeros les puede interesar la opinión profesional para comparar con su parecer. A los segundos, les ofrece por sobre todo la posibilidad de adentrarse sin haber ido; saber si se han perdido algo emocionante, motivador, original y resignarse a obtener un detalle en vez de la opípara fiesta. Habrá entre los primeros quienes estén en desacuerdo, o se sorprendan, de las asociaciones de quien escribe. No faltarán los celos de los colegas de Leonor Anaya –esto de los celos nunca falta–, que dirán tales o cuales cosas para sí o en ciertos círculos. Están los apáticos, que toman todo con una soda y prefieren no pensar ni comentar. No faltarán los admiradores que ella merece.

Para todos ellos, en la Galería Fernando Vilchis del Instituto de Artes Plásticas de la Universidad Veracruzana, el conjunto de esculturas y dibujo-pinturas se lució con sobriedad y con mayor libertad que en otras exposiciones de la autora. La sala es pequeña y acogedora. En esa proporción las esculturas estaban cobijadas adecuadamente. Los conjuntos y las obras aisladas estuvieron correctamente museografiadas.

La técnica habitual de la autora es cerámica de alta temperatura tratada con engobes. Esa mancuerna funciona muy bien para Leonor, quien no va con brillos ni con esmaltes de apariencia obturadora. Sus esculturas son semifigurativas. Predominan las obras que resultan un balance entre cuerpos geométricos y aleteos de irregularidades diversas que en algunos casos pueden verse como pellizcos de nubes sobre retazos de cielos verticales.

Visitantes de diversas series que la artista Leonor Anaya ha tra-

CAMINO SOBRE LA LLUVIA. Escultura cerámica y dibujo-pinturas

Graciela Kartofel

La técnica habitual de la autora es cerámica de alta temperatura tratada con engobes. Esa mancuerna funciona muy bien para Leonor, quien no va con brillos ni con esmaltes de apariencia obturadora. Sus esculturas son semifigurativas.

bajado se presentan más despojadas, acompañadas en esta ocasión por deconstrucciones que merecen el título de esculturas de bulto abiertas y por sus antítesis, esculturas de bulto concéntricas y saturadas. Volcanes, acumulaciones verticales y pirámides conviven con escenografías, con vestigios de construcciones coronados por nubes e instalaciones de fragmentos que hacen un todo mayor que sus partes en muros serpentarios, con muros rematando en ondulaciones y zigzags.

Es la primera vez que Leonor Anaya incluye sus dibujos en una exposición. Es más, estos son dibujos acquarelados. Los presenta aquí agrupados en cuatro tiras plegadas cual acordeón de cartulina, con plecas que articulan los sucesivos dibujos en leves entrantes

y salientes. Cada una de las cuatro tiras contiene ocho dibujos, todos cuadrados de la misma pequeña dimensión ejecutados sobre un soporte de papel blanco. Quienes conocemos la delgada y expresiva línea de Leonor Anaya haciendo los dibujos de las obras de su marido, el escultor Rafael Villar, sabemos que ella traza líneas diminutas y contundentes.

En esta ocasión, el blanco, gris, azul celeste, azul cobalto, verde azulino y tal vez un azul marino –o una saturación acuarelada– bañan, visitan, salpican la obra. Las líneas son agrisadas-negras, suaves. Sus formas y direcciones son diversas, delgadas, pictóricas, verticales, zigzagueantes, onduladas. La mayoría están delimitadas por los cuatro lados aunque hay algunas que evitaron el encierro. Algu-

¿Cabe algo mejor que alzar metáforas en barro? En un mundo pleno, tangible y a la par escurridizo y mutable e inestable, que entra al horno del calentamiento global.

Al trasladar el barro de la humildad a la majestuosidad, da sentido a una metáfora cabal e iniciática. Sucede así: la metáfora de lo escurridizo convertido en sólido, de lo oscuro convertido en luz y de lo informe convertido en arquitectura, objeto, libro, recuerdo, resto volumétrico y cuaderno cargado de memorias.

nas, las menos, son escenas muy elaboradas de alusiones a planos de casas y a almohadillados de castillos. Hay grecas diversas pintadas y lineales. En una mirada abarcadora a la exposición, este conjunto equivale al texto de sala, evoca caligrafías sin palabras plenas de sonidos de lluvia.

Nubes amontonadas, cajones llenos de nubes, muros que existen para sostener lluvias que caen y caen incesantemente, otros muros más gruesos que simbolizan empalizadas de barro de alta temperatura o de hierro, conformando los tramos que se reúnen para cobijarse bajo el título *Camino sobre la lluvia*.

En un contraste de grosor y suma delgadez, la artista genera escenas posibles y otras ilógicas. En esta ocasión, Leonor Anaya también hace presentes los residuos de la lluvia. En un predominio de abstracciones se manifiesta el relato pluvial. Su gama en toda la exposición va de los tonos arena a una escala del blanco al azul que,

como ya se mencionó, la autora resuelve por medio de engobes.

Fragmentos deslavados que se acumulan al pie de algunas obras, paños enlazados con aparentes “tiras claveteadas”, son elegantes bambalinas fosilizadas. Esto recuerda un texto de los primeros años de este siglo en el cual dije que Leonor Anaya es una autora de metáforas.

¿Cabe algo mejor que alzar metáforas en barro? En un mundo pleno, tangible y a la par escurridizo y mutable e inestable, que entra al horno del calentamiento global.

Al trasladar el barro de la humildad a la majestuosidad, da sentido a una metáfora cabal e iniciática. Sucede así: la metáfora de lo escurridizo convertido en sólido, de lo oscuro convertido en luz y de lo informe convertido en arquitectura, objeto, libro, recuerdo, resto volumétrico y cuaderno cargado de memorias. En la metáfora se transporta el barro, se transporta su sentido de “lo elemental” a “lo artístico”. El barro se somete

a la mezcladora y al amasado manual para convertirse en la materia para la artista. El resultado es una traslación de tierra de nadie a tierra para alguien y para algo.

Sus *Cuadernos de mar* son hojas al viento de marinos que acariciarán el barro de las costas veracruzanas. *Fragmentos* es una palabra muy importante en la obra de Leonor. Las cadencias de forma y sujeto aludido son tan delicadas como exageradas. Ni un grado más, ni un grado menos de lo que debe decirse para alcanzar a percibir la escultura.

Sin referirse directamente a las series que ha creado, Leonor Anaya las evoca. Así, este *Camino sobre la lluvia* se enlaza con la instalación de olas y con el mural de olas que la artista creó décadas atrás. Y así como sus esculturas son visualmente leves, al tacto son rugosas y de texturas un tanto ásperas. El trabajo de esta artista no reproduce la naturaleza, pero alude a ella constantemente y recuerda experiencias físicas y visuales con ella.

El barro es en tanto existe el mundo. El mundo es en tanto existe el barro. Ese estado de pertenencia es equivalente al de la autora con esta materia de la que se habla, Leonor Anaya y el barro se pertenecen. **LPyH**

Graciela Kartoffel (1945-2022) fue crítica de arte y curadora. Formada en la UBA, residió en la Ciudad de México y en Nueva York. Creó e impartió el Programa de Estudios de Arte Moderno y Contemporáneo de América Latina para la UNAM.

Leonor Anaya | Camino sobre la lluvia







EL ESPAÑOLETO de Andrés del Arenal

David Noria

El joven narrador Andrés del Arenal ha pintado con notable maestría sobre ese bosquejo su reciente novela *Jusepe*, consagrada a la azarosa vida de Ribera.

Cuánta virtud sea saber los hombres subir siendo bajos...

LAZARILLO DE TORMES

Del tránsito del pintor José de Ribera, el Españoleto, teníamos apenas un bosquejo. Por punto de partida, la orgullosa Xàtiva valenciana donde vio la luz, bajo Felipe II; y por estación final, la Nápoles de mediados del seiscientos, donde su pincel se detuvo. Entre ambos, Roma, capital de prelados, embajadores y cortesanas; allí mereció una silla en la Academia de San Lucas. Italia fue en consecuencia el temprano destino de una vida de errancias a las que, mozo aún, este hijo de moriscos fue arrojado por una patria áspera, cuando entre 1609 y 1614 se reducía en España el drama de la pureza de sangre. Por una coincidencia inescrutable, el brazo de España flaqueará sobre su imperio al mismo tiempo que, ya anciano, el Españoleto, mimado por virreyes sicilianos e idolatrado de lejos por Velázquez, entregue el alma en 1652.

El joven narrador Andrés del Arenal ha pintado con notable

maestría sobre ese bosquejo su reciente novela *Jusepe* (Contrabando, Valencia, 2021. Todas las citas son de esta edición), consagrada a la azarosa vida de Ribera. Para el retrato animado de su protagonista ha dispuesto, como corresponde, un fondo oscuro, *tenebrista*, y desde allí ha asediado la tela para extraerle los colores y despertarle la expresión a los contornos. Su paleta es dramática. Asalta por fogonazos. Las encarnaciones de sus personajes son vívidas y la luz cae a sesgo. Ha intuido, a fuerza de frecuentar los corredores del Prado, que José o Jusepe de Ribera –como solía firmar– llevó una vida picaresca, impenitente. De otro modo no se explicaría esa devastadora empatía con el submundo, con los menesterosos y tullidos, abandonados y parias que tomará como modelo para sus santos y filósofos; de otro modo no se explicaría que retratase tan bien las costillas salidas y los vientres pandeados por un hambre que él mismo debió conocer. Otro tanto dígame de su mundo: las plazas y las calles valdrían para el curioso de la ana-

tomía –para el pintor– lo que los anfiteatros, por la asiduidad de los linchamientos y escarmientos públicos, donde se podían aprender los secretos del cuerpo humano bajo la cruel especie de miembros dislocados, tendones partidos y desollamientos. Eran los siglos duros, calentados con alquitrán y mal iluminados por velas. La época que parió al barroco fue una escuela de dolor.

Desde la lejanía irrumpen los gritos de los capataces, los latigazos, los relinchos. La mirada de Jusepe está suspendida en el salvaje espectáculo cotidiano que se aproxima y que lo avasalla y lo conmueve hasta la indefensión: ha terminado la jornada y los labradores vuelven de la era; se arrastran como una procesión de galeotes, de piltrafas, bajo el peso de los rudimentos; los pies endurecidos por la rígida y seca tierra; los ojos ciegos, al borde de la locura; los vientres como estrías, como pellejos, desnudos al aire.

Este tenaz ejercicio de la observación –insospechada técnica espiritual– será también transmitido entre los pintores como una condición del oficio:

Jusepe llevaba a sus aprendices a ver los suplicios que tenían lugar cada sábado en Largo di Palazzo para que estudiaran desde distintos ángulos el aspecto del cuerpo humano cuando es colgado, desmembrado o escarnecido. Les hablaba de los “secretos de la anatomía marchita”.

No es difícil adivinar que detrás de muchas páginas de su novela, Andrés del Arenal se ejercita en el arte de la éfrasis, no menos que en la composición original de retablos,



Rodrigo López Tavera: *Why?*

lienzos y grabados hechos de poesía, como quiere la *Epístola* horaciana. Así, el célebre cuadro del *Patizambo* de Ribera recuerda en más de un sentido al personaje memorable del rey Trástulo, iniciador del futuro pintor en el mundo de la germanía y caudillo de una banda de malvientes que acogen en su seno al joven rumbo a Italia:

–Llamadme Trástulo con su Perro o rey Trástulo a secas. Rey de las masas sin oficio, traperos, maleantes, peles, leprosos y mendigos. Majestad de trujumanes y gentes del mal vivir. Señor del muladar, artífice de comedias y amigo de los animales. Mi condición de menguado ya os digo que es vana y acaso irrepitable. En otra vida fui el pastor Amarillis y por los alcores suspiré por la pastora Jacinta, cuyo beneficio no obtuve. Otra, menos regalada, transcurrió en Oriente como agrimensur de príncipes (en mis ratos de ocio solía combatir, fingiendo, a unos hombrecillos ver-

des del tamaño de mi pulgar). Siendo caballero cruzado caí herido de un saetazo en el carrillo, quedóse el hierro dentro hasta que un día, corriendo un caballo, lo eché por la boca.

El mismo personaje presenta a sus comparsas, en quienes un Ribera niño pudo acaso presentir al colegio apostólico que después pintaría, rentando horas de pose en su taller a pordioseros a cambio de mendrugos.

–Y ya que estáis tan cerca –siguió diciendo el rey Trástulo–, dejadme que os presente a mi familia. Peligro de los ricos y terror de los ejércitos: Puerta del Hades. Barba azafranada y pecho fuerte: Riccadonna Brasi. Hombretón barbilampiño sin seis dientes: Gerrit el largo. Mozo estrábico de axila olorosa: Matías Correa. Chepa desproporcionada y cara corta: doña Barta. Dos orejas enormes muy despegadas del cráneo: maese Colón. La pierna derecha más

corta que la izquierda que va en zancos: la niña Petra. Serena, su hermana tornadiza, que se queja, se mueve y se rasca por cualquier motivo. Una saliente bestial por la barbilla y sin cejas: el viejo Gargas. Agrio de carácter y propenso a la oración y al silencio: Saúl Ricardo. Catalina Cutanda, viuda del gobernador de Xàtiva y unida en segundas nupcias al viejo Gargas, y su hijita Carola, de cuatro primaveras.

Dueño de la retórica sutil y avisada de los “motivos” pictóricos, le basta a nuestro novelista sugerir, por ejemplo, que el padre del Españolito era zapatero, para que cobre sentido que este alentase a su hijo a *caminar* rumbo a su condición de errante y desterrado, lejos del solar familiar. Del mismo modo, el propio Ribera había retratado a san José en su taller de carpintero, al que el niño se acerca con una canasta llena de clavos y martillos que anuncian su fatal madero. La identificación del Españolito con Cristo, por lo demás,

Pero esta novela es, ante todo, un viaje hacia dentro, un testimonio de un alma que ha comprendido a otra, su gemela, a través de los siglos, y que, lejos de contentarse con transmitir un mensaje, ha decidido encarnarlo.

es una constante en la narración. Bien visto, el tema subyacente de la novela, igual que en toda la pintura del Españoletto, no es otro que la comunión de la luz y la sombra, el fango y el éter, la beatitud y la podredumbre, en suma, el dolor y la gracia. “Yo también soy la rosa de Sarón y el lirio en los valles, el lirio entre los espinos”, repiten a coro los sufrientes.

Los episodios de esta picaresca tenebrista, empero, no mueven a risa, sino a un respetuoso silencio. Cada peripecia oculta su parábola y en cada capítulo late una como plegaria que se purifica en el fuego. Ciertamente, se trata de un viaje hacia el mundo mediterráneo del siglo XVII, con sus palacios e intrigas; a la era convulsa de la Contrarreforma que, para hacer frente a la amenaza septentrional, se valió de Ribera y de otros para advertir con sus obras a los fieles, mientras en el Levante, por otro lado, no acababa de ocultarse del todo la luna del Islam. Es también el elogio de una familia morisca que forma con amor a sus hijos en la frecuentación de los secretos de la farmacopea, los libros del Índice y los instrumentos musicales; el viaje del artista desterrado que conquistó sucesivamente la capital del arte, el amor de una mujer comprensiva y el respeto de sus compatriotas y cofrades del pincel (“Eran jóvenes, eran beodos; estaban completamente arruinados”). Al mismo tiempo, es la crónica de cómo la escuela de pintura barroca, impulsada por Roma a expensas de la plata de América como señaló Fernand Braudel,¹ convirtió al realismo la sensibilidad de los artistas de su época:

Cuando las telas de Jusepe llegaron a Madrid la historia del mundo cambió para siempre. Se hicieron copias y copias de las copias y copias de las copias de las copias que no tardaron en colgarse en todos los rincones del imperio: salones e iglesias, capillas y gabinetes, escuelas y diputaciones, cárceles y las galerías que cruzan el mar. Una tarde en Sevilla, un marchante de cuadros entra a un taller. Los artistas interrumpen su labor. Les muestra un *Santiago* de la escuela napolitana. Uno de los pintores piensa y no piensa, escucha palabras en su cabeza como si pensara, como si fueran

moldeadas por dentro con su propia voz, escucha: *en pobreza de carne, tal como soy, heme aquí, padre; polvo del camino que el piadoso viento apenas levanta. Pobre cosa caída, que la tierra recoge. Golpes de burdas hojas amarillas, otras cuartejan las ramas y se desprenden retorcidas. Ciertamente es el río que apremia en las orillas. Su nombre es Diego Velázquez.*

Pero esta novela es, ante todo, un viaje hacia dentro, un testimonio de un alma que ha comprendido a otra, su gemela, a través de los siglos, y que, lejos de contentarse con transmitir un mensaje, ha decidido encarnarlo; a tal punto el pintor se ha instalado dentro del novelista.

Théophile Gautier dedicó un poema a Ribera, del que vale la pena rescatar algunos versos:

En ti vemos siempre al moreno valenciano,
campesino azaroso, mendigo equívoco,
moro al que el bautismo apenas hizo cristiano.

Tú sabes revestir de una belleza extraña
estos tres monstruos abyectos, terror del arte
[antiguo,
el Dolor, la Miseria, la Caducidad.

Pareces ebrio por el vino de los suplicios
como un César romano insultado en su púrpura
o como un victimario después de veinte
[sacrificios.

Los más grandes corazones, ¡ay! tienen las penas
[más grandes,
la copa más profunda contiene más dolores.

Gautier, crítico de pintura al fin, acertó cuando dijo del Españoletto lo que hoy, bajo una luna amarillenta y descolgada de Madrid, refrendamos para el arte de Andrés del Arenal: “Lo verdadero, siempre lo verdadero, es tu única consigna”. **LPyH**

NOTA

¹ Fernand Braudel, *La Méditerranée et le monde à l'époque de Philippe II*, 2. Destins collectifs et mouvements d'ensemble, París, Armand Colin, 1990, p. 573. Ver el capítulo: «Un grand centre de rayonnement méditerranéen: Rome».

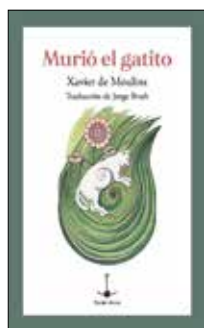
David Noria (Ciudad de México, 1993) es autor de *Nuestra lengua. Ensayo sobre la historia del español* (Academia Mexicana de la Lengua/UNAM, 2021). Licenciado en Letras Clásicas por la UNAM y maestro en Historia de la Filosofía Metafísica por la Universidad Aix-Marsella.

ENTRE LIBROS

La muerte de un gato

Relato

Martha Elena Munguía
Zatarain



Xavier de Moulins, *Murió el gatito*, trad. Jorge Brash, México, UV, 2022, 91 pp.

Murió el gatito: así se titula este breve relato y no puede haber un título más contundente y definitivo. Ante él ya sabemos los lectores lo que nos espera. En la frase sobria, terrible y tierna, por el diminutivo, nos acecha un trayecto placentero evocando de la mano del narrador los momentos felices pasados con el gato, el primer encuentro con él, cuando era chiquitito, su crecimiento, sus repasadas enseñanzas y el inevitable desenlace que siempre asalta en los caminos y nos conduce sin remedio al dolor: Murió el gato y “La frase es un disparo”, piensa el

Ha muerto un gatito en el mundo, en Francia, en una casa clasemediera: ese es el acontecimiento que va a cimbrar la vida de los personajes y de nosotros los lectores. Es la pequeña historia que nos entrega en 2020 el escritor francés, poco conocido en México, Xavier de Moulins.

narrador, cuando les da la noticia a sus hijas, al principio del relato. Ha muerto un gatito en el mundo, en Francia, en una casa clasemediera: ese es el acontecimiento que va a cimbrar la vida de los personajes y de nosotros los lectores. Es la pequeña historia que nos entrega en 2020 el escritor francés, poco conocido en México, Xavier de Moulins (1971), periodista y autor de al menos otras ocho novelas.

No he arruinado la sorpresa del desenlace porque la composición del relato no le apuesta a la impresión causada por lo inesperado. Desde el título se nos revela el núcleo de la trama con su desenlace rotundo: no hay escapatoria, el gato, el personaje principal del relato, ha muerto. Sin embargo, los lectores asistiremos gozosos a la recreación de un año y cinco meses de vida del gatito y toda la revolución interior que su efímero paso por el mundo dejó. El narrador, que es el padre de familia, primero renuente a tener un gato, después concisivo y poco a poco seducido por los encantos del felino, va a asistir a un casi imperceptible pero definitivo proceso de transformación interior. La escritura se vuelve así una refutación en forma literaria de muchos de los prejuicios sobre los gatos: su supuesto egoísmo, el fastidio que representan por su manía de tirar, romper y estropear todo lo que encuentran a su paso –floreros, adornos, computadoras–. El libro de Moulins

es un desmentido contundente a todas las objeciones que la gente le pone a los gatos, pero es también una elaboración artística de la idea que expone de modo irrefutable el filósofo John Gray: “Si bien los gatos no tienen nada que aprender de nosotros, nosotros sí podemos aprender de ellos cómo aligerar la carga intrínseca al hecho de ser humanos”. La novela de Xavier de Moulins es una fabulación sobre este hecho.

Los gatos no son simples mascotas fútiles; son seres esenciales, no solo porque hayan sido utilizados como ayudantes para deshacernos de plagas indeseables, ni porque en otros tiempos ya lejanos llegaron a ser deidades o vigías protectoras en la travesía por el inframundo. El narrador lo resume en una frase: “Los gatos contribuyen a restituirle al mundo un poco de su nobleza perdida”, una nobleza que nosotros los humanos hemos extraviado. No puede dejar de apreciarse otra faceta que este relato nos regala: la pugna contra la supuesta incapacidad del gato para amar: “A ellos les gusta hacer acuerdos sin contratos”, apunta el narrador y con eso ha dado la vuelta a otro prejuicio insidioso.

Los lectores también sentiremos el desconcierto y la decepción por no poder compartir con nadie el duelo por la muerte del gatito. El relato resulta también, así, un alegato contra ese mezquino lugar común del desdén por el



Emmanuel Flores Ramírez: *Ya prosto yeshche odin nome*

sufrimiento y el desconsuelo que se padece ante la pérdida de la mascota: “Es solo un gato”, contesta la gente, insensible al cúmulo de vida, de felicidad, de amor y de belleza que alberga un gato, cada uno en su individualidad irremplazable, insustituible. No es que duelean menos las pérdidas de otros miembros de la familia. El narrador es un experimentado sufridor de pérdidas: ha visto morir a su padre, a su mejor amigo, vio morir a su suegra, que era a la vez la mejor amiga de su gato, a su suegro, y la madre está en el hospital caminando por la cuerda floja. Es también, entonces, un relato sobre la muerte de los seres queridos. Pero aquí se trata, ante todo, de la muerte del gatito, la menos esperada, la más demoledora por ese amor gratuito que tuvo para dar.

Se podrá observar que hasta ahora no he mencionado ni una sola vez el nombre del gatito. Y es que no lo tiene, tal vez porque es un rendido homenaje al gato,

el que defendió su libertad hasta el final, ese gato nuestro de cada día que, sin embargo, tiene la mala costumbre de morirse. Que puede ser uno y todos a la vez, porque es un ser que está siempre situado en las antípodas del mundo subterráneo e indescifrable y lo más digno y elevado.

El lector encontrará una prosa sobria, sin adornos, directa, hecha de frases breves, que evoca por momentos los versos de un poema, donde se combina armoniosamente la narración de hechos del pasado con la invocación constante, directa, al gato, él es el frecuente interlocutor, con él decide hablar el narrador. Pero no estamos ante un libro quejumbroso, trágico o desbordante de sentimentalismo. Es una historia dolorosa la que cuenta, sin duda, pero tampoco está exento de humor en las comparaciones insólitas que nos sorprenden gratamente, como cuando dice “Un gato es mejor que un libro de supera-

ción personal escrito por un cínico charlatán” o la descripción de su “aspecto de príncipe bajo un manto de armiño, o de capo mafioso y encumbrado”, que nos regala el narrador.

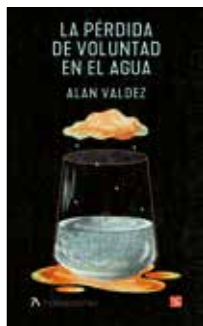
Debe destacarse el trabajo meticuloso del traductor del francés, Jorge Brash, quien logra recrear el ritmo y la poesía en un buen español nada rebuscado. Pero también merece un reconocimiento por cómo nuestra editorial universitaria no ha sucumbido a las presiones de darle espacio solo a lo meramente útil, lo productivo, y podemos pensar que seguiremos teniendo acceso a obras ociosas, felices, como este libro pequeño, tan poco heroico, pero tan trascendente. **LPyH**

Martha Elena Munguía Zatarain es investigadora de tiempo completo en el IIL-L de la UV. Es autora de algunos libros sobre la risa como problema de poética y artículos en revistas.

Escribir acerca de todo

Poemario

Efrén Ortiz Domínguez



Alan Valdez, *La pérdida de voluntad en el agua*, México, FCE, 2020, 82 pp.

Reza el adagio popular “En el pecado va la penitencia”, y la expresión me viene a cuento a propósito de que el poemario de Alan Paul Valdez (1992) recibiera el Premio Elías Nandino hace dos años: el galardón es, al propio tiempo, garantía y compromiso para su joven autor. Garantía, porque su elección por parte de un jurado integrado por poetas como Mario Adolfo Heredia, Margarito Cuéllar y Claudia Hernández de Valle Arizpe implica el reconocimiento de lectores privilegiados, en la medida en que retoman una tradición y evalúan conforme a esos parámetros un texto “de largo aliento que toma a su cargo el paisaje interior, la soledad y el diálogo con la otredad”, como reza el acta, “enriqueciendo con nuevos motivos y recursos la tradición poética contemporánea. Compromiso porque, siendo una ópera prima, definirá sin duda el derrotero que habrá de seguir este joven creador chihuahuense beneficiario de la beca Jóvenes Creadores del Fonca (2020-2021).

El paisaje interior de que habla el dictamen radica justamente



Derrick Méndez Rebolledo: *Sin título*

en una prosopopeya que da sentido y unidad al extenso poema. La blancura de la nieve que abre y cierra el poema da la impresión de una enorme página en blanco que aguarda el instante de la escritura, donde la única línea que importa aún no ha sido escrita; donde, finalmente: “Esto no es alegría de nada / Esto no es”. Nevada, hielo o mar, entonces, no son sino pretextos para contar algo más... ¿De qué trata *La pérdida de voluntad en el agua*? De todo y de nada, de la memoria y la vida interior del poeta, de Chihuahua, Michigan y Virginia; de las pequeñas epifanías de la vida cotidiana y del abatimiento en soledad, de Dios y de la muerte, pero especialmente, de la forma poética que, según creo, consolida e imprime coherencia al libro en su totalidad. Veamos por qué.

Me sorprenden varios mecanismos que pueden ser considerados bastante innovadores en la técnica poética; de principio, la aspiración por construir un extenso y complejo poema en torno

a un motivo central que, no obstante pertenecer de antiguo a la tradición poética, adquiere en él un sentido singular. Por otro lado, incorpora lateralmente otros temas definitivamente anclados en la poesía, como Dios, la muerte, la religión, el amor, fragmentos con unidad propia inmersos y subordinados a una temática mucho más amplia:

Esto se trata del agua, pero también del fuego, o de todo lo que no tiene forma. Lo que no tiene forma es algo completo en sí mismo. Una forma es una limitación, y, por lo tanto, algo incompleto [...] La memoria no tiene forma, es solo en nosotros. Veo la quietud que tiene el agua ante el invierno (39).

Porque a final de cuentas, la forma poética que aspira a construir el poeta es como el agua, condensada y convertida en hielo –o nieve, o estanque–, aquella que niega a Heráclito y sus hipótesis: como

la memoria, es transtemporal, fluye, pero al asomar a la conciencia adquiere propiedades diferentes.

Por esa razón, los diferentes episodios que constituyen este fluir de la conciencia no están ligados, como podría esperar un lector de narrativa, de manera lógica, cronológica o causal. No intentan contar una historia, aunque estén narrados en aparente prosa; los liga un propósito más emotivo que narrativo: la infancia en Janos, el periplo juvenil por Michigan, Virginia o Dakota están ligados a la secuencia principal que es, ante todo, el fluir de la vida, la licuefacción de la conciencia y de la memoria:

Las cosas son mientras haya
[movimiento en ellas.
La quietud solo es el vacío.
Pero la conquista ingenua
[duró poco, y el agua,
inmóvil en apariencia entre mis
[manos,
comenzó a buscar camino en mí.
Comenzó a ser lo que siempre
[ha sido.
Y yo era en tanto que el agua
[era.
Entonces entendí que el
[reflejo solo es una pausa.
La quietud solo es el vacío.
Entonces entendí que la
[memoria es un reflejo.
Pero nunca supe muy bien
[de qué.

La extensa composición yuxtapone diferentes planos, distintas vivencias, confronta diversos espacios a través de los cuales discurren experiencias de la vida cotidiana que predisponen la paulatina toma de conciencia: la violencia contra miembros de la familia, el sentido de la muerte, el impacto de la soledad en la psique infantil, el desarraigo, la necesidad del soliloquio como forma de encuentro consigo mismo. Una suerte de autobiografía sentimental, de autorrevelación

y de búsqueda del modo poético más apropiado para comunicar la experiencia humana. La organización interna de estas vivencias no es cronológica ni secuencial; lo que pone en común a cada una de estas experiencias es la manera como se relacionan con alguno de los estados físicos del agua. Los recuerdos, en este sentido, se comportan también como fluido, asoman de manera intermitente, gota a gota, diluyéndose morosamente a lo largo de una composición tan extensa: su desplazamiento parece aludir a un migrante que ha tenido que desplazarse con la familia con la finalidad de subsistir. Como telón de fondo no obstante se coloca la preocupación en torno a la creación poética, a la forma, sentido y objeto de la poesía, preocupación que, de manera intermitente, brota una y otra vez:

Qué esperaban de la poesía
si el cielo sobre el que estoy me
[lo ha vendido United.
Qué esperaban de la poesía.
Una sala en una biblioteca con
[libros jamás consultados.
Una antología de alguien que
[no ha muerto
pero que ya no escribe.
Qué esperaban de la poesía.
Díganme.

Y aunque en buena parte del poema se sobrepone la hibridez genérica entre fragmentos estrictamente versales y otros de carácter narrativo, terminan por subordinarse a una suerte de plegaria poética que los subsume en una misma intención: congregar, reunir, religar lo que aparentemente la existencia ha distanciado. **LPyH**

Efrén Ortiz Domínguez es investigador de tiempo completo del IIL-L y profesor de la Facultad de Letras Españolas de la UV.

Feminismo inacabado

Ensayo

Alejandra Zuccolotto
Rodríguez



Julia Antivilo (coord.), *Trayectoria del pensamiento feminista en América Latina*, México, UNAM/El Estudio, 2022, 204 pp.

En los últimos años es observable la creciente participación y difusión del movimiento feminista en Latinoamérica, lo que ha alentado la producción y revisión de diversos trabajos que pretenden crear conciencia sobre las condiciones necesarias para transformar las relaciones sociales, con el fin de lograr igualdad entre las personas y eliminar la violencia y discriminación contra las mujeres. Sin embargo, durante esta exploración es notable que permea un feminismo que al querer universalizar su experiencia no toma en cuenta otras realidades y visiones feministas, por ejemplo, la latinoamericana, la cual, como bien menciona Julia Antivilo, “es una corriente de reflexión íntimamente ligada con la acción que poco aparece en las narrativas hegemónicas [...] La ausencia de latinoamericanas hace pensar que solo existen pensadoras feministas en Estados Unidos o Europa” (7). Bajo esta perspectiva, Antivilo se propone realizar un recorrido cronológico a través



Salma Ríos Cabeza de Vaca: *Cuerpo en movimiento*

de la compilación de cuatro pensadoras imprescindibles: Rosario Castellanos (México), Ochy Curiel (República Dominicana), Rita Segato (Argentina) y Yuderkis Espinosa (República Dominicana), que instauran un precedente en ese amplio horizonte que los feminismos latinoamericanos presentan actualmente.

Trayectoria del pensamiento feminista en América Latina se muestra como la punta del iceberg de un arduo trabajo que tiene el objetivo de redireccionar la mirada hacia otras realidades hasta ahora ignoradas por un feminismo hegemónico y blanco con privilegio de clase que, de acuerdo con Ochy Curiel, ha entendido la subordinación de la mujer desde su propia experiencia situada, replicando así el racismo, el clasismo y el heterosexismo en sus teorías y en las prácticas políticas (141). Para entender cómo surge dicho

cuestionamiento es necesario subrayar que el recorrido se construye a partir de épocas clave en las que sus protagonistas responden a su momento y contexto.

La obra inicia con el trabajo de tesis de maestría de Rosario Castellanos en los años cincuenta: *Sobre cultura femenina*, del que se recuperan tres apartados, donde la autora se cuestiona acerca de los motivos por los cuales se atribuye a la mujer una incapacidad para incursionar en ese mundo que Castellanos considera nebuloso y vago: el de la cultura, que –descubre– está hecha para y por hombres (cis-hetero), quienes consideran que toda esencia femenina es sinónimo de debilidad tanto física como mental. Posteriormente, en 1986, Rita Segato ofrece un extenso análisis antropológico de la tradición religiosa afrobrasileña, específicamente de los miembros del culto Xangô de

Recife, ciudad ubicada al noreste de Brasil. “La invención de la naturaleza: familia, sexo y género en la tradición religiosa afrobrasileña” resulta de gran interés para entender cómo la invasión y colonización significó una ruptura en el pensamiento tradicional afrobrasileño, que escapaba de toda concepción heteronormativa, al no considerar al matrimonio como institución central de la organización social y resultarle irrelevantes las determinaciones biológicas en la asignación de roles sociales (89). Tanto Segato como Ochy Curiel y Yuderkis Espinosa establecen en sus ensayos el año de 1492 como el momento de la introducción de una modernidad al continente americano y, con ella, un pensamiento que no constituye únicamente una desigualdad a nivel sexo-genérico, en el que la subordinación de la mujer se establece a partir de esa su-



Diana Laura Reyes: *Conectar con las olas*

puesta incapacidad intelectual a la cual Rosario Castellanos alude en su tesis, sino que involucra diversas aristas a las que el feminismo blanco no ha prestado atención.

A los textos de Ochy Curiel: “Construyendo metodologías feministas desde el feminismo decolonial” y Yuderkys Espinosa: “El futuro ya fue: una crítica a la idea de progreso en las narrativas de liberación sexo-genéricas y *queer* identitarias en Abya Yala”, los considero ese 90% del iceberg bajo el agua con el que “mi *Titanic* feminista” chocó y ha provocado que me cuestione mi propia trayectoria en este viaje. Ambos trabajos exigen una revisión de la narrativa historiográfica de un feminismo que se ha conformado a través de una jerarquía social. Es necesaria la reelaboración de una metodología que no pretenda transportar conceptos y teorías que reproducen la violencia mediante lo que Curiel denomina la colonización del poder, del ser y el saber, ese lado oscuro de la moder-

nidad que desconoce a esa subalternidad representada por aquello que se toma en cuenta para ser excentrizada, explotada y reducida a simple objeto de estudio. Y en el que también emerge un feminismo como “propuesta emancipadora supuestamente para ‘todas las mujeres’” (152). Sin entender que el género se presta como jaula de una dominación compleja en que las mujeres son más que solo eso, y en la que existe un contraste profundo que involucra la clase y raza que definen el lugar en que nos ubicamos y que Castellanos, por ejemplo, al ser una mujer de su época, no reparó en cuestionar. Ambas autoras convienen en la necesidad de la co-investigación y teorización en la cual, más que un objeto, se reconozca a un sujeto de investigación poseedor de una subjetividad y conocimiento propios que permitan comprender su realidad sin la imposición de términos que colaboren en invisibilizar esa otredad. Por último, creo necesario rescatar que

cada uno de los trabajos compilados en *Trayectoria del pensamiento feminista en América Latina*, aparte de emplear un lenguaje accesible, es prologado por pensadoras contemporáneas: Gabriela Ardila, Tânia Mara Campos, Lia Kastiyo-Spinósa, lo que permite un diálogo intergeneracional que invita a la reelaboración de los saberes y perspectivas de los textos que se presentan. Es momento, pues, de dejar de dar la espalda a nuestra realidad y aproximar estas reflexiones a otros lugares, sin aires academicistas, que muchas veces se promueven como decoloniales y que, sin embargo, terminan por reproducir una violencia epistémica que recrea una relación de saber-poder desde posiciones de privilegio de sexo, raza, sexualidad y geopolítica (146). **LPyH**

Alejandra Zuccolotto Rodríguez es licenciada en Psicología por la UV y estudiante en la Facultad de Letras de la misma universidad. Colaboradora de la revista literaria *Pérgola de humo*.

Ítaca de Xalapa

Novela

Arnoldo J. Gómez
García



Magali Velasco, *Cerezas en París*, México, UANL, 2022, 152 pp.

Armada de una prosa concisa, simbólica, repleta de lirismo e idas y vueltas del pasado al presente, Magali Velasco se presenta con solidez en su primera novela, *Cerezas en París*. Heredera del estilo y arte de los mejores cuentos, su párrafo inicial desata una historia a la vez cercana y universal:

Nadie quería vivir en esa casa, pero nos costó dejarla. Tampoco es que aspirara a morir en ella, ya lo habían hecho mis padres y la abuela; lo que me angustió fue dejar a mi hijo, años atrás cuando no era más que una promesa, enterrado en el jardín. En algún lugar leí que los pájaros gastan los días haciendo su nido para dar vida, en cambio, los caracoles gastan los días haciendo su concha espiral (11).

La novela me cuestiona: ¿qué será de mí al volver dentro de 10 o 15 años a las tierras donde fui feliz? ¿Cómo evitaré la nostalgia, cómo superarla y no sentir un conformismo por algo que no volverá?



Lezthier Domínguez: Paisaje en movimiento puerto

El regreso a casa, a la Ítaca deseada, asegura que el tiempo lo mueve todo; ni el río es el mismo al volver a bañarnos en él ni nosotros lo somos. Hay una única enseñanza, retornar es martirizante si no somos capaces de dejar ir.

Montse, quien solo en momentos de crisis nos permite leerla, escucharla de viva voz, será digna de repetir y actualizar algunos de los motivos que persiguen a la humanidad desde sus orígenes. El regreso a casa, a la Ítaca deseada, asegura que el tiempo lo mueve todo; ni el río es el mismo al volver a bañarnos en él ni nosotros lo somos. Hay una única enseñanza, retornar es martirizante si no somos capaces de dejar ir.

En la protagonista veo una encrucijada. Volver al viejo hogar, a Xalapa, significa ingresar al purgatorio de su pasado. En este descenso al infierno memorial resalta una “maldición” heredada de los padres, ser quien espera a los que ya no volverán: “Creía que las circunstancias

de su nacimiento la habían obligado a luchar por el amor de los otros, por su lugar en la casa, por sentirse redimida ante la muerte de la madre” (97). Para mí, su imagen empata con una Dido que protesta contra el destino de ver partir a sus objetos de deseo, y los versos de Castellanos no dejan de resonarme: “Y hasta el anochecer permanecí, / incólume como un acantilado, bajo el brutal / abalanzamiento de las olas. / He aquí que al volver ya no me reconozco. Llego a mi / casa y la encuentro arrasada por las furias. Ando / por los caminos sin más vestidura para cubrirme / que el velo arrebatado de la vergüenza”. Las olas de Dido, como las memorias de Montse, son perturbaciones que a la vez la mellan y la fortalecen.



Rolando Ramos Carmona: *La comida antes del jale*

Para salir airosa, la casa de Montse debe padecer su inevitable destino, y ella ha de sobreponerse a la fatalidad. Como en la casa Usher, el final demuele y libera.

El pasado es una carga dura y soltar es casi una enfermedad. Por el vacío de la vida que no alcanzó a tener, la protagonista en un principio es reacia a vender la vieja casona, su pertenencia más preciada y en ruinas, idea de su hermana mayor, Bárbara, quien no puede mantenerla en buenas condiciones. De esta decisión, y al refrescarse su memoria por el regreso, Montse se compara con su primer amor, Diego, y su actual pareja, Allan. ¿Qué tienen ellos, incluida Bárbara, que ella no? Una vida compartida, lejana y sentida, impregnada de anécdotas de primera mano, no un murmullo de duelas de madera, un cúmulo de versiones de quienes no le corresponden más que en eso, en palabras. La casa, para Montse, es un museo de los recuerdos: “al abandonar la casa habían dejado evidencias para recordar de dónde venían, quiénes habían sido” (44). Al desprenderse, ¿qué quedaría de sí misma?

Cada espacio que habitamos está cargado de historias. Por ahí, tal vez en el ático que antes fue sala de juegos, espera una caja llena de memorias de la madre de Montse. Una habitación desvencijada, en cuyo piso aparece un fantasma de goteras, fue la cuna de un familiar fallecido. Una biblioteca saqueada es el recuerdo de los intentos por huir de las responsabilidades que se deben tomar por obligación; si el destino de la protagonista es la orfandad, el de Bárbara se refleja en ese acto de vaciar los estantes de libros, es una elección entre el encierro y la libertad, ser para las otras o para sí misma. Un jardín guarda el secreto del amor juvenil que se consumió con desesperación y ahora solo es cenizas, polvo, humo, sepultado bajo la buganvilia. Una casa se ocupa para la memoria.

Volver a la morada donde Montse vivió su juventud es caer en la cuenta de que esto es lo único que tiene y la liga al mundo, a la familia Montero; es su brújula y su reloj, su norte y su pasado. Así, la nostalgia trae viejas escenas, dignas de una novela al estilo de Herman Hesse, una *Bildungsroman*

que dura 30 años: los primeros amores, la exploración de la sexualidad, la muerte y la separación de los seres amados, el tormento de los fantasmas de la madre y el padre que se bosquejan con las pocas anécdotas relatadas por su hermana y su abuela. Rescatar sus recuerdos significa desprenderse de ellos. Pero, ¿cómo hacerlo?

¿Cómo distanciarse de la casa familiar? ¿Cómo zanjarse de un portazo el pasado, perdonar y perdonarse? ¿Cómo dejar de pasar miedo? ¿Cómo evitar que el diablo nos coma? ¿Cómo ser libre? El viaje de Montse, a la vez físico y emocional, es un reencuentro consigo misma y, tal vez, una posible salvación. Porque *Cerezas en París* es una novela de remembranza, pero también una forma de dejar ir, un acto de madurez y de aceptar la vida y su inminente avance. **LPyH**

Arnoldo J. Gómez García es estudiante de Lengua y Literatura Hispánicas en la UV. En 2021 fue becario del 13^{er} Curso de Creación Literaria para Jóvenes de la FLM.

¡Ah, qué deleite para la lectora contemporánea encontrar que Woolf no perdonaba ni por un segundo cualquier retrato femenino mínima y sospechosamente misógino en la obra literaria!

Virginia Woolf, guía para lectoras furiosas

Daniela Isabel de la Fuente Esquinca

Estoy de malas. Me disgusta ser chica porque como tal he de comprender que no puedo ser hombre. En otras palabras, tengo que canalizar mis energías en la dirección y la fuerza de mi compañero. Mi único acto libre es elegir o rechazar a ese compañero.

SYLVIA PLATH, *Diarios completos*

A Elizabeth Corral,
por su lectura atenta

El mundo es injusto. Las mujeres vivimos en constante insatisfacción; nuestra furia es una hoguera sempiterna, alimentada con la leña de la injusticia. Esto Virginia Woolf lo sabía. Esta furia dejaba sus marcas donde fuera que caminase. Echemos un ojo a sus escritos, ni siquiera hace falta leer sus textos abiertamente furiosos o fastidiados, como *Un cuarto propio* (1929).

Pongamos un ejemplo: aquel ensayo titulado “Las novelas de Thomas Hardy”. Escrito después de la muerte del escritor de *Lejos del mundanal ruido* como una forma de homenaje, pero también como pretexto para decir

lo que verdaderamente le interesaba, que no era otra cosa que hacer crítica verdadera y sustanciosa de la obra de Hardy y, sutilmente, de la perspectiva ideológica de Hardy con respecto a la figura femenina.

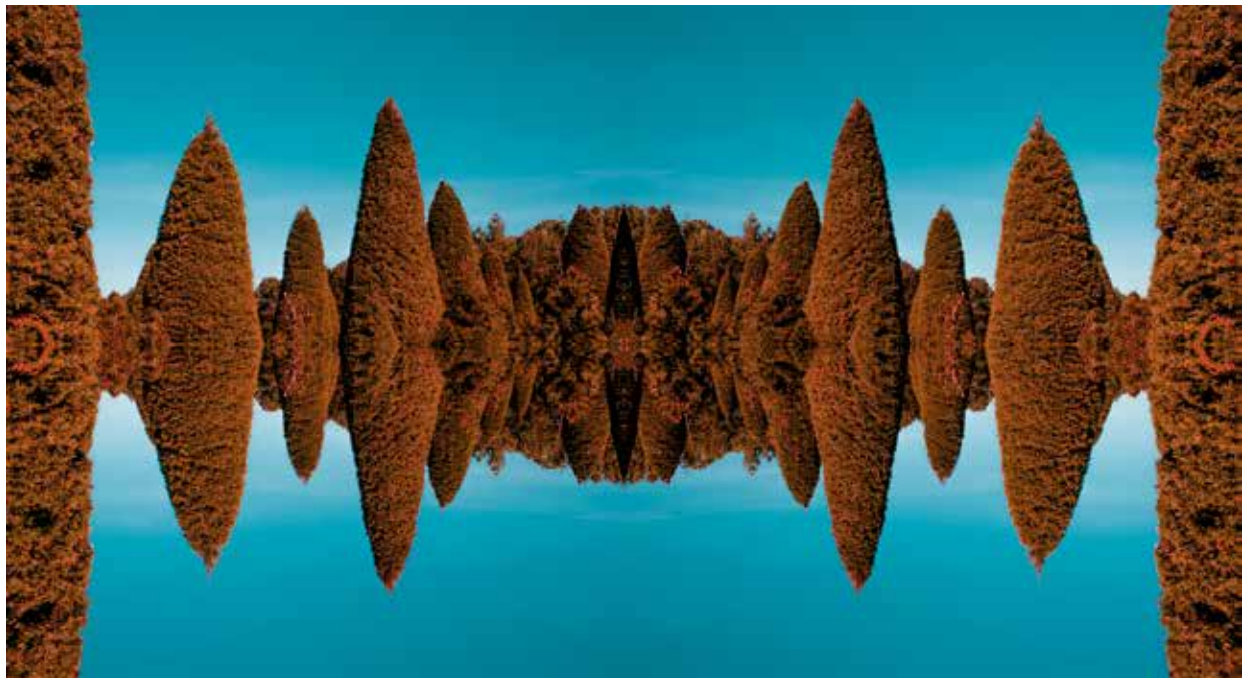
La revisión crítica de Woolf, al tiempo que deleita al lector –y posiblemente también y con mayor razón a sus editores (hombres mojigatos), cuyo encargo solicitado fue un texto donde la novelista anotara unas cuantas líneas bonitas sobre el maravilloso Hardy– también aprovecha para agregar observaciones bastante agudas sobre las flaquezas de la obra y, cómo no, para desdeñar un poco el tratamiento dado a las mujeres por el escritor en sus novelas. ¡Ah, qué deleite para la lectora contemporánea encontrar que Woolf no perdonaba ni por un segundo cualquier retrato femenino mínima y sospechosamente misógino en la obra literaria, por muy bondadosa u objetiva que esta se hiciera pasar!

Pero veamos un poco más a detalle este trabajo suyo:

Por más adorable y encantadora que sea Bathsheba, aun así, es débil; por más obstinado que sea y mal aconsejado que esté Henchard, aun así es fuerte. Esta es parte fundamental de la visión de Hardy; la esencia de muchos de sus libros. La mujer es más débil y más carnal, se agarra al más fuerte y oscurece su visión (Woolf [1928] 2020, 223).

Este tipo de aseveraciones no son gratuitas, por lo que no deben pasarse por alto. El texto está lleno de ellas, pero dichas con la suficiente agilidad, lo suficientemente justificadas dentro del texto, además de sabiamente suministradas y, luego, compensadas, para que un lector que no estuviese prestando atención o quisiese hacer oídos sordos a esta crítica pueda perfectamente sortearlas y seguir adelante con su lectura sin más. Pero para el lector crítico y analítico, por no decir para una lectora furiosa, es aquí donde está la verdadera carne del texto, a que sí.

Si una lee o incluso hojea brevemente las páginas de *Un cuarto propio*, se encontrará con una prosa puntual, de humor sardónico pero encantador, que seguro hizo y hará reír incluso al lector más macho de los machos. Basta con leer las notas de Virginia, una mujer que está sorprendida de encontrarse en un mundo donde su condición de mujer la convierte en un ser de menor categoría, y claro, que se halla ofendida y disgustada por tal observación. Basta recordar lo que dice la autora al encontrar en su visita al Museo Británico esa “inteligentemente” titulada obra *La inferioridad mental, moral y física del sexo femenino* (escrita por supuesto por un hombre): “Es muy posible que si el profesor recalca con algún énfasis la inferioridad de la mujer, le interesaba menos esa inferioridad que su propia superioridad” (Woolf, 1929, p. 47). O traer a cuento lo que anota sobre Napoleón y Mussolini, de



Mario Leal: *Espectro sonoro de los pinos en la montaña*

quienes señala que: “insisten con tanto énfasis en la inferioridad de las mujeres, porque si ellas no fueran inferiores, ellos no serían superiores” (Woolf 1929, 49).

Es muy probable que esta fuera la misma motivación que la condujera a escribir tales reflexiones en el ensayo sobre Thomas Hardy, pues una vez que descubres las injusticias del mundo en sus formas más sencillas, en los actos más inocentes, en las relaciones más sinceras, nunca dejas de observarlas. Ya no te puedes quitar los “lentes” que te permiten hallar la violencia heteropatriarcal ya no entre vislumbres, sino con total y obscena nitidez. De lo que tampoco puedes deshacerte es de la rabia que se derrama sobre todo lo que lees; esa rabia queda fija, indeleble como la buena tinta. A veces una desea nunca haberse puesto esos “lentes”, haber permanecido como una hermosa tonta, tal como expresaría elocuentemente Daisy Buchanan, aquel personaje entrañable de Fitzgerald, sobre un deseo por un futuro más apacible para una hija que aún no exis-

te, pero en la que de alguna forma construye o inserta a todas las mujeres, incluyéndose ella.

Hace no mucho tiempo, hablaba sobre este tema con unas colegas; ellas me hicieron recordar mi lectura de *Orlando*. Examinando nuevamente mi edición de Edhasa, encuentro una anotación al borde de la página 192 con tinta rosa; dice: “Mi teoría: Woolf explora el género en este texto, por lo cual se despoja del propio ([1928], 2018).” Haciendo una mayor argumentación sobre esta teoría escrita como una pequeña glosa, diré que me parece que la novela surge de un sencillo cuestionamiento: ¿es mejor ser hombre en nuestra sociedad?, y que en la misma se responde: no. Woolf explora en esta novela, a través del personaje de Orlando, los roles masculino y femenino a través de los tiempos, así como los beneficios y maleficios de cada uno. Casi parece decirnos: “no, el problema no es ser mujer, el problema es lo que se cree y espera de ellas. Pero ciertamente, las limitacio-

nes no cesan siendo hombre. No hay mejoría”.

Finalmente, y para retomar las opiniones de Virginia Woolf sobre la obra de Hardy, pongo a consideración oraciones como esta: “Los hombres que sufren –no como las mujeres, por una dependencia de otros seres humanos, sino por un conflicto con el destino– se hacen acreedores de nuestras más rigurosas simpatías”. Este tipo de observaciones, como dije anteriormente, aunque sutiles, están cargadas de una conciencia de las concepciones limitadoras de lo femenino, hermanadas siempre al sufrimiento; aparentemente, destino ineludible para las mujeres. Así como la reflexión anterior, encontramos más, menos obvias, pero no por ello menos sagaces. Woolf menciona que en las mujeres de Hardy se supone una fuerza que radica en la *capacidad ilimitada para el sufrimiento*. Esto claramente es una anotación crítica de la escritora al deber ser de la mujer, pues su sociedad y la nuestra exigen de ellas una extraordinaria voluntad para sobrellevar los do-



Karen Rodríguez: *Crónica I*

lores propios y de otros sin queja alguna, dolores causados por el mismo sistema que demandó esto de ellas. Decir que las mujeres tienen una increíble capacidad para soportar toda clase de inclemencias es un eufemismo para decir que las mujeres no han tenido otra opción.

“Hace siglos que las mujeres han servido de espejos dotados de la virtud mágica y deliciosa de reflejar la figura del hombre, dos veces agrandada” (Woolf 1929, 48). Esta es una de las maravillosas y acertadas frases pronunciadas en *Un cuarto propio* que lo hace un texto invaluable para la mujer furiosa y la bruja cansada, que denota gran ingenio e increíble lucidez. No sé con certeza si Virginia Woolf se autodenominó

feminista alguna vez o si yo pudiera decir que lo era, pero sus textos fueron y son fuente de reflexión que dio lugar a mucha de la teoría feminista, y su obra ha sido esencial en la construcción de crítica con esta perspectiva. Igualmente, abrió la posibilidad a muchas otras mujeres para escribir sobre estos mismos temas. Ha sido también un acercamiento muy apropiado para otras tantas en esta corriente del pensamiento y movimiento social, pues, aunque hoy en día muchas de las cosas que escribimos nos parezcan un tanto obvias, no lo eran en su época y aun después. Incluso hay en la actualidad quienes no parecen comprender la necesidad de hallar un espacio para nuestra existencia y enojo feminista. Destaco para concluir lo que

las lectoras y el tiempo han sabido prestigiar de Virginia Woolf: su gran maestría y genio, que hacen de su obra una lectura obligatoria en la formación lectora, y especialmente en la formación de nuevas feminidades. **LPyH**

REFERENCIAS

- Woolf, Virginia. (1928) 2020. “Las novelas de Thomas Hardy”. En *El lector común*. Barcelona: Lumen, 215-228.
 — (1928) 2018. *Orlando*. Barcelona: Edhasa.
 — (1929) 2018. *Un cuarto propio/ Tres guineas*. Barcelona: Debolsillo.

Daniela Isabel de la Fuente Esquinca (Cárdenas, Tabasco, 1998) es traductora y ensayista, egresada de la licenciatura en Lengua y Literatura Hispánicas de la UV.

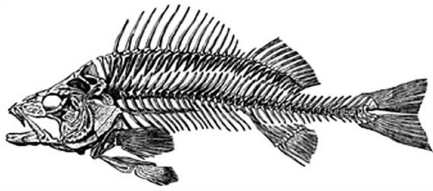
NUESTROS ARTISTAS DE INTERIORES

La muestra fotográfica que se ofrece en los interiores del presente número forma parte de los resultados del Taller de Desnudo y Paisaje (3º y 5º semestre de las generaciones 2018, 2019 y 2020) de la carrera de Fotografía en la UV, impartido por José Marón Pérez Ochoa. *A La Palabra y el Hombre* siempre le ha interesado ser un espacio de apertura y exhibición de miradas noveles; por tal motivo, esta selección es, en efecto, una muestra de fotografías, pero también podríamos leerla como estados latentes de la mirada que tratan de inscribirse o representarse en lo real. Vemos la imagen visible, sí, que ensaya cómo hablar del cuerpo, del espacio o del territorio, pero es solo un tipo de imagen, digamos la superficie. En fotografía tenemos que hablar no solo de lo que se ve, sino también de lo que no se ve, de los *actos de ver*, donde la percepción o experiencia fotográfica es en definitiva parte del umbral de la imagen. La fotografía: imagen de imagen; si la entendemos así, la mirada novel es una

*A La Palabra y el Hombre
siempre le ha interesado
ser un espacio de
apertura y exhibición de
miradas noveles.*

suerte de hervidero de sueños y de fantasías donde se juega el (auto) conocimiento, o bien, donde germina el pensamiento fotográfico.

La carrera de Foto fue fundada en 1975 por Carlos Jurado; no obstante, fue Adrián Mendieta Pérez, entre los años de 1978 y 1979, quien presentó formalmente la licenciatura ante la SEP. Sobra decir que, desde su origen, ha sido un referente a nivel nacional e internacional de la práctica fotográfica en México. Esto es así no solo por ser la primera carrera de fotografía en el país, sino sobre todo por sus festivales, exposiciones, encuentros y las múltiples personalidades que han vivido y enriquecido a la fotografía desde esta geografía. Sin embargo, así como la fotografía actual ha tenido sus crisis, sus ajustes, sus reorganizaciones, esta muestra es también un homenaje a ese vacío que es la generación del 2017, que no existió, y por lo tanto una suerte de acto de resistencia –o de supervivencia– de ese pensamiento fotográfico latente en las generaciones de fotógrafos y fotógrafas formados en la Universidad Veracruzana. **LPyH**



F U I M O S P E C E S

Revista digital

www.fuimospeces.mx

FUIMOS PECES es una revista digital de divulgación arbitrada enfocada en temas de las ciencias sociales y humanidades. Algo más: valoramos sobremanera la interdisciplina.

Creemos que en cada ejercicio creativo, algo dentro del escritor y el lector se mueve, algo que nos ha hecho distintos a lo largo del proceso evolutivo desde que fuimos peces...

¡Colabora con nosotros!

revista@fuimospeces.mx

Instituto de Investigaciones en Educación-Universidad Veracruzana

CPU-e

Revista de Investigación Educativa

Se aceptan textos de investigación,
revisión, debate y práctica.

INVITA

a estudiantes de posgrado, investigadores, docentes y especialistas en los ámbitos de la Educación y las Ciencias Sociales a participar en nuestra convocatoria permanente para publicar artículos de investigación.

Consulta las bases en: cpue.uv.mx

ISSN 1870-5308



Las colaboraciones podrán enviarse a cpu@uv.mx

